

MONTIEL BALLESTEROS

MUNDO EN ASCUAS  
NOVELA

63.4  
n mu  
Bal

MONTEVIDEO

U863.4

Mon mu

Bal

T

MONTIEL BALLESTEROS

Limardi \$140.00 21/12/66

# Mundo en Ascuas

NOVELA

El motivo que sirve de fondo a la carátula, es la reproducción de un óleo de Jonio Montiel, fechado 1940.



MONTEVIDEO

BIBLIOTECA

6375

# PUNTUALIZACIONES

**M**AURICE Bedel, una especie de Anatole France joven, más elegante y por cierto más moderno que el maestro de "Monsieur Bergerac", publicó una chispeante y seductora novela sobre costumbres noruegas, titulada "Jerome, 60º latitude Nord".

Mercedamente distinguida con el "Premio Goncourt", la obra obtuvo resonante éxito y difusión, repercutiendo sensiblemente en el espíritu de los actuales vikings, entre los cuales prosperó hasta una reclamación diplomática, pues los compatriotas de Selma Lagerloff, consideraron una ofensa ciertas deliciosas y maliciosas pinturas de los héroes de la narración.

La incidencia se diluyó entre una comprensiva tolerancia y una amable sonrisa de pueblos finos, cultos y civilizados.

El novelista declaró que sus personajes y el ambiente en que actuaban eran irreales, aunque nombre y sitios coincidiesen con algunos existentes.

Salvadas las distancias, a nosotros nos sucede algo idéntico. Nuestro libro es, integralmente, una pura fantasía.

Citamos una frontera; hablamos del Brasil y del Uruguay; nombramos ciudades; manejamos personajes, cuyos hilos responden a pasiones, sentimientos, ansias, sueños y miserias, pero todo esto es producto de la invención del tramoyista que, si copia de la realidad lo que descubre, percibe o intuye; o extrae de su acervo, su entraña o su experiencia, deducción o conclusión, al pasarlo por su filtro propio, tanto lo mezcla y tanto lo decanta, de terminar en la ignorancia de qué es lo ajeno y qué es lo que puede reivindicar como de su legítima pertenencia.

Que este nuestro oficio reducese a eso. Un malabarismo de puñales, con los que en oportunidades nos herimos y un seguir con el corazón la peripecia, cuyo resultado se reparte entre la

sonrisa y la lágrima, que ya nos ilumina el rostro o nos lo baña en llanto.

Como le aconteció al Ingenioso Hidalgo cervantino y quizás a la mayoría de nuestros prójimos, hemos creído, a pie juntillas, en quimeras, embelecocos y otras zarandajas, hasta caer en la flor de usarlos, con la consecuencia de que su frecuencia y manoseo nos los han gastado, como a nuestra existencia "il trágico quotidiano", que, afortunadamente, concluye con nosotros, antes que terminemos de conocer todo el horrendo reverso de la medalla de la vida.

De ahí que —en el correr de nuestra ficción— las veras pueden parecer burlas y los retratos caricaturas, admitiendo la probabilidad de que en el tumultuoso río que desatamos, se precipite nuestra alma, nuestra carne y nuestra sangre.

Es que nadie, en nada, puede poner sino lo que posee.

Además, cuando los sueños lucen mayor estatura que quienes los persiguen, su vigencia transcendente concreta un ser, un existir y una personalidad superior de quienes los adoptan y aún—como acontece en lo fisiológico—de quienes los engendran.

Mal que nos pese, aunque tal logro pudiese regacijarnos, quizás esta novela "se nos ha ido de las manos y se ha hecho sola"—como nos expresó de otra, Vaz Ferreira.

Tal fenómeno nos reportaría la ventaja de la irresponsabilidad sobre nuestra criatura y sobre nuestros simulacros, que una vez pergeñados campan por sus respetos y entre trastabilleos y tumbos afrontarán la condena adecuada a sus desaguisados, traspies y demasías, si en ellas hubieren incurrido.

Otrosí decimos: Como evidentemente esta obra no configura crónica fidedigna ni realista, se descuenta que sus contados lectores disimularán algún imprevisto, no que probable, anacronismo.

**-¡C**LELIA!

La muchacha tarda en contestar:

—¿Lo qué, mamá?

—Ya te he dicho que no beses así a tu hermanito; que no lo beses en la boca.

—¿Y qué hace, mamá?

—No hace nada. Y que no lo aprietes así. Deja esa criatura.

La chica que, arrebolada, ha vuelto a su delicioso, aunque incompleto simulacro, despega los labios de la boca del pequeñuelo y, al alejarlo de sí con una evidente desgana, no cesa de acariciarlo.

Doña Marciria está cansada de aquella molesta vigilancia en la cual contiene los precoces ímpetus de su hija y vela por el candor del precioso mulatito de enrulados cabellos y enormes ojazos negros, que, según quien tiene por qué saberlo —su marido— lo afirma, es el último regalo, conseguido en contrabando, que le hace a la patrona.

Los otros, en realidad, cuatro, cinco, seis..., no existe claridad alguna en la cuenta, ruedan por ahí en sus existencias desiguales e irregulares.

Don Napoleón Caveira, como su tocayo, el corso, ha combatido cien batallas, sino en campos de pluma, como los que menciona Góngora, en colchones de lana, de chalas de maíz, en catres de tiento o en el duro y caliente lomo de nuestra bendita y fecunda madre tierra.

De esos encuentros fructíferos y civilizadores,—poblar es hacer patria,— han venido a nuestro mundo en

ascuas, indios, rubios, pardos y hasta algún chamuscadito casi retinto.

En uno u otro momento esos accidentes de varón guerrero, a su esposa le han costado lágrimas y rezos—que la buena señora es muy devota y vive en el temor de Dios—exigiéndole a él alguna sonrisa, extraviada en el caudaloso y ondulado río de su barba plateada y un chorro de reales de su tirador, que en vieja costumbre tradicional, más que sostener sus bombachas caseras, continúa acariciando su vientre capaz.

\* \* \*

Desde la penumbra del comedor,—oloroso a maderas nobles y al cuero de sus amplios sillones, conservado en sombra para evitar la cita de las moscas,—diluídas en una sucesión de notas musicales, el costoso y lujoso reloj solemne, por la voz del carillón armonioso, anuncia las cuatro de la tarde.

Termina la siesta.

Es como la culminación de un rito.

Comienza otro, el del mate de la tarde. El amargo de don Napoleón, que comparte con algún vecino, con quien disputa interminables trucos, que se rematan con unos tacos de caña, una excelente abacazarí brasileña; y el de doña Marciria, dulce y con unas hojitas de menta o unas cascaritas secas de naranja, acompañadas de requitas o panecitos con grasa, cuando no decreta un mate de perfumado café o de leche, de aspecto antiestético pero de sabor agradable y reconfortante resultado.

No por ello el escenario varía mayormente.

El amplio patio doméstico, pavimentado con rosadas piedras losa del Salto, tiene por un rincón el catre reforzado del dueño de casa; en el opuesto extremo, en el suelo, el colchón donde ha sesteado Clelia y junto a él los cojinillos de la improvisada cama de su hermanito gaucho, a quien, mostrando la hilacha de sus veleidades políticas y en homenaje al último caudillo de su devoción partidista, su padre había resuelto llamar Aparicio Saravia.

En el sitio más fresco se hallaba ubicado el sillón de la señora, que sufre mucho “la calor”, por su asma

recalcitrante, que la tiene en los huesos, acabada y consumida.

Bueno es hacer notar que su marido ha encontrado en tal dolencia un recurso defensivo a sus reiteradas transgresiones a los deberes conyugales, pretextando que a ella hay que cuidarla como a un pichón “cáido” del nido, cual si mismamente fuera de vidrio, lo que imponía el evitarle los trances difíciles.

Por eso, sentencioso, repite:

—La patrona tiene que tomarse un resuellito, por el áhugo, no?

Este símil, derivado del descanso que tras la exigencia del esfuerzo es menester concederlo a quien lo realiza, lo aplica a troche y moche y le es muy cómodo cuando la señora, con extrema fineza, inicia sus monsergas morales y le habla de los deberes y las responsabilidades del buen cristiano.

Como quien oye llover, él recibe las reprimendas, las indirectas o las críticas y opta por la no resistencia, que diluye en el cansancio la ofensiva:

—Si a vos te parece.

—.....

—Sí, mujer. Yo no te porfeo.

—.....

—Hablás como la Biblia. Pero uno es uno, no?

Y a la señora ha de venirle un leve acceso de tos y él termina por darle un beso, acariciándola como sin querer, con la suavidad ligeramente áspera de su barba y, mientras la acompaña unos pasos hacia su habitación, ha de recomendarle con grave seriedad:

—Calmesé, m'hija, que le puede hacer mal...

Para agregar filosóficamente:

—La vida es una prueba.

En tanto a ella se le deshace en lágrimas su amorosa ternura por el hombrón, bueno como un niño y, frente a todas las sollicitaciones sabrosas y deliciosas de los sentidos, débil, también, como un párvulo.

\* \* \*

Transcurrida la hora de la siesta, notamos que tal

ciclo no se ha marcado con signo visible ni en manera alguna en el ambiente.

El sol continúa ardiendo su fuego eterno en las alturas, como si cocinase la immaculada porcelana azul del cielo purísimo; sus rayos se cuelan como lunares de oro o irregulares figuras geométricas, a través del trezado hojlerío del gran parral que sombrea el patio. Las piedras, al ser doradas por la luz, semejan carne viva, más real que las pálidas de doña Marciría, las de color de nardo o marfil de Clelia o las bronceadas de don Napoleón, que negrean de apretado vello en sus piernas semidesnudas o en sus brazos nervudos.

Las avispas, los mangangaes y los colibríes dibujan arabescos o saetean el aire con sus fulgores metálicos y las moscas, borrachas de estío, caen, pesadas y cargosas sobre manos o rostros madidos por la canícula.

Huele intensamente a uva madura, a jazmín del país, a madreSelva, a las ácidas hojas de higuera y a los perfumes más finos del heliotropo y las diamelas, como a las tónicas emanaciones del toronjil y el cedrón medicinales.

Rodeando las columnas que sostienen el emparrado se encrespa la exuberancia de los culantrillos, tan femeninos, y curvan el verde cristal de sus hojas rígidas las calagualas, en cuyo reverso una espesa pelambre anaranjada insiste en traernos a la mente reminiscencias de calientes intimidades secretas.

Aroman la menta y la malva fina y desde la cercana quinta, semi-inculta, acarrea su aporte el hinojo eglógico y su sano respirar el pomposo naranjo, que infla las esferas perfectas de sus frutos aún no maduros.

Arden las begonias sus terciopelos coloridos, repetidos en las cretonas con sus manchas detonantes; la tricornia aglomera sus racimos de dulces corazones rojos y en un tronco podrido, procurado expresamente, atreven tímidas sus cristales preciosos unas brillantes orquídeas.

Separando el límite del hogar de lo que denominan el fondo, en el cual se confunden frutales y cañas, verduras y floripondios, higos de tuna y saúcos, granados

y membrillales, se yergue una guardia de achiras autóctonas, en alto sus oriflamas, que son, cabalmente, llamas rojas y oro.

Ese poema botánico posee su música.

Quizás no la perciba el despreocupado oído de sus cotidianos frequentadores —que la gozan y viven sin saberlo— y a la cual contribuyen el latido de hojas y ramas, el zumbar leve de las abejas, incansables visitantes de las flores y los élitros de los guitarreros y los alguaciles, como las alas de la brisa, que, en una duermevela, aguarda su hora para entregarnos su mensaje de rocío y frescura.

\* \* \*

Nuestro mundo en ascuas es también, ese humilde universo zoológico, ese cosmos vegetal vivo, esa existencia botánica, que en las calles son los paraísos y los plátanos y los jacarandaes azules y los palo-borrachos, ásperos de espinas y femeninos en sus delicadas flores color rosa y esos árboles tropicales de enormes hojas; y es la tierra roja y la piedra emponchada de musgo y el aire ardiente y el polvo denso que sube del suelo y el leve luminoso que baja de los astros y juegan esta danza sensual, en que todo gira con una alegría saludable, con un placer físico, con un goce animal y dionisiaco.

Eso es lo que obliga a don Napoleón a no quitar los ojos de las curvas precoces, inocentemente insinuan-tes, de la pardita que le trae el mate o de la pulposa negra Aurora, que ilumina su cara de sombra con la risa blanca de sus dientes de coco; de su misma hija a quien, —al parecer sin intención pecaminosa y sólo como idóneo en la materia,— está considerando como a una mujercita que está por dar las doce antes de hora.

No nos atreveríamos a traer a este baile a la pobre doña Marciría, que se consume entre sus rezos, sus velas a los santos, sus ahogos y sus reprimidos celos.

Pero descubrimos la razón oscura y profunda que pega los labios carnosos y bien dibujados de la niña de la casa a la boca fresca y húmeda de su hermanito, que se presta gustoso a los impacientes ensayos. Se explica

el menos avisado lo que arranca del hogar al primogénito Abel, que tiene el curioso capricho de ir a dormir la siesta a lo de Alborno, donde el Tito le facilita sus entrevistas con su hermana, a quien tiene que entretener, para que él disponga de tiempo y campo libre para refocilarse con la vasquita de Arrúa.

\* \* \*

Abel Caveira, como el Tito Alborno, —a quien no termina de gustarle que lo llamen con su nombre propio de Agesilao,— y la misma Clelia, son estudiantes de bachillerato.

Alguno de ellos, ya crónico.

A atropelladas y a empujones, con rodadas y caídas de pie —por un casual—; arrastrados por la corriente de las matemáticas, arreando a ponchazos el idioma español o dejando de cama a las ciencias naturales o a la filosofía, nuestros personajes van repechando la cuesta de “preparatorios”.

Clelia es la única que parece ha tomado en serio los estudios y eso obedeciendo a una causa, que, aparentemente sencilla, encierra un abstruso enigma, consistente en su extraño antojo de ser partera.

Disimula esa aspiración, un tanto desconcertante en una niña de familia que podría ambicionar más alto y brillante destino, asegurando que seguirá medicina, especializándose en ginecología.

Intimamente no se siente con fuerzas para afrontar lo que considera una carrera tan larga y difícil, pero debe disimular su oculto y ansioso propósito de acercarse a ese extraño misterio de la fuente primordial de la vida, que la atrae con una insistencia de curiosidad que llega a lo morboso. No le alcanza la explicación científica de los libros que hasta ahora han llegado a sus manos. Aquello se reduce a una realidad un tanto grosera, que ha podido observar en el campo, en los animales, espontáneos, puros y naturales en sus actitudes de armoniosas esculturas que andan, que de pronto, como arrebatados por una viaraza de locura inconsciente, adoptan posturas grotescas, obcecadas, como si obedeciesen a un superior, ineludible y fatídico mandato.

Pese a que la sugestionaba tremendamente esa obscura atracción de los sexos, el impulso genésico, la misma inconsciente inclinación que atrae y acerca a los seres machos y hembras, algo interior la impulsaba a desviar la mirada del ingrato espectáculo. Pero otra fuerza, incontrolada ansia que le inquietaban alma y carne, le imantaban la mirada sobre el fenómeno que desordenaba la prístina inocencia irresponsable de aquellas criaturas irracionales, que cumplían una función que los humanos trataban de ocultar y disimular y no significaba, sino lisa y llanamente, la necesidad de la continuación de la vida, de la perpetuación de la especie, que en el reino vegetal adquiriría la gracia de un idilio y la belleza de un poema, en la eclosión de la flor, en el henchirse de los frutos, en el ofrecerse generoso de la semilla!

Ella no puede hablar con su madre al respecto.

Las ideas religiosas de la señora la harían escandalizarse hasta lo superlativo.

¡Qué audacia, qué impudicia, qué desvergüenza le hubiera parecido aquello!

La menor insinuación la indignaría.

El saber viola la castidad.

Ella no podía concebir sino la ignorancia, coronada más tarde por la brutalidad de la revelación de una realidad grosera y chocante, pero ajustada a las buenas costumbres, a las seculares tradiciones sociales.

La ley de Dios era el no saber y aún el fingir y el disimular.

Eso era lo correcto, lo que estaba bien.

Honestas, honradas, tanto como púdicas a carta cabal, habían sido su abuela, su madre, ella misma.

Esa era la obligación que correspondía a su hija.

En caso contrario se condenaría.

¿Pero por qué, esa chiquilina había de saber antes de tiempo, lo que ya tendría oportunidad de conocer y hasta de sufrir quizás?

Doña Marciría, como tantas madres limitadas, en el fondo de su alma hubiera deseado que su hija se detuviera en el vestido corto, en la trenza con moño, en el

juego de las muñecas... Y además en la práctica de la religión y en el culto y el amor de Dios...

Clelia no puede hablar con su madre...

Su madre no es una hermana ni es una compañera.

Con sus amigas, cuando se atreven a abordar, muy por lejos, el tema, se pierden en un laberinto de conjeturas y de suposiciones absurdas y descabelladas.

Las que como ella no conocen otra cosa que referencias y burdos detalles, a veces tristemente entrevistados en alguna cartilla con tendencias a la pornografía, están tácitas o manifiestamente desesperadas por develar el grande, el enorme, el obsesivo secreto...

Alguna iniciada calla, disimula, despista.

Tiene miedo.

Cuanto, fuera de sus condiscípulas, amplía su círculo, en el cual todas son católicas practicantes, —santurronas utilitarias, que tienen a Dios a su servicio con sus "sí Dios quiere" a pasto,— no halla una lo suficientemente franca y valiente, sin pelos en la lengua, para ayudarla a interiorizarse en el tremendo enigma.

Ella, a escondidas, frecuenta el rancho —que está a los fondos de su casa— de una zamba vieja, instintiva curandera y hábil comadrona, de quien no consigue ninguna información acabada, porque la paisana, reservadísima, no termina de saber que tipo de clienta es la niña de Caveira...

—La mocita le andará haciendo el nido a algún gavilán o ya andará por poner el huevo?

Además esa gente rica es muy artera y no vaya a ser que allí procure meter la pata algún "dotor" con ganitas de encajarla en la cafúa por aquello que le dicen el "jercicio legal de la medicina".

\* \* \*

Pese a que la casa de Caveira dispone de dos entradas, pues aparte del amplio zaguán del viejo edificio construido a la antigua, con habitaciones enormes, su patio con corredor y su aljibe —actualmente clausurado—, se cuenta con un portón para vehículos y cabalgaduras, el río de gente que la frecuenta utiliza la primera y desfila indefectiblemente por el patio.

En tiempos de la estancia, porque la prosperidad era mayor, en consecuencia de la vida más fácil y las cosas más baratas, aquello parecía un rincón del campo, con un verdadero pueblo de chinitas ariscas y de peones cerriles, boleados en sus bombachas, que uno no se explicaba qué diablos tenían que hacer en el poblado.

Cuando el patrón, sin colaboradores eficientes, con los chiquilines en edad de frecuentar la escuela y un tanto "cansado de trabajar"... en los contados ranchos del contorno, resolvió vender las haciendas, arrendar sus posesiones —sólida hijuela de doña Marciria— e instalarse en la ciudad, nuestras viejas costumbres patriarcales recién comenzaban a cambiar. Se explicaba entonces que el antiguo tropero hubiese intentado traerse consigo, con raíz y todo lo que lo poblaba, el más grande lote posible de terruño, con gramilla y yuyos y macachines y bichitos y la infaltable perrada...

Esto, en cierto aspecto no era simbólico, porque el patio rebosó de huéspedes involuntarios: teros, charabones, garzas, cotorras y algunas aves canoras, que, porque no eran domesticables, vivían tras las rejas de sus jaulas.

Doña Marciria protestó:

—Esos bichos ensucian todo.

Y fué preciso empujarlos hacia el fondo, en el cual hizo una cueva un tatú, que terminó por escabullirse bajo tierra, como se murió un gamito y se consumieron de tristeza los avestruces presos entre los muros.

Así fué mermando el conato de zoológico, que se redujo a contada garza melancólica, a una urraca tragaldabas y a los cuatro o cinco teruteros, que se hacían oír cuando respondían a sus hermanos, que a veces cruzaban el cielo, anunciándose.

Restaron unos cardenales y la calandria y el sabiá que en los amaneceres ponían en el caserón aún dormido la gracia lírica de sus cantos nostálgicos.

Por otra parte desde las primeras horas de la mañana el ambiente pululaba de servidumbre y de allegados, que brotaban del galpón, de los infaltables cuartitos



del fondo o fluían de la calle, en un confundirse de servidores y de proveedores.

Una ahijadita barría la vereda y otra el patio; una chinita asustadiza entraba recelosa en las habitaciones, llevando el mate y un gurí descalzo, que saludaba y pedía la bendición a todos los que encontraba, se deslizaba, calmo, con una latita en que venía a buscar sobras de comida para las gallinas de su mama, mientras un viejo sarmentoso, con un hijo de crianza, que era su ayudante, indagaba si lo necesitaban, pues era el "asador" oficial de la carne adecuada a su oficio, que se consumía en la casa.

La negra Aurora, que desde su baluarte de la cocina, desparramaba sus risas saludables, reclamaba charmuscas y palitos finos al cortador de leña, un paisano vejancón, tuerto y tan serio, que daba idea de que siempre andaba enojado.

Aparte de esa chusma matinal, cumplidora metódica y ordenada en su zafarrancho, habían de llegar una comadre, que era la lavandera y una muchachona rubia, coloradota y muy resuelta —parece que a todo— que ejercía funciones de planchadora.

Luego de la siesta, siempre sofocada en sus carnes prietas y abundantes, pequeñita, ceremoniosa y conversadora hasta por los codos, aparecía doña Macusha, costurera a domicilio, que se traía el apéndice de su hija, que la ayudaba a repasar la ropa y a zurcir y a remendar, si era del caso.

Doña Macusha hablaba a prisa, en un portugués cerrado, casi incomprensible para quien —a pesar de conocer el idioma— no tuviera la práctica de oírla y se afirmaba, exageradamente, que no se separaba de su retoño, porque la chiquilina, nuevita no más como era, se volcaba demasiado para el lado de las pretinas...

Quizás quisiera especializarse en prendas para varones, pero su "mamáim", con sus ideas anticuadas, conspiraba contra los sacrosantos derechos de las vocaciones...

La chica hacía muy buenas migas con Clelia, quien

a menudo se la solicitaba a su madre para que se la dejara como compañía.

Ignoramos que graves y trascendentes asuntos de mutuo interés las unía en interminables charlas, continuamente interrumpidas por resonantes carcajadas jubilosas.

¡Qué gurisas extravagantes!, comentaba con invariable tolerancia don Napoleón, aventurando una amable opinión sobre la simpática visitante:

—Muy rica la brasilerita! ¡Muy rica! No sé por qué me parece como si fuera hecha de dulce o de fruta.

Y juntando los dedos y pasando revista a los otros cuatro, junto a la yema rosada del pulgar, repetía como si la sintiese en el tacto a la "chanchita colorada", expresión con que la gente del pueblo designa a las pelirrojas, entre las cuales se contaba Dalina, la hija de doña Macusha:

—Es muy superiora la muchachita! Muy superiora! Muy superiora!

Y continuaba repitiendo la frase, que era una de sus predilectas para referirse tanto a un ser femenino, como a un animalito o a una caña especial, con la particularidad, que, luego de "sentirla" en el tacto de sus dedos, reiteraba éste en un moroso acariciarse de la barba y en el insistir de la expresión:

—¡Muy superiora!

¿Qué se le ocurría al hombre, que luego restaba reconcentrado y meditativo?, cual si se le concretase en la mente una sucesión de goces físicos, simples, inmediatos, naturales, animales casi, como el masticar de un trozo de asado gordo, sabroso; el experimentar el placer del baño del arroyo helado en una tarde estival; el mismo saborear de un buen cimarrón de amarga y perfumada yerba!

Que don Napoleón, hombre de una pieza, cabal, primordial, era un ser de sensibilidad plena, íntegra, no adulterada por artificio mórbido alguno, una de cuyas mayores delicias era ese acercarse, hasta casi penetrar, el misterio de la vida. En su hija se reproducía tal inclinación. Y en él, quizás de eso derivaba la ternura,

podría decirse maternal, de contemplar embebido la semidivina realidad de una criatura recién despertada a la vida.

¿Quién nos dice que no era por ello que trataba de traerlas al mundo?

Adoraba a los pequeñuelos.

Había que verlo cuando podía conseguir tener entre sus manos oscuras y sus brazos poderosos ese animado montoncito de carne de un "angelito".

Sonreía con beatitud y no podía impedir que los ojos se le humedecieran, reduciéndose a expresar su emoción y su sentimiento en dos frases:

—¡Miri-usté! ¡Miri-usté!

Y besaba con una unción y un respeto sagrado el tapichico de hombre.

¡Qué absolución de todo su turbulento y desmeleñado ímpetu bajaba del cielo o subía de la tierra en aquel instante en que una dominadora y tremenda ternura le transitaba en la sangre, que ahora era dulce y delicada, porque ahora se aclaraba con la presencia inmanente de lo femenino de su madre, de su abuela, de la Eva remota, que con amor y con dolor, pariera el primer Caveira!

Como reminiscencia de su antigua, andariega vida de tropero y luego de hacendado rico, don Napoleón conservaba ciertas costumbres criollas, que las formas de vida actuales transformaban en anacrónicas.

No nos referimos al inútil madrugar con el exclusivo fin de tomar su repetido mate amargo, saboreado con esa peculiar delicia, que quizás tenga aspecto de vicio y que se acentúa hasta el extremo de que el no sentirlo se transforma en una angustia y un ansia de enfermo a quien se le priva de un alcañal preferido.

Al decir de la ciencia, algo de eso se afirma que hay.

.....

En el filo de lo bárbaro y lo civilizado andaban el permanente uso de un escapulario, entre profano y sagrado, que en su ahincada fe primitiva unían una efigie de la Virgen María, una plumita de caburé y cenizas

de sesos de ñacurutú "misturados" con flores de camalote y sendos pelitos de tres colores de pulvis femeninas.

Nuestro gaucho no debía separarse ni muerto del milagroso amuleto, propicio para el amor y para otras contiendas, el cual con su cadenita y su orla de oro, ponía no sé qué refinada coquetería en el sombrío bosque de vellos de su pecho varonil.

Significaba también un exceso de prolijidad personal el continuo peinarse y a veces perfumarse de su barba y la extremosa atención de vigilancia de sus uñas, que, en los dedos meñiques se desmesuraban hasta llamar la atención y semejarse a un conato de garra de volátil.

Tal costumbre tradicional en nuestros campos y ciudades, era una especie de pergamino de nobleza, pues por la natural lidia y actividad cotidiana del hombre común y de quien trabaja, conservar esos apéndices en tales proporciones era privilegio exclusivo de amo o señor definitivamente ocioso.

De ahí que no era extraño verlo las horas muertas manejando su cortaplumas de nácar, en los minuciosos cuidados, más propios de una dama que de un varón y que quizás se explicaran por la clásica aserción de que los extremos se tocan...

Luego lo del tirador permanente y lo del chiripá de merino, que reaparecía todos los veranos, naturalmente que entre casa y con la discreción a que obligaba la crítica de la patrona y especialmente de la hija, que se escandalizaba y se reía:

—¡Papá, vas a terminar por vestirme con plumas como los indios!

No era así. El hombre, como buen criollo que se respeta, era presumido y lo demostraba acabadamente hasta en el cuidado de su caballo —que es como un complemento o un desdoblamiento del gaucho— en el cual solía salir a pasear por el pueblo y preferentemente por las "orillas", donde se refugia quizás la gente que sabe apreciar nuestras antiguas elegancias y entre la cual poseía un discreto surtido de comadres.

Era uno de sus placeres y de sus lujos el pasear en

algunos atardeceres en su hermoso moro, que tenía a pesebre y era objeto de un minucioso y concienzudo cuidado, que se extendía al vistoso y valioso apero de plata y oro, que en el tranco elegante de su brioso pingo relucía en un resplandor de luz.

El moro tapado, era de gran alzada, como cuadraba a quien debía sostener y conducir a su patrón que con los años se volvía pesadazo.

El caballo, que hubiera sido estrellero si no se le contuviese e intentaba nerviosos escarseos, lucía magníficamente y era un espectáculo con su jinete bien montado y erguido en la nobleza de su recia apostura, su sobrio traje negro, de bombacha, su golilla de seda blanca y su estampa viril, en la cual la barba—mora también—ponía reminiscencias de guerrillero antiguo o de profeta de una teogonía autóctona.

Se dijera un dios rural venido a menos, sufriendo la condena de vivir en el hacinamiento de un poblado, con la obligación de uniformarse en el cuello, los pantalones y los zapatos, a los que guardaba un desprecio y una antipatía puesta de manifiesto al volver por sus fueros adoptando la indumentaria de sus mayores, reviviendo su grandeza pasada, elevándose sobre la pedestre vulgaridad de sus prosaicos compueblanos.

En oportunidades, en un alarde de dudoso gusto, nuestro personaje se excede al lucir un ponchillo de verano, blanco y celeste, que insiste en remarcar su proveniencia subversiva y rebelde. El es un virtual opositor del gobierno, del que manda, cualquiera que sea. Esa resistencia innata a la autoridad —resabio de una arisca e ilimitada libertad del aborigen— nos trae una visión de un ayer al que el progreso borra con una desaprensión de triunfo fácil e inconsciente.

Cuando apura a su pingo, invitándolo con un enviñón y un ademán, que se transforma en signo de su rebenque de cabo de plata, se puede soñar que anima al pelotón de indios de una de las patriadas montoneras...

Y cuando ya caída la noche galopa por un callejón solitario, puede evocarse con nostalgia al último gaucho, que huye de un mundo hostil, indiferente y frío, que

tras necesitarlo para abrir a fuerza de músculos y a punta de lanza los caminos del futuro, como ha dejado de serle útil, lo aparta y lo despide como a un viejo y agotado peón inservible...

\* \* \*

Como si no tuvieran apuro o quizás "hallados", encariñados con aquel medio acogedor y querendón, los días se van lentos, demorados, como con pena.

El calendario voltea al desgaire unas volanderas hojas.

Se aproximan las carnestolendas.

Pero sus síntomas ya se han manifestado con marcada anticipación.

Aquel legendario aguardiente con pólvora que se afirma les hacían beber los antiguos jefes a la soldadesca, cuando ésta iba a entrar en batalla, se la había bebido de un trago toda la gente de servicio de las ciudades gemelas, pues estamos hablando de nuestro escenario fronterizo, integrado por Villarsa, población uruguayaya que se codea y casi se confunde con la brasileña Sant'Agata.

La ralea de color, —pardos, mulatos, zambos, negros de todas las gradaciones y mestizos, que van del chocolate al te con leche clarito,— está soliviantada. Hasta quienes, sin que se perciba a primera vista, se les manifiesta como un preanuncio de su remota proveniencia el pigmento oscuro—experimentan el prurito de una lava ardiente transitándole por las venas, y la epilepsia de un frenesí serpentino agitando sus cuerpos, repitiendo a través del tiempo y del espacio el ritmo de las africanas danzas sagradas, ante los pintarrajeados ídolos de los aquelarres, en torno al fuego, donde se dora la víctima de sus propicios festines.

Una segura e invisible señal ha subrayado una hora fatídica que no puede desobedecerse.

Un llamado ancestral, sólo perceptible por el oído del instinto, ha venido no se sabe de dónde.

Se ha intuído que convoca perentoriamente al cónclave unánime a una raza, que responde su alerta hasta con la más mínima gota de sangre, en la cual alienta

una fraternidad vigilante y despierta, que no puede faltar a la cita.

Como si danzando, guiado por el aire, el espíritu de los vocablos anunciadores viniese a tomar residencia y consistencia en las bocas de labios sensuales y carnosos, en las bocas trompudas, en las cuales terminarán por sonar cantados y frescos, vueltos risas transparentes y jubilosas.

Se perciben en la atmósfera las jerigonzas guturales de los idiomas y los dialectos intraducibles, moldes en los que los antepasados encontraron la expresión de sus lidias, sus vicisitudes, sus luchas, sus amores, sus guerras, sus creencias y sus temores primordiales.

Con ello lo telúrico encuentra escaleras de ida y retorno en los pies, las piernas, las caderas, los torsos, los brazos, las cabezas; en la boca que se contorsiona; en el ojo en trance; en la mano que se crispa o se mueve expresiva, plástica, musical, estirándose en la opaca voz de los tamboriles.

La tierra toda es el tambor que retumba en una lejanía honda y cercana, reclamando como a una sagrada guerra de lo físico, de la materia, de la carne y quizás también del espíritu, a quienes se debe obedecer.

Este ejército palpitante y vivo, pronto a la euforia del goce y a la consumación del sacrificio de su entrega total, está constituido por la humilde servidumbre, por el cardumen de la gente que realiza las gruesas y ordinarias faenas: los peones, las cocineras, los mandaderos, las sirvientas, los carreros de plaza, los vendedores ambulantes de canasto o carretillas y grito pregonero, quienes, de pronto han descubierto el signo, han percibido la palabra de orden, el mandato o el mágico salvoconducto que les asegura una ilimitada libertad.

Un olvido sedante y reparador rompe las cadenas que otrora remachó la raza de la doliente caravana de los cargamentos de ébano vivo, arrancada de la amada tierra natal, por la arbitrariedad de la fuerza y de la violencia, por los corsarios crueles y los negreros desalmados.

Aquella humanidad que arbitrariamente privada de

su albedrío, vino a padecer bajo el despiadado látigo de los capataces, subió un escalón en la humana tregua de la abolición de la esclavitud, superando una fatiga menos digna que el trabajo de hoy, que tampoco deja de poseer su humillación, su crueldad y su ley del más fuerte, perpetuadora del menosprecio ofensivo del blanco por el ajeno pigmento sombrío, que difiere del de su especie y su estirpe, a las que reputa superiores.

Dos semanas, tres, un mes no sentirán riendas ni contención carcelaria de muros; nervioso campanileo de relojes matinales, despertadores; no oirán órdenes, voces de mando, reproches airados, sermones o rezongos.

Sus cuerpos les pertenecerán; serán suyos su hambre y sus instintos.

Con cierta infantil ingenuidad, pues tal camino lleva a su pristina pureza natural, van a servir de diversión pública, hasta como atracción de un turismo epidérmico, incapaz de calar causas, orígenes o sentidos en el espectáculo pintoresco de su dinamismo y su júbilo.

Los afiches, de audaz modernidad, dan su estentóreo grito colorido, anunciando: "Los estupendos y maravillosos carnavales de Villarsa".

¿Qué les importaba?

Los espectadores, los curiosos, el público no existían y sólo eran alguien cuando, integrando la amorfa masa del público, se identificaba con su arrebató o se contagiaba de su fiebre, de su exaltación o su total entrega al esotérico culto que sólo ellos sentían en su plenitud y era como una misteriosa religión.

No hubieran necesitado betún, colorinche, ruido o disfraz para cumplir sus ritos, de los cuales apenas si bordeamos su periferia.

En sus almas existía algo más que lo visible.

Y la torva envidia de los desterrados del simple goce de su bienaventuranza se rehabilitaba en la ambición de quienes, gustosos, se hubieran cambiado por ellos para disfrutar su transitoria vocación edénica.

Y entonces sentir la ternura de su fraternidad, la comunión de su amor, la apretada igualdad de su solida-

ridad de criaturas desasidas de lo inmediato, de lo real, de lo material.

Y entonces fundidos, identificados en el torbellino de su exaltación, grave, solemne y pueril al tiempo mismo, experimentar una inédita forma de sensibilidad, nacida de un nuevo acendrado sentido, que descubre, percibe y se delicia en lo esencial y como entrañable de la danza, del canto y de la música.

Cada uno de nuestros héroes anulan la prosaica realidad de sus anteriores personalidades, cual si fueran despiertos y preciosos, íntegros y perfectos instrumentos musicales que adquiriesen un alma y una conciencia de su singular e intuído papel.

Hoffman, entre visionario, grotesco y burlón, imaginó prójimos que encarnaban y se asemejaban a un clarinete, a un oboe, a un trombón o a un violonchelo...

Ignoramos si en tal extravagante fantasía llegaba a descubrir un contorno físico o un rasgo espiritual.

Nosotros presentimos las almas en esas humanas formas, donde duerme o alienta el ritmo y la melodía, la danza y la música, que han amanecido a una función que elude la física atadura de la carne y se siente poseída por el misterio del éxtasis.

Un momento esta baja materia se descubre alas.

El barro se anima en un inconsciente, inefable sonambulismo sublime.

Los vemos así.

Ahí van...

.....

Vagarán de uno a otro lado, agitándose, bailando, saltando, siguiendo el ritmo grave y melancólico o despreocupado y alegre, placentero o alocado de las maxixas, de los sambas, de los bahiones, que se oyen una vez y se les queda dentro, en el cerebro, en el corazón, en la garganta, en la carne y transforma a la tropa soliviantada en una sola, pura, exaltada, gloriosa música.

Los viejos, las viejas, los mozos de ambos sexos, hasta los niños, se contagiarán del frenesí incansable que día tras día, desde la media tarde hasta el apuntar

del alba, en un incesante ajeteo, los aglomera en comparsas, en murgas y en coros.

A esa hora, los más, sin domicilio —pues han abandonado las residencias de los amos— irán a sus centros, a sus sociedades y en el salón, en el patio, a sus fondos, bajo techo o a la intemperie, caerán rendidos y felices y dormirán sin sueños y sin sobresaltos, hasta unos sobre los otros, trascendiendo a sudor, a tabaco o a alcohol, posiblemente orgullosos, satisfechos de haber cumplido un rito sagrado.

Porque el baile y la contorsión y la cabriola y el canto no se agotan en sí. Tienen un destino: el de responder al llamado del instinto, a la voz de la raza, a la exigencia de algo que está por sobre la materia y por sobre lo físico, desde que no se piensa en otra cosa que en el goce o se disfruta el goce o se es simplemente y cabalmente el goce.

“Eu quero morrer de amor,  
eu quero morrer dançando;  
eu quero morrer cantando,  
eu quero morrer de amor.”

Los rostros embadurnados, los cascabeles, los colorinches de los trajes, los espejitos y las lentejuelas, las mismas burdas e ingenuas letras de las canciones, no son más que el decorado, que la máscara del santón o del brujo, que debe impresionar a la tribu, para que surtan mejor y mayor efecto sus brebajes u obren, ya sus maleficios o ya sus virtudes, sus gestos espectaculares y sus palabras cabalísticas.

Lo que se procura es olvidar. Para ello se bebe un vino de alegría.

Lo que se busca es un apaciguamiento de la carne, que se agota en la orgía de la danza.

A lo que se aspira es a encontrar en el cielo bajo —que se ha de alcanzar con la mano— un resquicio que conduzca al camino de la poesía, reduciéndose ésta a la música, aunque ella no consista sino en el tam-tam del tambor o en el borocotó de los tamboriles.

... La música que quizás superando las combinaciones armónicas de los instrumentos, reside en lo recóndito de los seres, a los cuales presta el hilo guiador—que viene de fuera— para conducirlos en un vuelo ordenado en un ámbito de sueño.

La música, hermana de la poesía, aún de la más rústica, de la más elemental, la que apenas muestra en el pedruzco un hilillo de oro, una minúscula chispa de luz, saltando de las cuerdas de una guitarra y de su seno caliente, a la garganta y al corazón de uno de nuestros anacrónicos payadores, que improvisa, entre el coro religiosamente atento de nuestros gauchos, que, con cierta grave solemnidad, dan el tema o el tono.

\* \* \*

Menciónase el ambiente de París, como se indica el aire de Florencia, cual extraños catalizadores de fértiles impulsos fecundos en las manifestaciones del arte, como si de los dos lugares ilustres emanasen preciosos licores, esencias e imponderables alimentos del espíritu.

De nuestra ciudad humilde y remota, desheredada, sin historia, sin fastos gloriosos, pudiera quizás referirse el singular fenómeno de un impulso y un arrebato dionisiaco y ardiente que se consume en si mismo, pero que, en su ímpetu, transforma naturalmente en pavesas las vidas que atrapa en su remolino de fuego.

¿De dónde brota, qué genera esa columna ígnea que se levanta y flamea como una bandera y estremece como una convulsión los cimientos de la tierra y enciende hasta volver rojo el aire celeste?

¿Con alas y con pies múltiples, viento gigante, viene rodando de las selvas tropicales del Brasil inmenso, oloroso a vegetales y a fauna ferina y a afrodisiaca catinga, transplantada del Africa a otra especie de patria natural, que, desde milenios, hinchaba sus duros senos salvajes, ansiosos de la succión de la golosa jeta de los negros?

¿O está ya en la tierra, en el aire, en la mezcla de las sangres, que nos brinda una raza ansiosa de aventura, de riesgo, de desconocido, de imprevisto, al tiempo mismo cansada e impetuosa, en la cual la flor

de sus preciosas mujeres, morenas de ojos verdes, pesadas pestañas sedosas y bocas de fruta, señalan la indolencia criolla de Sulamitas rendidas de amor, pero siempre prontas a reincidir en los dulces combates?

.....

Como en la leve penumbra de un escenario que se desdobra en un trasfondo de magia, en el segundo plano de la visión transitan parejas abrazadas; concurren adolescentes a citas subrepticias; un billete apasionado alarga un puente entre dos almas; un balcón se abre en la alta noche y sigilosamente se desliza por él una sombra; unos pasos furtivos, una puerta que gime apenas al abrirse.

Florece inexhaustos los besos; vuelan suspiros o zureos o rezos.

Sonrisas de despedidas y lágrimas de adioses.

Frases de amor.

Juramentos.

Música romántica de serenatas.

Alguien espera.

Unos brazos se alargan y se unen dos pechos.

Dentro de otra sombra una decepción y un callado río de lágrimas.

La vida.

El amor.

El grande, viejo, gastado, repetido y siempre remozado y fresco y glorioso poema.

¡Fausto, que no le devolverá nunca su alma al Diablo!

.....

Ahora mismo, como dos nadadores gozosos en un río espeso y caliente, terminan de zambullirse la chililina de Albornoz y Abel Caveira.

Aventura sin pies ni cabeza se juega aturdidamente, sin sentido.

Casi ni eran novios.

Se veían a solas en las siestas.

En las fascinadoras y peligrosas siestas.

Ese pulposo fruto, fragante, jugoso y maduro, más incitante que la manzana bíblica y más promisorio con

sus mieles y sus fermentos embriagadores y sus sutiles venenos de adormideras y de sueños.

—¡Las siestas!

Las siestas —que traen en su seno un propicio aire celestino— ese lapso de tradicional reposo en nuestros pueblos de rojas canículas ardientes, en los cuales las laboriosas digestiones cierran los ojos de la mayoría de la gente madura y que tiene otro destino para quienes es más amable la vigilia en que se encienden el pensamiento y la sangre.

Un silencio de sopor adormece el ambiente.

Contado transeúnte frecuenta la calle vacía de casas sonnolientas, de puertas cerradas, de celosías que han entornado los párpados y de vida hacia adentro de quienes, como en una urgencia de quemar etapas, se afanan en no perder el ritmo de sus existencias, de sus ansias y de sus anhelos.

Entre los escasos y como subrepticios prójimos que se aventuran en ese paréntesis encantado apretándose a la franja de sombra de los edificios, cuéntase algún conocido nuestro, Abel Caveira, que, oficialmente va a encontrarse con su íntimo camarada, el Tito Albornoz.

Llenando de más luz la calle ya la vasquita de Arrúa, lo ha precedido.

Cargada de libros y cuadernos viene a estudiar y a resolver problemas con su condiscípula, la hermana del anteriormente citado.

Pero los plausibles propósitos de rendir culto a la ciencia, se ven pospuestos por explicables sustitutos más dignos de atención.

A los muchachos, a los cuatro, pues forman dos parejas, los seduce más, como es natural, el intercambio de impresiones, el contraste de ideas, el descubrimiento quizás de sus coincidencias y afinidades.

Al principio la actividad fecunda se redujo a las dos amigas.

Luego se entrometió en el diálogo —jueves en el medio de la semana— el adormecido estudiante saltuario, que era Agesilao, quien, para acapararse a la vi-

sitante, que no buscaba otra cosa, en una entrevista con miras a tal finalidad, le rogó a su compinche:

—Che, Abel, vos dormís la siesta?

—Qué v-i-a dormir. Me acuesto, leo los diarios, me aburro.

—Te v-i-a pedir un favor. Que me hagas una pierna.

—¿Qué pulga te ha picau? ¿Qué te pasa?

—Mirá... vos sabés que la vasquita viene a estudiar con Rosalba.

—Sí.

—Y me está gustando.

—No tenés mal gusto, hermano.

—Por pasar el tiempo, sabés.

—No está mal empleado.

—Y te necesito.

—¿A mí? No estarás equivocado? ¿No será a ella?

—La sabés larga. Tenés que entretener a mi hermana.

—De manera que soy candidato a aguantar la vela.

—Hoy por mí, mañana por tí.

—Lindo oficio, comenta el invitado.

Y las circunstancias le imponen se vuelva un asiduo de las ilustrativas tertulias.

\* \* \*

Las funciones que, por su compromiso, acepta Abel, las desempeña sin ninguna violencia, es más, se aplica a ellas con evidente gusto, que deriva en un imprevisto suceso.

Es que, con la niña de Albornoz —que sin ser una belleza, o bastante menos, posee la encantadora atracción de la frescura y gracia de su edad,— como si reflejaran lo que acontece con la otra pareja, repiten gestos, actitudes y comportamientos, que bien podrían calificarse de plagios.

En razón de que lo de ellos no ha tomado otro carácter que el de un juego, podría haberse reducido a esa sola actividad.

Pero otros factores intervienen.

No son extrínsecos, no son ni siquiera inespera-

dos, pero son incontrollables, especialmente de parte de la niña, a quien le toca el papel de introducir un elemento personal, que aunque el integrante del dúo no lo maneja, alcanza o es suficiente para ambos: la ilusión, el sueño.

El Tito sustrae del escenario y se acapara a Alicia Arrúa.

En consecuencia ellos restan solos.

Se bastan.

Textos, cuadernos, apuntes aparte, bromean; charlan de cuanto tema existe.

Dialogan en el filo del flirteo, en una ambigua y equívoca esgrima de vocablos, que él lleva a un terreno de malicia y doble sentido.

La Eva en agraz resiste esa propensión de su camarada, que la trata de melindrosa y de mojigata y reacciona acentuando su deslizarse hacia las anécdotas, los chistes y los cuentos —cuyo punto de partida lo brindan las revistas elegantes y los diarios respetables... y no digamos el cinematógrafo y sus reclames.

Sin mesura —divulgada costumbre del ambiente— nuestro protagonista llega a una desembozada salacidad de pésimo gusto, recogida en las mesas del café, en los corrillos masculinos del Liceo o más abajo, en la turbia marea de los burdeles.

—Si continúas en ese tren, me voy, amenaza ella.

—Te acompaño, le ríe él.

La chica se pone seria:

—Parece que no te dieras cuenta que incurres en groserías.

—Tú interpretas mal.

—No. Todo tiene un límite.

—Me has convencido, aprueba él, fingiéndose arrepentido. Y, sorpresivamente, le toma las manos, se las lleva a los labios y le pide perdón.

—Bueno. Basta. Esto tampoco!, se defiende la chica llena de zozobra, ganada por una especie de temor en el cual se equilibran un impulso de huída y una inconfesable delicia que no la deja irse.

—Dígame que me perdona, suplica el arrumaco masculino.

—Bueno. No ha pasado nada.

El, dueño de la situación, insiste:

—La señorita tiene unas expresiones muy vagas. Merece un castigo. Ahora tiene que agregar, aunque me lo diga en el oído: que no me odia.

Ella baja los ojos; calla.

El pecho no le cabe en el involucro de la ropa.

Las mejillas le queman.

El estrecha el cerco.

—Mire que los intereses se aumentan y que va a tener que pagar mucho más de lo que cree si tarda en cumplir con su obligación.

Observa su reloj pulsera, como si contara los segundos de un suplicio o de un deleite y mientras sin soltarle las manos se le aproxima, sentencia:

—Ahora tendrá que decírmelo besándome.

—¡Suélteme!

—Un beso será la mejor manera de sellar la paz.

—¡Suélteme o grito!

Adán sabe que para eso Eva va a resultar muda. Pero él no la provocará, desafiándola:

—¡Grita!, pero se le aproxima, dominador:

—¿Te resuelves?

—No. No te acerques. No, loco!

El consigue el beso.

Lo conquista o lo roba.

Cuando llega a desasirse de sus brazos, Rosalba huye, confusa, como presa de una desconocida embriaguez.

El, solo, tras unos instantes, comenta, cínico:

—¡Cómo caen estos chorlitos!

Luego reflexiona:

—En una de esas he hecho un disparate.

Remata en un:

—¡Bah!, y dueño del campo, resta.

Mira a su alrededor.

El saloncito está alhajado con instintivo buen gusto. Empapelado, cortinas, alfombras, tapices en gris y azul



y algún bronce y oro en estatuillas y marcos de reproducciones de pinturas impresionistas, hacen el ambiente calmo y amable.

Comenta:

—¡Aquí hay platita, eh?!

Por llenar el tiempo se aproxima a la elegante bibliotecuita de su amiga y comienza a leer en el lomo de los libros encuadernados, ya el nombre del autor, ya el título del volumen:

—“Prosas Profanas”; “Las lenguas de diamante”; “Romances sin palabras”... Poe, Delmira Agustini, Bécquer, Julio Herrera y Reissig, Machado...

Se apodera de uno de los tomos.

Precisamente de las “Poesías” de José Asunción Silva.

Se echa en un sofá y al azar, comienza a leer.

No le cuesta poco esfuerzo transitar los “Nocturnos”.

Pero de pronto un hallazgo inesperado lo hace exclamar:

—¡Mire qué macanudo!

\* \* \*

Rosalba, llena de emoción, de sobresalto y hasta de temor por lo que ha sucedido, por lo que él estará pensando de aquello, de ella y hasta suponiendo que, enojado, bien puede haberse mandado a mudar, quiere reconstruir in mente los sucesos. No lo consigue. Le late el corazón. Experimenta una singular opresión.

Se le ocurre que lo ha dejado demasiado tiempo solo. Que debe regresar. Que él quizás la eche de menos y además que, con la lección que significa su dilatado alejamiento, alcanza.

¡El ya sabrá quién es ella! Adoptará otra actitud. Se comportará...

Sigilosamente abre la puerta de su salita y se va a acercarse en puntillas, pese a que la alfombra amortiguará el rumor de sus pasos.

El la ha sentido perfectamente y como si ignorase su presencia, cual si se encontrara en el más profundo aislamiento, frasea los versos con cierto énfasis.

La voz viril —que ella cree hondamente conmovi-

da— siguiendo el ritmo musical de la magnífica poesía, se detiene en la pregunta:

“Dí, te resistirías?”

La chica interrumpe sus pasos.

Resta como paralizada.

Lo ha oído.

Las frases cálidas, hondas y armoniosas, han prescindido de todo otro sentido. Han ido directamente a su corazón.

Huelga todo razonamiento.

Está convencida que él está enamorado de ella.

A pesar que nunca se lo ha dicho.

Aunque jamás se lo haya insinuado.

No se le ha “declarado”, pero ella, como dueña de la gracia de la adivinación, ya lo sabía.

No dudaba, pero aguardaba que la acariciasen las frases que ya sabía de memoria.

Lo comprobaba ahora.

Estaba frente a la confesión; a la revelación.

Lo ha oído.

Y como si hubiese recuperado las fuerzas, que un instante la abandonarían hasta las cercanías del desmayo, siente que se anima, que avanza, que va hacia él, como en el vilo de un sonambulismo.

\* \* \*

Los amores de Rosalba y Abel comenzaron a desarrollarse corrientemente, como si se calcaran en las innumerables relaciones que con escasas diferencias de exaltación lírica, de finura o de incontenido ardor, se repiten entre los jóvenes.

Sólo se alteraba su ritmo por la despreocupación del galán, que no “formalizaba”, esto es, no llenaba esas iniciales fórmulas protocolares que, con la anuencia de los familiares de ambos bandos, oficializan los noviazgos y llegan a trascender socialmente en las rúbricas de los “Ecos Mundanos” de los periódicos, terminando por la consabida unión que crea un nuevo hogar.

Ella hubiera deseado que aquello tomara un aspecto normal y formal, no porque desconfiase de los propósitos de su enamorado, sino sencillamente porque tales

prolegómenos eran los habituales y no existía razón alguna para evitarlos o siquiera diferirlos.

Era la costumbre...

El no tenía prisa ni daba importancia a tales formalismos y fruslerías.

No terminaba de convencerse de que se pudiera transformar en un "prometido", en alguien que, como en otro tipo de transacciones, firma un pagaré a tantos días vista.

Lo único que le preocupaba era que la "interfecta" fuese una persona de la relación, de la amistad de sus parientes y resultase nada menos que la hermana de su amigo.

Una imprevista sorpresa para el Tito.

Un probable lío, con cierta ineludible responsabilidad para él.

—¡Qué macana!, se criticaba.

—¿Cómo me saco el lazo?, pensaba.

—¿Si se me ocurre otra cosa, qué hago?

Pocos momentos, en verdad, se detenía ante el complejo problema, pero en tales oportunidades, recordando escenas y promesas y romanticismos de su gurisa, ya sonreía, ya maldecía y se daba prisa por eludir una solución.

.....

El espíritu de la chica era delicado y sensible, con su ponderación y su buen gusto que, aunque sin originalidad, le permitía elegir bien sus lecturas, sus atavíos y los objetos de que se rodeaba.

Su personalidad se completaba con cierto fondo religioso, sencillo y puro —indudablemente heredado de su madre— y que le imponían acentuar exageradamente sus escrúpulos morales.

Esto no obstó a que se dejase arrebatar por sus impulsos y bien podía decirse por la influencia de sus sentimientos, que se nobilizaban con la cualidad de ser sinceros.

No dejó de ser trabajada por preocupaciones y luchas interiores, pero es bien sabido que aunque el ser humano termine por convencerse que su proceder no

es estrictamente correcto y que se comienza a infringir ciertas reglas y principios, que se consideran entre fundamentales y sagrados, por lo general se les pospone a lo que es más halagador y placentero.

Nadie se plantea el problema en esos escuetos o gruesos términos. Se le presenta con contornos fluctuantes e indecisos, que pueden soslayarse o refutarse con sutilezas y sofismas y falacias, que no por frágiles dejan de defender las malas causas.

Se elude la voz de la conciencia, como posterga el enfermo el detenerse a examinar el mal que lo aqueja, acariciando la vaga esperanza de que es pasajero o de que no posee gravedad alguna.

La flaqueza de las deliciosas apetencias físicas significa una especie de subrepticio e insidioso abogado, que no ha menester de argumentos ni teorías para ganar su pleito.

Es un guerrero —o un fantasma de tal— cuya sola presencia vence las batallas.

Es que la fortaleza está minada por ocultos enemigos, tenaces e instintivamente hábiles, que incansables, horadan las brechas que la debilitan y la derrumban.

Y no son sólo imponderables que nacen de lo más recóndito del espíritu y se imponen irresistibles, como una inexplicable ley que emana de lo más inocente y puro de nuestra intimidad, sino que otras voces surgen y reclaman su derecho de existencia, desde la vulnerable realidad de la carne.

Bien sabía ella,—aunque no se lo explicase,— que en sus forzadas soledades lo tenía junto a sí, como si la envolviese en una cálida atmósfera de ternura, emocionándola hasta las lágrimas con la música de unas frases, que aún debía inventar desde que él jamás las había hecho llegar a su oído.

Y sensaciones aún más precisas y más concretas, en los labios, en la boca, que sentía la suya caliente, voraz, como dura de masculina fuerza dominadora.

Y los besos en el cuello, en los brazos, en la nuca, en los ojos, que le traían como un adormilamiento pre-

ñado de sueños... Su contacto, sus caricias, sus abrazos que la mareaban, igual a un licor diabólico y que siempre la impregnaban de un extraño perfume, en el cual predominaba el acre olor al tabaco negro que él usaba.

Las entrevistas se sucedían encantadoramente.

Su epílogo, inmediatamente al alejarse del mancebo, lo constituía una forma de alucinación en que se abandonaba sobre el sofá, mientras susurraba tiernas respuestas a inverosímiles expresiones que la transportaban al hechizado paraíso de sus fantasías de adolescente.

En oportunidades él le hacía la "rabona" y nuestra sensible amiga experimentaba la ardiente quemadura de los celos, con un doble filo que le acentuaba sus inclinaciones religiosas.

Menudeaba entonces su concurrencia a misas, novenas y rosarios y sus promesas a los santos de su predilección.

En su casa, en secreto, lloraba y oraba y su pensamiento —hasta en esos instantes en que se abandonaba a sus arrobos— se distraía viéndolo, sintiéndolo, hasta deseándolo.

Una angustia la abochornaba.

Le daba vergüenza.

Se reprochaba la debilidad de sus condescendencias. Su falta.

En realidad: su pecado!

Pero desechara, definitivamente, inmiscuir en su problema personal la directa intervención del local representante de la Iglesia.

No podía concebir que pudiera contar a nadie ni a su madre ni a la amiga más íntima, a nadie! ni sus luchas interiores ni sus deleitosas derrotas y menos a aquel sujeto de don Florio, que se le antojaba tan sin categoría, tan sin nobleza, tan tosco, hasta sin la grandeza que le convenía al ministerio del cual —posiblemente sin ton ni son— se le había investido.

¿Confesarse?

—¡Ah, no!

Y todo lo resolvía en un propio examen de con-

ciencia en que tras un doloroso tormento, tras la sombra de la angustia y la duda, desembocaba en una especie de rehabilitación de sus transgresiones, no como si se las tolerase o perdonase, sino cual si las ignorase y le fueran ajenas.

.....

De pronto, una banal conversación de un grupo de chicas que una tarde paseaban por lo que denominaban la Avenida y comentaban audazmente las picantes novedades puebleras, la hirió como un golpe de estilete.

Entre emocionada e indignada, experimentó un asfixiante ahogo.

Tras lustrársele los ojos de lágrimas, contuvo apenas el llanto.

Debió también callar su protesta:

—¡Mentira!,

o...:

—¡No puede ser!

Despreocupado, desaprensivo, el corro —movedizo, eufórico, luminoso en su fresca juventud y en las leves ropas de claros colores, con que se ataviaba— reía a plena boca.

Entre chillidos y enfáticas exclamaciones daban curso a los comentarios, de un atrevimiento y una audacia, que no condecía, no con el hecho, —pintoresco y picaresco, que era digno de ello,— sino con la morigerada y pacata actitud que correspondía a niñas tan bien, como que constitúan lo más granado y distinguido del ambiente.

Es que no era para menos.

El caso admitía cualquier extremo.

Era algo extraordinario e insólito.

¡Abel Caveira en amoríos con una de las negras bailarinas del Circo que actuaba en Sant-Agata!

Se afirmaba que ella tenía un amante brasilero riquísimo, que le daba toda la plata que quería y que ella, la desvergonzada, se gastaba con este otro bandido.

Se paseaba con ella.

Se exhibía.

Todos lo habían visto, lo mismo que comiendo juntos en el restaurant del Casino o jugando en la ruleta.

¡El acabose!

Pero lo malo era que un día el brasilero, —que no era de arrear con el poncho— los iba a agarrar a los dos a balazos.

La impresión del último informe casi le produce un desmayo.

Hubiera salido corriendo a buscarlo y a prevenirlo.

.....

Al día siguiente, en una de sus entrevistas, casi cotidianas, no pudo contenerse y con desusada violencia —hasta el punto de desconocerse— le echó en cara al bandido su ofensivo comportamiento.

Sus indignados reproches tomaron tal cariz de sorprender al acusado en el primer momento, hasta el punto de no saber si sería más conveniente una rotunda negativa o una plena confesión arrepentida.

Entre tanto ganó tiempo.

Midió la proporción del enojo de su novia y estuvo en un tris de darle la razón y justificar su disgusto.

Por suerte después del desahogo, cuando ella declaró:

—Todo ha terminado entre nosotros!, ella no pudo contener el llanto y él, que había resuelto declararse ofendido por la sospecha de que pudiese dar importancia a la inconsistencia de esos chismes, a pesar de que había estado sentado en el Casino al lado de una de las negras... optó por abrazarla y besarla, repitiendo con las caricias —que ella resistía— los más solemnes y enfáticos juramentos.

Pensar que ahora, más que nunca, necesitaba estar bien con la muchacha.

Se había complicado en unos líos, especialmente de dinero, a los cuales sólo ella podría —con su influencia ante su padre— darle solución.

No había otro camino.

Y ese día, precisamente, tenía resuelto plantearlo el punto.

Cuando ella comenzó a calmarse, él se dolió:

—¡Parece mentira que no sepas apreciar la medida de mi cariño!

—Tu proceder no lo demuestra.

—Te equivocas.

—La vida que llevas... Las cosas que haces...

—Ustedes las mujeres no comprenden.

—Vemos y sentimos... Tu conducta...

—No sigas, le interrumpió: Mi conducta es la de todos... Somos hombres... Hay que dejarle un margencito a lo que hace todo el mundo... No vas a querer que uno sea un santo o un maricón.

—Sí, pero no un... un... (La chica tiene temor de que su apreciación se vuelva una ofensa)... Un irresponsable... un...

—¡Un perdido! ¿Eh? ¿Un sinvergüenza?

—Yo no digo eso.

—Che, si vamos a empezar ahora! Yo no sé lo que quieren ustedes. ¡Lindo porvenir! ¡Nos van a coser a las polleras de ustedes y las vamos a acompañar a misa!

—Pero un poco de discreción... De no andar en boca de todos...

—Bueno tú dirás..., exclama el acusado y se lamenta:

—Ahora que yo estaba dispuesto a resolverme.

—De resolverte a qué?

—No. A definir nuestra situación, a formalizar.

A ella, en un súbito resplandor de confianza, se le disipan las sombras de las dudas y más que ello de su angustia y concede:

—Por lo menos no ponerla a uno en esa situación de ridículo, de vergüenza.

—Pero si lo de nosotros nadie lo sabe.

—Esa no es razón. Lo sé yo. Tú te desprestigias. Te descalificas.

—Bobadas. Cosas de muchachos. Uno se casa y cierra las cuentas viejas y todo el mundo se olvida... Después, mi querida, los que no tienen historia, los que no tienen algo que contar...

—Y de qué arrepentirse...

—Eso es. Y “de qué arrepentirse”, son unos pobres diablos!

—Yo no opino lo mismo.

—Mi querida, agrega él, que la vuelve a tomar entre los brazos e insiste en besarla, mientras su víctima ofrece una resistencia evidentemente débil:

—Los ángeles no sirven para jueces... Son demasiado estrictos, demasiado severos, demasiado inflexibles, subraya, rubricando con un beso cada uno de los calificativos.

Dominada, vencida, ella tendría que admitir que él es un demonio, pero no puede modular la frase, que se le está diluyendo como una miel caliente en la ternura de sus caricias.

.....

Abel, si lo exigían las circunstancias estaba dispuesto a llenar las formalidades de unas relaciones serias, y “ahorcarse”, esto es pasar por las horcas caudinas del matrimonio, si era preciso.

Su padre, cansado de sus abusos, había cerrado resueltamente su bolsa.

No tenía a quien recurrir.

La única que lo podía salvar era Rosalba o, mejor dicho, el viejo Albornoz.

Y mire, precisamente ahora se le iba a ocurrir a la muchacha ponerse celosa, cuando sus compromisos no le permitían diferir la cuestión.

Previo promesas de una teatral solemnidad, corolario de sus teorías entre cónicas y de una chabacana lógica, que derivaba de las toleradas costumbres del ambiente, resolvió plantearle a su “amorcito” la necesidad de hacerse un porvenir, precisamente para cumplir con ella.

Rosalba, conquistada, hasta porque necesitaba tranquilizar su conciencia, que sin duda le reprochaba su condenable condescendencia, iluminada de esperanzas, reclamó aclaraciones:

—¿Quiere decir que nos casaremos.

—Sí. Natural.

—¿Ya?

—Enseguida.

Ilusa, con deseos de saltar, como una chiquilla a la vista de un juguete, ella, como ansiando que se reiterase el maravilloso regalo, objetó:

—Pero yo ni siquiera estoy pronta!

El la tranquilizó, opinando, conciliador:

—Bah, eso no tiene importancia. Ustedes toman demasiado en serio esas bagatelas de amontonar ropas y de complicarlas con bordados y firuletes, como si las tiendas no estuviesen llenas de esas chucherías. Se compra todo y se acabó.

Era así. Lo que tenía importancia era que su novia convenciese a su padre que le prestase al presunto futuro industrial —pues en eso pretextaba transformarse— unos cuantos miles de pesos para iniciar sus actividades...

La enteró:

—Sabrás que tengo entre manos una iniciativa importante; un negocio redondo... Tenemos campo, tenemos elementos. Un capataz de confianza...

—¿Y qué es?

—Un criadero de nutrias. Habrás leído en los diarios. Un asunto que comienza a producir enseguida, porque vamos a empezar por cazarlas y, natural, comprarlas de contrabando cuando convenga y así mandarlas al Brasil...

—¿Y tú crees que eso podrá resultar?

—Querida!, sólo un ciego no lo vería. ¡Un éxito! Las pieles silvestres ahora están valiendo un platal...

Y se extendió al respecto, mencionando cotizaciones y enumerando especies, en una demostración exhaustiva de conocimiento de la materia, que dejó pasmada a su interlocutora.

Ella, entusiasmada por todo, por su versación en la futura industria, por la oportuna resolución de él de trabajar, por la próxima brillante situación, que seguramente conquistaría, no terminaba de admirarlo.

A renglón seguido, él le interrogó:

—¿Tú no sabes lo que son los tucu-tucos?

—¡Los tucu-tucos! ¿Unos bichitos?

—¡Una mina!

—¿Una mina? No entiendo.

—En sí, son unos roedores, más o menos del tamaño de los apereaes... Un poquito más grandes que el puño... Bueno, como mujer tú sabes que actualmente casi todos los abrigos más finos se hacen con pieles chiquitas y hemos descubierto que los tucu-tucos ofrecen un material finísimo, equivalente a la chinchilla... Unos cueritos que son un terciopelo, una seda y de un color raro, rojo dorado, que van a hacer sensación.

—¡Sí!

—Imagínate! Y pensar que con unos millares de pesos uno se puede hacer rico.

—¿Y hay muchos? ¿Dónde hay?

—Por todos lados. Especialmente en los arenales. En el Salto hay en pila.

—Mira, qué bien!

—Tú tienes que hablarlo a don Agesilao. Interesarlo en el asunto.

—¿A papá?

—Sí, a tu viejo.

—¿Y para qué?

—¿Cómo! ¿No has comprendido. Hablarle del negocio.

—Ah. Bueno. Si tú quieres.

—No es que yo quiera. Es una cuestión que nos interesa a los dos y él también puede entrar en la combinación, ayudándonos.

—¿Ayudándonos?

—Sí, con un poco de capital. Poco no más. Poco. En carácter de préstamo.

—¿Cuánto?

—Por ahora no hay que hacer sumas.

—¿Más o menos?... Por si me pregunta.

—Ocho mil, diez, doce mil pesos. Sabes, para empezar. Pero si se puede conseguir su buena disposición es suficiente. Después se concreta el capital. De eso me encargaría yo.

Y recalcó la afirmación como si descontase su autoridad indiscutible de avezado hombre de negocios.

.....

En realidad él no carecía de audacia, pero un fondo de irresolución, una forma de timidez, que quizás no consistiese en otra prevención que la producida por el temor de que se adivinase su oculto móvil, le hacía adoptar la actitud defensiva que se traducía en hacer intervenir a alguien que le asegurase la solidez del terreno por el que se aventuraba.

La chica se perdía en el ensoñar de su feliz imaginación, que la alejaba de lo inmediato.

El improvisado industrial imaginativo, acuciado por sus perentorios compromisos, pero hurtando el cuerpo a la responsabilidad que podía derivar de su tentativa, la aleccionaba:

—Tú le hablas así por lejos.

—¿Cómo?

—Sí. Como si te moviese un afecto o una simpatía, diríamos fraternal. Podíamos inventar hasta un disgusto con mi padre... Un desamparo en un momento tan importante de mi vida... De una necesidad de ayuda en fin...

—¿Pero no es mejor decirle la verdad? ¿Acaso no sería oportuno confesarle lo que existe entre nosotros?

—No, no... Eso se deja para más adelante. De eso tengo que encargarme yo. Tú estás invadiendo mi jurisdicción, nena. Nuestros amores son nuestros amores. Estos son negocios... Pucha, tú conoces poco a los hombres...

Ella se sometió.

Abel debía tener razón...

\* \* \*

Don Agesilao fué rápidamente convencido de la necesidad de acceder a la solicitud de su hija, no por las razones que ésta le expusiera, sino por una especie de deber de equidad entre su descendencia.

El Tito lo saqueaba literalmente.

Siempre descubría alguna causa o servíase de algún pretexto que lo autorizaba a sus continuos pedidos de plata.

El rico hacendado era mano abierta y generoso, pero con un fondo ordenado y calculador.

—Mientras pueda y corresponda los v-i-ayudar, decía.

Y no hacía otra cosa que “darles a cuenta” y sus desembolsos no sólo los registraba, sino que, cuando las sumas tenían volumen, los realizaba a cambio de los documentos correspondientes.

Agesiladito ya tenía una resma de recibos o pagarés.

Ahora le haría firmar a Rosalba o al hijo del padre, al mozalbete que, por los antecedentes y referencias que de él tenía, no era acreedor a la menor confianza.

En concreto a quien prestaba no era a Caveira, sino a su chiquilina.

Al fin y al cabo lo que él poseía era o iba a ser de los hijos.

A pesar que, con buen criterio, sostenía que no era del caso que por tan sencilla razón dilapidasen a la de Dios que es grande, aunque legítimamente fuera a pertenecerles, el capital.

Esto lo movió a indagar:

—Digamé, m'hija de aunde le ha salido ese prestarse a ser personera de Abel?

—¡Papá!

Ella, confundida, tomada de sorpresa por semejante pregunta, no había atinado a responder de otro modo.

El insistía, con un ligero tono burlón, que bien podía encerrar una sospecha:

—O usted se ha puesto de procuradora?

—¡Qué bromista!, se defendió ella.

Y comenzó a actuar en la línea del aleccionamiento de su novio:

—Surgió la conversación. Yo me interesé por lo que él me confiaba... Somos como hermanos... Sabe, ha tenido algunas diferencias con su papá... Me dijo que tenía entre manos un negocio muy lindo y no sabía a quien recurrir. Yo, espontáneamente, me ofrecí:

—Si tú quieres le hablo a mi padre.

El se opuso.

Me lo prohibió terminantemente.

Pero yo salí con la mía.

El viejo señor sonrió:

—Ustedes siempre salen con la suya, eh?

La miró de soslayo.

Notó que ella, incapaz de sostenerle la mirada, como si aquella investigación acabara con todos sus arrestos, cual si diese por perdida su intervención, y se decidiese a abandonar la contienda, se trabucó:

—No es compromiso, papá... Es cuestión mía.

Don Agesilao movió la cabeza, pensando que la quijotada de su chiquilina tanto podía significar otra cosa, como no ser sino un rasgo de buen corazón y la detuvo:

—No se vaya m'hija. Yo no he dicho que no. Yo no he dicho nada... Si es cosa suya, está bien... Está bien...

\* \* \*

En realidad no era una estratagema ni una invención lo del criadero de nutrias y la valorización de las pieles silvestres.

Estaban descubriendo su importancia y los diarios de la capital se prodigaban en editoriales y artículos, en que seudos conocedores y hábiles propagandistas, algunos de los cuales viendo en perspectiva algún lucrativo empleo público, proyectaban la creación de una pomposa organización burocrática para la cual ofrecían generosamente un rimbombante título: “Dirección General de Protección a la Fauna Autóctona”.

Haciéndole la competencia a los tucu-tucos de nuestro amigo, descubrieron los lobos de río, con cuya piel preciosa hace tiempo que nuestros criollos se hacen confeccionar chalecos y adornan sus sobrepuestos y las puntas de sus caronas o sus cintos.

Tal industria es posible que en manos expertas se transformase en productivo negocio.

No en las ociosas o poco consecuentes manos de Abel, que no estaba llamado para esos menesteres y a quien los pesos que consiguió en su maniobra, pronto “corrieron burros”, se le esfumaron como de costumbre y su situación más angustiada que nunca le inspiró la

descabellada idea de una fuga en la que convenía arrastrar a su novia.

No tenía coraje —según su propia expresión— para afrontar las consecuencias de sus barrabasadas y resolvió explotar la ingenua fe de la chica.

Era un gesto de esos que la gente no se puede explicar:

—¡Que necesidad tenía de cometer semejante locura!

—Pero este Caveira es un anormal!

—¡Sólo a un tarado se le ocurre tal disparate!

Es que los espectadores y los comentaristas olvidan ciertas preciosas características de nuestra idiosincrasia y nuestra psicología, que algo ha de tener de propio y de inspirado y de diferente de los demás.

Eso, en algunos casos, puede considerarse como una corazonada; en oportunidades es una viveza o —en otro plano— un rasgo del talentear criollo, que improvisa una sorpresa o una artimaña en el fútbol o descubre una salida ingeniosa en una discusión en la cual lo ignora todo...

O es simplemente una "viaraza", ya que si todos no somos "faltos", prepondera en nuestro medio los que tienen sus ramas de locura o se hacen los locos.

\* \* \*

Las relaciones de nuestros héroes no eran contrariadas, ya que ni siquiera sus familias las sospechaban.

No se manifestaba esa oposición que provoca la rebeldía, violenta e incontenible en espíritus jóvenes, los que vuelven consistente la distracción más baladí y transforman en firmes los amores más volanderos.

Pero Abel, en actitud de previsoramente defensiva, se erizaba de desconfianzas, pues temía que surgiese, especialmente de parte del suegro, una indudablemente justificada resistencia, más que a sus relaciones, a su persona.

Abundaba en argumentos que despreciaban —gratuitamente y por anticipado— las imposiciones de los viejos y las inepticias de la costumbre y hasta la vulgaridad, tremendamente prosaica de las cretinas y amañeradas leyes sociales.

Se le acusaban arbitrarios perfiles de innovador y revolucionario.

Todo epidérmico y de oportunidad, ajustando tales actitudes a lo que en el momento le convenía.

Forzaba a la chica a que, con él, hiciese mofa de las costumbres y prosopopeyas que designaba como aristocráticas. Le cultivaba una posición de resistencia a la sociedad, de rebelión contra las estupideces burguesas.

.....

Como había pensado —ya que tenía tanto camino hecho— que el casamiento podía ser la solución de sus líos, resolvía tener de su parte el hecho consumado, que imponía la solución conveniente.

De ahí su insistencia en soliviantar la muchacha.

Hasta que la tuvo madura, sin defensas, sin reacciones, y le propuso:

—¿Nos escapamos?

A ella, como si se le despertara la conciencia, ignoramos de qué rincón de su yo, le surgió una negativa, que resultó tan débil, casi como si fuera algo nonato.

En cambio a él, junto a todo lo que pudiera ser meditado y calculado, le brotó aquel indómito impulso, que era como un inconsciente extrañío llamado, ignoto e impositivo, que se volvía en su alma una inquietud de alas impacientes.

Un vértigo de viaje a ojos cerrados lo dominó.

Sentía precipitarse como a un abismo lleno de promesas.

Y, naturalmente, en su incontrolada furia, arrastró a su compañera.

Y "porque sí" no más

Por ir contra algo.

En un temerario desafío contra lo establecido, riéndose de las conveniencias y de las consecuencias.

Naturalmente que en el fondo de sí mismos y más precisamente en él, sin perjuicio que a ella la alcanzara, florecía un sueño de delicias y de deleites; de goces más hondos y más intensos, porque imprevistos y porque prohibidos.

Se constituían, se consagraban héroes.



Los arrastraba un viento de aventura, un rapto de riesgo.

Algo equivalente a ese trágico "amock" demente, que acomete a ciertos sujetos hindúes y describe magistral y maravillosamente Stefan Zweig, arrebató a la improvisada pareja, que huyó en la viaraza de su vuelo nupcial.

No excluimos que la característica socarronería criolla le soplara al personaje masculino del romance:

—¡La cara que van a poner los viejos y las beatas!

.....

El azar, unido a una explicable imprevisión, introdujo un inesperado capítulo a la novela.

Los turistas idílicos habían vuelto con un par de cruzeiros al hotel donde se hospedaban en Río de Janeiro, hasta donde llegaron.

La ruleta los había dejado en blanco.

Un telegrama clamó por un cabo de pesos que los desencallara de la grave varadura.

Hubo trotes de comadres de aquí para allá.

Reacciones violentas amenazaron choques inconvenientes.

Los Albornoz, —comprendido su compinche e íntimo amigo el Tito,— juraron y perjuraron tremendas venganzas, olvidándose, el hijo, que él mismo era quien, con finalidades de estudio facilitaba en su casa las entrevistas y el trabajo por equipo de él con la vasquita de Arrúa y de Abel con su hermana.

Gente contraída a sus asinaturas era explicable que cada pareja, por su parte, rindiese al máximo sus posibilidades.

Don Napoleón adquirió una grave actitud de circunstancias:

—¡Esto es muy serio!

Se abrazó con el compadre, asegurándole que por la criticable chiquilinada de aquellos dos mocosos no se iba a enturbiar una sólida amistad de toda la vida y aunque los ojos le chispeaban, pícaros, y lo estaban vendiendo, cuando apoyaba los calificativos espectaculares

de su futuro consuegro, pensaba si no hubiera sido oportuno agregarle al abrazo un:

—Lo acompaño nel sentimiento...

En realidad era:

—Medio como perder una hija, "pobrecita"...

Pero ya le surgía su apreciación sobre los encantos de la fugitiva, que como no era una de las "que revientan un lazo", caía en la catalogación de las que, no excediendo de una medianía de quiero y no puedo, calificaba de:

—Culito no más...

...Expresión cruda y realista, pero definición exactísima al fin.

.....

Instado por las familias interesadas o metido por su propia cuenta en el lío —porque era introducido como la mugre— el cura párroco don Florio Palombaro, con su palabra untuosa y sus prudentes consejos, echó aceite en el revuelto mar y levantó el pendón transaccional de un oportuno casamiento reparador.

.....

Un giro.

Unas cartas con más retórica que substancia.

Una lápida —transparente— sobre el escándalo, que ya lo conocían hasta los postes de las esquinas.

Y hasta otro, mientras la pira continúa humeando, con el aviso o el indicio de que el fuego no está apagado.

COMO el Carnaval había pasado, —dejando, entre paréntesis, el tendal de enfermos, pues los más débiles de los que bebieron, hasta embriagarse, fueron víctimas de su propia euforia,— llamó la atención que, de pronto, desde la calle, viniese una catarata de notas alegres en los redobles de un paso doble sandunguero.

La gente joven —y por supuesto, la menuda— corrió a ver qué sucedía y desde el zaguán tintinearón las voces jubilosas, anunciando la imprevista y auspiciosa novedad:

—¡El circo! ¡El circo! ¡Son los del circo!

Hasta don Napoleón se desplazó de su cómoda y petiza silla de cuero y se encaminó hasta la vereda.

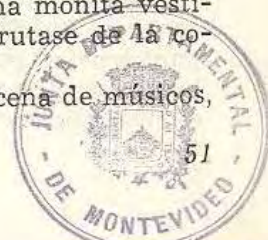
No debe haber quedado un solo vecino que no se asomara a puerta, ventana o por sobre un cerco, para contemplar el pintoresco anuncio de la farándula.

Por cierto ofrecían un completo adelanto de la misma.

En plena calzada los payasos extendían una abigarrada alfombra de yute y sobre ella dos niños acróbatas giraban, apenas tocando con sus manos y sus pies la tierra.

Un elefante calmo, conducido por un falso hindú, ostentaba sobre su enorme lomo gris, una monita vestida de rojo, que se paseaba como si disfrutase de la comodidad de una terraza.

En una camioneta amplia, media docena de músicos,



más entusiastas que artistas, con relumbrosos instrumentos de viento, entre los cuales lucían el clarinete y el bombo con sus respectivos platillos, atronaban el aire con su repertorio fácil y alegre.

Y seis mozos del circo, uniformados de verde, galoneados y relucientes de botones dorados y alamares, repartían los programas ilustrados del "Gran Circo Internacional Sud Americano", de los Hermanos Henry.

La técnica de los empresarios del espectáculo era la de llegar de improviso a pueblos y ciudades para producir mayor expectativa y por cierto —como lo realizaban allí— conseguían su efecto más que por lo que exhibían, por lo que prometían.

Según rezaban sus prospectos, su carpa ambulante se enorgullecía con los más famosos artistas del mundo y además informaban sobre la maravillosa visión de las diez girls, que realizarían originales números de ballet, ya admirados y consagrados en ilustres capitales, como Nueva York, París y Londres, culminando sus exhibiciones con un impresionante Baile Infernal, que terminaría con un "pusha cordaum" ("farándula"), en el cual participaría toda la concurrencia.

Además y aquello sí que era real e indudablemente novedoso, las bailarinas habían sido seleccionadas de nácar y de oro y de charol y ébano.

Atracción única, singular hallazgo, pues en efecto, de las muchachas, — algunas discretamente maduras, (pero la Mistinguet ya contaba con sus respetables e históricos setenta años y continuaba en actividad), de las niñas —informábamos— cinco eran blancas, rubias, con cabellos dorados y las restantes, quizás las más encantadoras y las más atrayentes, por su juventud y su gracia y su natural elegancia, eran negritas auténticas, cuyo planchado de pelo había sido bastante difícil.

\* \* \*

Ya el cinematógrafo insidiaba en el gusto colectivo con sus novelones cursis, sus deslices procaces y sus truculencias policiales o sus cintas de asaltantes y de bandidos, polarizando la atención de la mayoría, pero el circo aún luchaba con su antiguo prestigio y sus armas

simples, nobles y leales, que hallaban eco y simpatía en los últimos reductos del candor público.

La gracia de la aérea ecuyere, con el conjunto del hermoso caballo tordillo amaestrado, que parecía orgullosamente poseído del honor de conducir sobre su lomo un delicado ser femenino; el tony, con su cara enharinada, sus cejas, una de las cuales iba y la otra venía y su enorme boca roja y redonda, presentando los aros de transparente papel de colores, que la artista, transformada en una ágil saeta humana, horadaba limpiamente; el mismo domador, con sus altas botas de charol, su pantalón blanco y su dolman negro, el impecable peinado de raya al medio y los bigotes erectos, a lo Guillermo II<sup>o</sup>, encantaban y seducían, con la más inequívoca de las justicias.

El atleta, construido con una sucesión de redondeadas morcillas, encerradas en apretada malla celeste, que sostenía sobre su cabeza una torre de hombres, que llegaban a la lona del techo del circo y se colocaba en el cogote un viejo cañón colonial, el cual, previo un descomunal martillazo, efectuaba una descarga atronadora, pasmaba, naturalmente, a quienes lo veían.

El matrimonio de menudos japoneses, de ojos de pulga, que hacía proezas inverosímiles en el alambre, donde hasta tomaban el aperitivo, para luego encararse la mujer en una flexible caña de bambú, que el marido, aparentemente, mantenía sobre la punta de la nariz, desconcertaba.

Los payasos eran felices con sus chistes de buena ley y sus ocurrencias seleccionadas, tanto como con sus bofetones fingidos. No faltaba su eterno enredarse en las alfombras y en las redes, que obligaban a la intervención de uno de los directores, que pasaba un grave y severo responso al clown, quien terminaba por conmoverse y besar al patrón, embadurnándole la cara de harina y de colorete y escupiéndose las manos para intentar asearlo.

Nos queda aún la mona, trajeada de señora, hasta con sombrero con pluma, jineteando a un perro corco-

veedor o paseando, muy echada para atrás, en un cochecito diminuto, arrastrado por el mismo can.

Y el trío de gimnastas —dos mocetones y una damisela— con sus triples saltos mortales y sus ejercicios en los trapecios y el suspenso, con sordo redoble de tambor, de cuando la muchacha, con los ojos vendados, se arroja a las manos del trapecista, colgado cabeza abajo de su aparato.

Y el ilusionista, que comía fuego, le serruchaba la cabeza a una dama y diciendo que iba a sacar al elefante de la galera, luego de encontrar en ésta a una paloma, un pato y un conejo, la galera empezaba a crecer y tras el apagarse de las luces durante un minuto se descubría al hombre encaramado en el paquidermo.

Para lo último, que es el orden que ocupa en el programa, hemos dejado el ballet y la revista, en realidad los números interesantes al sumo e indiscutiblemente excepcionales y, a la altura de la época que corría, bastante novedosos.

Envueltas en gasas, aunque con la menor cantidad de éstas, en zapatillas y en puntillas, las rubias; a pie gentil y, sin poder evitar algún taloneo —dada su irresistible pasión por la música— las morenas, entre cambiantes luces de colores, interpretaban, sino con impecable y exquisito arte, con desenvuelta gracia y exacto ritmo, célebres composiciones de Chopin, de Schubert, de Weber, de Strauss.

A la orquesta, a la que se sumaba Henry, el mayor, que era buen violinista, le tocaba un papel difícil, del cual salía airoso.

Pero el caso fué que, desde la primera noche el "número" gustó y los aplausos se repitieron entre bravos y gritos de bis.

Superando ese éxito, entusiasmó hasta el delirio —especialmente a la clientela de las graderías, la fantasía coreográfica en que las bailarinas iban despojándose de sus leves gasas hasta quedar vestidas, si así puede decirse, con cuatro elegantes y estilizadas, verdes hojas de parra, que cubrían exclusivamente, pero convenientemente, lo que era preciso cubrir.

La difícil prueba fué triunfal y definitiva, aunque no faltó media docena de fugas de señoras gazmoñas y de viejos —ya terminante e irredentamente viejos— que mandaron a sus niñas cubrirse los ojos, orden obedecida con el abanico de los dedos entreabiertos, en tanto el público, simple, natural y sincero, atronaba el aire con sus aplausos y sus gritos de aprobación.

La orquesta circense a la altura de las circunstancias— atacó en ese momento una marcha fácil, pegadiza y alegre, que fué coreada, y, por las pasarelas colocadas de exprofeso y de antemano, se inició el desfile de las chicas, que propició el "pusha cordaum", que pecó un tanto de desordenado, en razón de que los farandulistas, bisoños en el pintoresco entrevero con las girls, carecían aún de adecuada disciplina.

\* \* \*

Las señoras pertenecientes a las cuatro familias que se levantaron en son de protesta y se alejaron del circo, —algunos aseguran que persignándose, exorcisándose, para evitar que se les colara boca adentro y garguero abajo y de ahí les inundara el cuerpo con sus malas artes el Demonio,— se fueron cismando las represalias que a herejías tales correspondían.

Todas, coincidentemente, pertenecían a la Santa Congregación de la Buena Muerte, excelente invento, muy precavido y útil, que con la garantía de la Iglesia Católica Apostólica y Romana, asegura, en el Cielo, para cuando el traspaso último acontezca, un sitio indudablemente más confortable que las precarias sillas desarmables y de hierro, del recinto circense.

Como correspondía y entendemos debe ser de práctica, a la mañana siguiente, cuando aún el cura párroco tenía en el aliento cebollero el "bouquet" del buen vino blanco, que había ingurgitado en el sagrado oficio de la misa, las damas, con el aspaviento consiguiente le narraron, con pelos y señales, la indecorosa actuación de aquella cáfila de desvergonzadas, que aprovechaban todas las oportunidades —que eran muchas— que sus piruetas se lo permitían, para levantar las piernas, agitar las caderas y lo demás que, sin ninguna pecaminosa

intención, en mala hora, les había regalado el Todopoderoso.

Al fraile don Florio, —a quien los herejes y los descreídos, con toda irrespetuosidad apodaban don Manflorio, atribuyéndole inclinaciones inconfesables de todo linaje, —le relucían los ojillos vivarachos e insistía en asomar entre los labios finos la punta de la lengua, húmeda y roja, lo que por otra parte era en él costumbre habitual.

El dignísimo sacerdote oía con todo el cuerpo las escandalosas revelaciones e ignoramos qué sector de su organismo se interesaba más por conocer hasta el más mínimo detalle de las bochornosas escenas.

Sus pulgares giraban vertiginosamente en sus manos trezadas beatíficamente sobre un vientrecito precoz, en punta, que prometía un pingüe desarrollo.

Daba la sensación de que meditaba profundamente lo que tenía que sentenciar, pesando de antemano sus conceptos, preocupadísimo de sus proyecciones y consecuencias.

Se sabía rodeado de testimonios y de jueces, cuyas contradictorias inclinaciones oscilaban entre una incondicional adhesión a cualquiera de sus actitudes y tendencias y una implacable crítica y una sistemática oposición a sus sentencias u opiniones.

Para los liberalotes era el mistificador capcioso y falaz, que agregaba a esas características su condición de gringo hipócrita, pícaro e ignorantón.

Su cohorte de adictos pendía de su autorizada palabra.

Y no digamos el beaterío santurrón, que explicablemente lo adoraba, casi como a un ser sobrenatural, desde que centraban en él la esencia de sus arraigadas, inmovibles convicciones.

¡El padre!

No en balde era el auténtico representante de la divinidad.

En cuanto a la cálida simpatía personal que emanaba, —a la que no resistían sino los prevenidos y quienes por su descreimiento le guardaban ojeriza,— no era

del caso defender, pues su existencia y su efectividad eran evidentes.

Este fenómeno de atracción es tan natural como inexplicable, si no queremos atribuirlo a dones innatos, que captan la atención y el afecto y culminan quizás en las dominadoras influencias de los caudillos.

Y eso que nuestro reverendo, en la frontera, en la indecisa y como brumosa frontera de cierto amaneramiento femenino y acentuados pujos de varón arremetedor, fluctuaba en una tierra de nadie con su voz, que ya se aflautaba o se volvía grave, como en las inflexiones de un trombón resfriado.

Pero si existía una sensibilidad con caídas a las polleras más que a los pantalones, no debemos excluir su misteriosa influencia, pues en la vestimenta de nuestro camarada tironeaban parejamente las dos opuestas prendas, sin olvidarnos que el santo personaje religioso, en sus solemnes votos, había prometido una inhibición que le imponía un difícil tercerismo equidistante de ambos sexos.

Quizás su untuosa cortesía, con algo de la ilimitada obsecuencia y la humildad que caracterizaba a los siervos de la gleba, de los cuales descendía, se transparentaba tanto en los arranques y gestos tan expresivos como espectaculares, como en las rendidas y halagadoras frases que le eran habituales. Estas —para colocarlo en una situación criticable— terminaban por dar la sensación de que le hacía la corte a todas sus feligreses.

Sus expresiones ternísimas se reforzaban siempre con incontenibles, aunque cautelosas caricias, graduadas según la cliente y que iban en progresiva escala ascendente en sus respectivas oportunidades.

En conclusión, nuestro pastor de almas, era tan cariñoso como bueno y querido!

Frente al insólito y complicado suceso, dos o tres veces había abierto la boca, titubeando, para terminar expresándose en portugués y si se quiere en brasilero, en su indecisa elección del idioma a que debía recurrir en tal peliagudo asunto.

Terminó, pues, entre espantándose, sorprendiéndose y admirándose:

—¡Barbaridade!

Como preponderaban las patricias en la comisión, ésta se sintió unánimemente halagada y la contestación, transformada en una ambigua mezcla, se volvió pregunta y afirmación:

—¿Naum asha?

—¡Ma sí! ¡Molto grave!, silabeó él en su italiano patrio, que trajo como una evocación del terruño, su Vallo, de la verde Lucania, con sus crespos encinares, sus olivos, sus pinos, su rico vino de dulces rubíes y sus campesinas sólidas, saludables y laboriosas.

Las damas interrogaron:

—Nos suponemos, padre, que en el sermón de la tarde condenará la ofensa que se ha inferido a la sociedad?

—Ma dequemeló por mi cuenta!, se envalentonó él, a quien el sacristán, por una consistente propina recibida, le tiraba de la sotana, anunciándole por lo bajo, al tiempo que le guiñaba un ojo, y le entregaba una tarjeta:

—El señor Henry, que desea verlo.

Agregándole, ya en secreto:

—El de la cosa!

\* \* \*

Don Florio, que no era ni medio zonzo, cazó el pájaro al vuelo y maniobró para que el cuaterno de la melindrosa comisión de censura le dejara el campo libre.

—Mi querídase, señora, a la línea sestán tendida y yo le voy a cantare la cuarentas a esto perturbadore de la moral sochiale. Ustede se me ne van tranquilita, tranquilita, que yo m'encargo de areglare al sinvergüenza estos.

Y las despachó por una puerta, mientras por la otra, elegante, desenvuelto, muy dueño de sí, entraba el menor de los Henry.

—¡Reverendo!, y le alargó la mano buscando la del sacerdote para besársela.

—¡Ma qué, eludió él, tratando de cuidarse y ya el visitante, con media partida ganada, le sonrió, campechano:

—¡Italiano! ¿Paesano?

—Ma di dove é lei?

—Di Scalea.

—¡Oh! Ah! ¡Bravo! Vicinissimo al mio paese! Io sono di Vallo.

—¡Piciriddu míu!

Y entre incontenibles, desatadas e interminable risas, se estrecharon en apretado abrazo.

Se entendieron a las mil maravillas, complicando evocaciones y recuerdos, afectos y nostalgias, con los sucesos y perspectivas que ahora, más que enredarlos, los unía.

El Henry, —que había adoptado como nombre de batalla aquel apelativo entre inglés y francés, que causaba muy buen efecto,— era sencillamente Enrico y lo que nosotros calificamos como un tipo muy macanudo.

Algo entrañable les humedecía las pupilas.

—Cómo no iban a fraternizar!

El acento, diríamos la música, que el oído está adivinando en la modulación de los vocablos, pronunciados como ellos solos —los meridionales— son capaces de hacerlo.

Aunque no hablen dialecto, éste les está desbordando de las palabras.

Con ello les aflora un apretarse de seculares raíces raciales. Una comunión de luz rutilante, de color que canta, de belleza que seduce, los une, mientras —en un prodigio de sueño— desfilan en sus retinas las pintorescas riberas del mar Tirreno, entre cuyas inquietas aguas de azules, de verdes, de violetas, acariciando los peñascales y los farallones rojos, se habían aventurado alguna vez en las barcas pescadoras de sus parientes. O, más lejos aún, se habían revolcado en las doradas arenas, se habían bañado pies y piernas en las olas mansas, que ponen una fugaz, blanca gorguera de espuma en las pequeñas playas, que se repiten —en cuadros inigualables— al pie de las altas barrancas coronadas

de pinos, de olivos, de cipreses y de naranjos, blancos de azahares o dorados de hinchados frutos.

Ambos frecuentaron en su niñez, en su adolescencia, los irregulares, serpentinos, soleados o umbríos senderos y caminos, por la costa marítima o entre los bosques, unos y otros con sus rumores peculiares; los pueblecitos pintorescos o las ciudades famosas, por su historia o por su belleza: Salerno, Amalfi, Positano, Sapri, Scalea. Los puertos minúsculos, con sus embarcaciones pintadas con tonos violentos; con sus mujeres componiendo las redes, que se secan al sol; con sus chiquillos desnudos; con sus viejos sarmentosos, fumando sus pipas curadas en sus innumerables años marineros.

Siguiendo a los menudos borricos, doblados bajo las enormes cargas de leña o de descomunales montones de pasto, pasaron y repasaron por esos sitios, cual si fueran un elemento más del bello paisaje.

¡Cómo no se iban a sentir identificados, tal como si pertenecieran a una misma familia!

Era explicable su alborozo.

Y se justificaba que, en su interior, echaran de menos la sombra húmeda de una taberna de aldea, en una de cuyas mesas alternarían el vociferar del uno, due, tre! de un apasionado partido de murra, que había de terminar en el vaciado —al apurarlo— de un medio litro o de un litro y medio del rojo y perfumado vino dulce de la verde Lucania.

Palmeando a su compatriota, el forastero le hacía bromas, para después sacar y abrir la billetera, de donde extrajo un papel nuevecito de cincuenta pesos y a la fuerza, haciéndole real y tremenda violencia al párroco, se lo metió en uno de los bolsillos de la sotana (que tu faltriquera izquierda no sepa lo que recibe la derecha), expresándole su destino:

—Para tus pobres.

Y, solemne, le prometió:

—Si nos va bien, te vas a dar cuenta quiénes somos... No te arrepentirás de ser nuestro amigo.

El fraile le solicitó precisiones e informaciones amplias.

—Es lástima que tú no te animes a disfrazarte para ir a vernos.

—Con tal que me informes. En resumidas cuentas, qué es lo que ha revolucionado a mis feligreses?

—Peccata minuta... Pequeñas concesiones al gusto, las preferencias y las inclinaciones del público. Nada que salga de lo corriente, de lo mil veces visto en todo el orbe. En las capitales, —y aún mismo en las películas de cine, que no dejará de ver tu clientela— eso es pan de todos los días.

El religioso no se pudo contener de preguntarle si le "piccole" eran bonitas.

El amigo, con desenvoltura de compinche, informaba:

—Para todos los gustos; para todos los paladares. Además desde el azúcar al chocolate.

—¿Y eso?

—Sí, imagínate. Arias y etíopes. Inglesas y africanas. Rubias unas, de color de la noche las otras.

—Te sientes poeta, hiperbolizó don Florio, que insistió en manifestar que continuaba en ayunas.

—Blancas como la leche y negras como el hollín.

—¡Curioso!

—¿Quieres que te mande alguna a que se confiese?

—¡Loco! ¡Deschavetado! No digas disparates. Hay que... Hay que... Hay que cuidarse. Mi sacerdocio trae consigo exigencias de moderación y austeridad de las costumbres que no nos lo permiten todo, como parece que tú crees.

—¡Perdona!, se mostró arrepentidísimo el Henry, mascullando para su coletito:

—Questo qui la sa lunga! Es peor de lo que yo creía.

Los dos se habían excedido.

Se estaban superando.

Habían zambullido hasta lo más turbio de la hipocresía.

Ya respiraban apenas.

El laico emergió a la superficie, con una solemne afirmación:

—Te aseguro sinceramente que todas, sin excepción, son cristianas y tan católicas como nosotros y antes de entrar en escena jamás olvidan santiguarse y encomendarse a Nuestra Señora.

Henry se acordaba de un torero y de una damisela galante, que previo a sus sendas faenas, se hacían la señal de la cruz...

—Bueno, bueno, —sonrió ya más transigente y exigiendo precisiones el cura,—¿pero desnudas, eh?

Se miraron a los ojos.

—¡Ah! ¿Con que desnudas, eh? ¡Ti piacciono?

—¡Basta! ¡Eres terrible! Te pregunto cómo salen vestidas.

—Muy poco... muy poco... pero como se ven en las playas de moda en época de baños...

—Me han informado que gastan unas hojitas de parra.

—Enormes. Unas hojizas. Mucho más menuda y ajustada al cuerpo era la de Eva y no lo preocupó al Creador ni lo asustó a Adán.

.....

El sacristán, hombre oportuno, discreto y avisado si los habían, con aterciopelados pasos de gato había traído una bandeja con un garrafón de vino de cantar misa y colmaba dos vasos que dejaba ante los diálogantes.

Bebieron los connacionales; entornaron los ojos como gustando su delicia; chasquearon la lengua.

—¡Excelente! ¡Parece de allá!

—Es que me lo hago traer expresamente.

Chocaron:

—¡Alla salute!

El párroco le suplicó al circense:

—Pónles una pollerita por arriba de las hojas; que las muchachas no levanten tanto las piernas y que disminuyan un poquito el movimiento. ¿Estamos?

—Al pie de la letra.

—A todo se puede llegar dentro de las conveniencias.

—Eso es un axioma.

Se estrecharon calurosamente las manos. Siguiendo sus tradiciones lugareñas se besaron en la boca y mientras don Florio se ponía lánguido, no sabemos si por la nostalgia de la patria o por el efecto del vinito, le rogó al visitante:

—Esta tarde, sábado, mi sermón es a las seis. Te espero. Es conveniente, tanto que vengas, como que te vean.

—¡Estaré como fierro!, fingiendo acento acriollado, aseguró Henry.

\* \* \*

Una de las señoras de la Congregación, de las que componían la embajada que visitó al cura y que se proponían realizar una activa propaganda contra el espectáculo incriminado, cuanto transcurrió la hora de la siesta, se fué de visita a lo de Caveira.

Como era de confianza la recibieron en el patio y la consideraron contertulia del chupeteo del mate dulce con rosquitas.

La dama estaba contentísima con el rotundo éxito obtenido con don Manflorio:

—Un sacerdote tan bien, tan piadoso, tan comprensivo, tan moral, que esa misma tarde les iba a decir lo que se merecían a esos atrevidos que han tomado a nuestra ciudad por una toldería de indios.

—¡Ah, qué bien!, aprobaba doña Marciria, que no había asistido a la función de la noche anterior y que consultaba si se debía o no se debía ir, pues su esposa ya había hecho reservar un palco.

—¡La gente bien se abstiene!, afirmó la otra.

Su amiga pidió detalles.

Tras exagerar con fecunda fantasía y agregar particulares que había leído en una novela que tenía su hija, la informante lamentó:

—La única lástima es que el pobre padre, como todavía anda chapurreando la castilla, de cuando en cuando se descuelga con inconveniencias que él no querría expresar y dice una cosa por otra.

—Esu es, interviene don Napoleón,—mi han dicho que el nación entrevera los chinchulines con el arroz



con leche y cuando quiere aclarar las cosas se enrieda en las cuartas, hasta hacer réir a la gente.

—Exacto. Pero su intención es siempre recta y su palabra iluminada.

—Natural, debe ser no más. Ahura li han puesto luz eléctrica a la iglesia.

—Y habla con mucha elocuencia.

—¿Locuencia: ¿Locuencia, qué sería?

—Que tiene facilidad para la oratoria.

—Ah, sí. Lenguaraz es el hombre. Lo que es pa pechar plata se pinta solo.

—¡Este don Napoleón, ¡siempre con sus “agachadas”, como él mismo dice! Las necesidades, muy respetables, del culto, lo exigen, don Napoleón.

—No. Es un decir no más. Pero tampoco nadie v'a negar que el “gaucho” se gana la grasa que le saca a los chicharrones. Se larga cada discurso como de clú!

La propagandista que contaba con hallar un seguro aliado en el dueño de casa, con intención de tirarle de la lengua, le sonsaca:

—¿Qué me dice de lo de anoche? Hábleme con confianza.

Y ella misma, atropelladamente, se contesta:

—¡Un ludribio! ¡Una afrenta a nuestra sociedad! ¡Un vergonzoso atentado contra nuestra honorabilidad y nuestras buenas costumbres!

La víctima de la briosa ofensiva se ha estado acariciando la barba y aguaitando a la indignada censora, que repite:

—¿Qué me dice? ¿Qué me dice?

El entonces, medio acoquinado, opina:

—¿Qué le v-i-a decir? Cada cual ve con los ojos que tiene. Y en el gusto y en el dijusto, el hombre se cré siempre justo... A mi me gustó.

—¿Le gustó? ¡Le gustó!

—Eso es. Muy lindo. Muy bonito. Muy especial. ¡Un gran circo! ¡Mire que yo he visto “pruebas”, eh?... Del tiempo que pidan, pero que se le empareje a este, si la memoria no me engaña, dificulto. ¡De rechupete! ¡Borra tudo!, como decía el brasilero de la “canyica”.

—Pero, señor Caveira! ¡Me extraña! ¡Pero, señor Caveira! ¿Y esas mujeres? ¿Y esas bailarinas?

—Pues, lo que yo digo: ¡eso no tiene desperdicio! ¡Eso es una cosa bárbara, doña Egista! ¡Esas piernitas moviéndose a tiempo! ¡Esas caderitas que vienen p'acá, que van p'allá! ¡Esos temblequeos y esos temblores y esas güeltas de torbellino! ¡Muy bien! ¡Muy bien concertado!

Mire, pa serle sincero, yo v-i-a verlas de nuevo. No falto.

—¡Caveira! ¡Pero, Caveira!, repitió su esposa, como avergonzada del avasallante entusiasmo de su marido.

—¡Pero, don Napoleón!, se escandalizó la visitante, que en procura de un argumento coadyuvante a su punto de vista, informó:

—Yo la vi a la Clelita toda ruborizada, tratando de mirar para otro lado, cuando todas esas impúdicas, blancas y negras, sí señor, tanto las rubias como las otras, se pusieron de espaldas y se sacudieron. Se sacudieron como si las hubiera picado una pulga y no tuvieran manos con qué rascarse.

La aludida lanzó una carcajada y comentó:

—¡Qué gráfica!, doña Egista.

—¿Qué qué?, indagó, intrigada, la interesada.

—Me refiero a lo exacto de la comparación, que ya me la quisiera para una de las composiciones literarias que nos obligan a hacer en el Liceo.

La visita, mirando a todos con evidente desconcierto, exclamó:

—Pero yo no comprendo a esta chiquilina. ¿Estás hablando en serio o haciendo chistes? Yo no sé lo que quieres decir. ¿A tí te daba vergüenza, verdad?

—No, señora. Me hacía réir. Son unas verdaderas locas bravas, pero verdaderamente divertidas.

—¡Descocadas!

—¡Pobrecitas!, terció don Napoleón. ¡Pobrecitas!

Y se volvió a condoler con la dulzura de alguien que era capaz de acariciar hasta con las inflecciones de la voz:

—¡Pobrecitas! Y... se tienen que ganar la vida...

¡Tan mocitas ellas! Algunas, no? Pero lindas, eh? ¡Lindas! Un plantel bastante parejito!

Y todavía agregó, cual si estuviera estimando vaquillonas:

—¡Y en carnes, eh!

—¡Cállese con esas inverecundas! ¡Horribles; vejstorios las más y con una carrada de pintura y rimmel y verde en los ojos! ¡Un enchastre! Y después, una vergüenza!, fulminó la dama de la Congregación, recalcando de nuevo su "invencundas", su término, su palabra rara, pescada en el diccionario, para que la estudiante se diera cuenta que ella también sabía hablar "distinguido".

Estaba terminando un último mate, masticando una rosquita y al ponerse de pie y dar por finiquitada su misión, comprometió a las Caveiras, mientras se despedía con insistentes besuqueos:

—Bueno, las espero en el sermón de la tarde. No se puede faltar. Es un compromiso de honor. Y después va a estar muy bueno. De paso yo voy a ir por lo de Morfoni y lo de Salazar, para que las muchachas no dejen de concurrir. A las seis y media. Hora exacta. Hay que darles una lección a los extraviados, a los equivocados y a los encandilados... Y continuó charlando incansablemente, haciendo alusiones, más o menos directas, para terminar por comprometer a la niña:

—Espero que tú, Clelia...

Esta no le dejó terminar la frase, pues se la cortó con el grito que lanzara y con el salto que, precedido de una corrida, ejecutó ante la aparición de doña Marchusha, a quien, como de costumbre, acompañaba su hija.

Esta era el objeto de su incontrolado arranque y de sus exclamaciones alborozadas:

—¡Dalina!, querida. Te estaba esperando. No sabes las cosas que tengo que contarte.

Y mientras la besaba, efusiva, la tomó de un brazo y la arrastró materialmente hablando:

—Vamos a mi cuarto.

Un minuto más tarde resonaban en la casa grandes risas, exclamaciones y aspavientos, que confundían

las voces de las jovencitas. Una, contando minuciosa y menudamente el desarrollo del espectáculo de la noche anterior y la otra inquiriendo, con hambrienta e insaciable curiosidad, todo lo referente a lo que alguien calificaba como escandalosas escenas de los bailes de las desenfadadas muchachas del circo.

\* \* \*

Cuando doña Marciría, —que no pudo conseguir que su hija fuese con ella a la Iglesia,— terminaba de salir, acompañada por una de sus ahijadas, llegaba un automóvil de alquiler conduciendo a los fugitivos Rosalba Albornoz y su raptor, consentido, la alhaja de Abel.

Habían venido en avión hasta Sant'Agata, porque la suma de dinero que podía haberles servido con creces para una correcta luna de miel en Río de Janeiro, en reiterada mala suerte, se había esfumado en una noche de juego en un garito de Copacabana.

Cuando el jugador vió desaparecer sus últimos cruzeiros, sintió una especie de furioso arrebató, que naturalmente no pudo desahogarse ni en la ruleta que se había detenido donde correspondía ni en los montones de fichas multicolores, que se agrupaban aquí y allá frente a los apostadores ni en estos mismos, que las apilaban o las distribuían de nuevo en los sectores de sus números preferidos.

Como si tuvieran consistencia y se la amargaran, sintió, materialmente, la boca llena de putiadas.

Buscó una víctima en quien se pudiera vengar.

Sus ojos se detuvieron con odio en Rosalba, que allí estaba reconcentrada, triste, lacia, como un perro castigado.

—Esta yegua tiene la culpa, pensó. No hace más que traerme mala suerte, concluyó y tuvo ganas de pegarle.

Apenas le restaban unos miles de reis para el taxi. Regresaron hoscos y mudos al hotel.

Cuando desembocaron del ascensor, él, sin ninguna justificación, le dió un empujón:

—Movete. No seas plasta.

Ella ya lo estaba adivinando todo y, antes de entrar en la habitación, rompió el llanto.

Era la única que había creído en las fantásticas ganancias que el muchacho había manejado haciendo descabellados proyectos.

Una vez solos, él le gritó, fuera de sí:

—Te querés callar? No te puedo ver así, como una Magdalena. Ahora, con eso no vas a arreglar nada.

En lo condicional de la afirmación continuaba la vigencia de su gratuita acusación de que quien tenía la culpa de que se hubieran quedado sin dos cobres era ella.

La muchacha, que se había arrojado sobre la cama, hacía inauditos esfuerzos por contener los sollozos.

El tenía que resolver el dilema de si la levantaba de las mechas y le encajaba dos o tres cachetadas o si daba media vuelta y se mandaba a mudar, dando, previamente, un golpazo con la puerta y yendo a emborracharse en algún cabaret.

Tal disyuntiva, haciéndolo reflexionar, lo trajo a la realidad.

¿Con qué hacía cantar a un ciego?

No tenía un real.

Ante esa cruda constatación se le disipó la rabia en un súbito enternecimiento.

—¡Pobre Rosalbita!

Y se echó junto a ella, le buscó la cara, le enjugó las lágrimas, la besó.

—¡Mire que fui animal!, se criticó.

—¿Qué responsabilidad va a tener la pobre?

Y un tanto arrepentido de sus arrebatos, en los cuales podía muy bien volver a caer dentro de cinco minutos, resolvió:

—Bueno, ahora vamos a dormir y mañana será otro día... Probaré suerte.

La chica renovó sus aprensiones:

—¡Otra vez!

—No. No tengas miedo. Es otra cosa. Tengo un amigo en "Varig", la compañía de aviación. El conoce mi familia. Sabe quiénes somos. Le hago el cuento de

que nos robaron el dinero. Le firmo un vale a pagar en Sant'Agata, por los pasajes y pronto.

—¿Y si se niega?

Ya le dió rabia otra vez, pero se contuvo:

—¡Qué se va a negar! Mi padre tiene mucho crédito.

Luego agrega con aire pícaro:

—Y el tuyo... Le digo que nos casamos.

—¿Y vamos a volver así?

—¿Así cómo?

—Sin resolver lo del casamiento.

—No le hace.

—¿Hallas?

—¡Pah! ¿Tú no crees en Dios?

—Yo, sí.

—¿Y entonces?

—Pues, será lo que Dios quiera.

—Pero la vergüenza...

Abel ya se había rehecho o superada la violencia que un momento lo poseyera furiosamente, le resurgía, más que por otra razón por su superficialidad, su espíritu despreocupado, ligeramente juguetón.

—La vergüenza? A El, que todo lo ve, no se le puede escapar ni esconder nada. Además, al pobre viejo le harán tantas judiadas cada cinco minutos, que se habrá habituado a cerrar un ojo... o los dos.

—¡Siempre sales con alguna de las tuyas!

—¿De las mías?, la miró sonriendo y le afirmó:

—Tú también eres una cosa mía. ¡Una cosita mía! Y ya —en "loco bravo"— besó y abrazó a su "amorcito de toda la vida", (frase aplicable a todas) "amorcito", que según los cálculos que hacía sobre el fortunón del viejo Albornoz le debía traer en "el canastillo de bodas", —utilizando la cursi expresión,— lo menos dos pares de miles de cientos de pesos!

Parecía que la suerte se enamorara de estos desaforados.

El tapete verde le hacía una mala pasada, pero era una coquetería de la fortuna.

Esta ya andaba convenciendo al importante funcio-

nario de la empresa de aviación para que le diera los pasajes y, miel sobre hojuelas, le hiciese un sólido préstamo de diez "contos", con los cuales pagaron el hotel.

No resabiado, el hombre volvería por el desquite, previo la provisión de regalos para Rosalba y los familiares de la frontera.

.....

Como entraba en su casa, Abel no llamó.

Fué derecho a su padre, a besarlo, a presentarle un obsequio y preguntarle campechanamente:

—¿Qué tal, viejo? ¿Cómo va eso?

Se dijera que regresaba de un inocente paseito por el Cerro del Cuadro.

Atrás suyo, como si a ella le correspondiera toda la culpa y le tocara toda la responsabilidad, Rosalbita Albornoz, no sabía donde fijar los ojos y donde situarse ella misma.

Caveira padre, sin poder evitar un gesto, más de asombro que de sorpresa, con una indecisión de hombre que es capaz hasta de ver visiones, averiguó:

—¡Güe! ¡Tú! ¡Ustedes!

E irresoluto, no atinando a adoptar actitud alguna, se incorporó a medias.

¿Debía abrazar al muchacho y a la chiquilina? ¿Debía pasarle una severa reprimenda al primero?

Los observó.

Tan gurises todavía.

¡Pobrecitos!

Se le concretaron los pensamientos en soliloquio discretamente reservado, como para no comprometer opinión y no perdonar tan de inmediato, tan de lleno... Como quien dice sin beneficio de inventario.

¿Cosas, no? Cosas que les sucede a los vivos. Cosas de muchachos, a quienes:

—Ricién se les ha secáu en los labios la leche e las tetas de la madre...

El, flaco, chupado, pálido, pero como siempre, muy atildado en el vestir, cual si hiciera una profesión de la elegancia.

Ella: una monada, pese a no ser ninguna belleza

y a las penas, a los malos ratos y a los sobresaltos resultado de la aventura y al explicable temor de sus consecuencias.

Ella: fresca como una flor recién abierta!, con esa como incontenible exuberancia primaveral de un ser sano, iniciado en la dichosa plenitud del amor. Del amor sí, aunque no fuera cabal y plenamente compartido, del amor, aunque ella fuese la sola ineditiz, que se entrega tierna, madura, plenamente.

Don Napoleón podía no explicarse aquello, pero lo sentía, lo intuía, lo adivinaba y quizás, inconscientemente, experimentaba la satisfacción de un dios a quien se le dedica un propicio y dulce sacrificio.

No en balde, algo más fuerte que él, lo puso de pie y lo acercó a "los hijos", a quienes abrazó y besó, efusivo.

Siempre para sí, recónditamente, pensó de la muchacha:

—¡Muy bien, muy bien formadita! Y como si intentara hasta engañarse a sí mismo sobre sus pensamientos un tanto equívocos, completó:

—La gurisa ha pegau un gran tirón.

Y cual si rellenara el vacío del paréntesis cavado por la escapada, agregó con discreción:

—Es así. Sí señor. ¿Y qué tal? Lindacho, no?

Luego invitó:

—Acomodensén por áhi... Acomodensén...

Y entendió redundante la frase habitual de:

—Están en su casa.

La muchacha, pese a todo, se moría de vergüenza.

Su compañero, más audaz y con la garantía de que tenía conquistado a su padre, pero no sin cierto emba-razo, averiguó:

—¿Y mamá?

Y si no le volvió el alma al cuerpo, respiró más desahogadamente, cuando sintió informarse:

—No sé cómo no se han topau. Recienquito acaba de salir para la Iglesia, a oír el sermón del Manfloro ese, que va a hablar contra el Circo.

—¿Qué Circo?

—El Circo, pues. Uno que ha venido días atrás. ¡Muy lindo, eh! ¡Muy lindo! Y que ha traído una tropillita de muchachas retozonas, alegrasas y muy lindas ellas, eh!

—¿Y por qué el cura se va a ocupar del asunto?

—Porque se han dejau decir —nunca faltan malas lenguas— que las endevidas esas, cuando bailan y se sacuden, muestran más de lo que conviene y se mueven con yapa y todo.

—Ah.

La muchacha, en quien la aparente tranquilidad le duró el espacio en que el suegro la trató con benevolencia, de nuevo se había dejado ganar por su explicable arrepentimiento y sus temores, especialmente porque nunca creyó que iban a volver sin que su situación fuese definitivamente clara y lícita.

Si se hubieran casado, aún contra la voluntad de sus mayores, posiblemente no le faltaría coraje para afrontar las contingencias.

Pero así...

Eso la tenía atormentada.

Y ahí estaba, rígida, plantada en tierra como una columna, los ojos en el suelo, inmóvil.

Abel, más osado, con su descaro peculiar, recuperada su tranquilidad, pudo sin embargo y hasta involuntariamente, comprender la desazón de la chica y tal vez por temor de conmoverse, le ordenó, seco:

—Usted se va a mi cuarto.

Ella, entonces, no pudo contener un sollozo que la sacudió toda y apretando los labios, comenzó a llorar silenciosamente.

El la acompañó a su habitación.

Con dulce violencia —que no le era habitual— la condujo hacia la cama, donde la muchacha se dejó caer desmadejada, como en la inconsciencia de un desmayo.

Muy suelto de cuerpo, restituído a los que creía sus naturales derechos, el hijo volvió junto a su padre y lo interrogó de igual a igual:

—Diga: ¿y ahora?

—Ahora, qué

—Ahora qué hacemos?

La insolencia desmedida, que complicaba al genitor con la balandronada de su vástago, le chocó hasta molestarlo y hacerle volver por sus fueros de "pater familia".

Con desusada seriedad y alzando la voz, le respondió:

—¡Cómo! ¿Qué es eso, caballerito? ¡Tuavía me lo va a preguntar a mí! ¡Usté hace las del gato y ni siquiera tapa la porquería! ¡Usté hace la gauchada y no sabe dar la cara! ¡Lindo! ¡Lindo! ¡Muy lindo! Tamos en el boliche donde no se ha pagau la última güelta. ¡Este muerto lo tengo que levantar yo?

El callaba. Terco, impasible, como si realmente tuviese derecho a que le trajeran la solución del lío en que se había enredado.

Caveira viejo lo empezó a mirar de arriba a abajo, cual si lo estuviese inventariando.

Reconcentrado, como rumiando sus pensamientos —pensando quizás hasta en sus personales fechorías— dejó transcurrir un lapso, que parecía inmenso y cuando se podía esperar que estallase en un justo arrebató de indignación y de ira, comenzó a menear la cabeza y entre veras y sorna lo definió:

—¡Pero mire que usté m'está resultando sinvergüenzazo, eh!

—¡Papá!, intentó él aventurar una protesta, pero temiendo que el horno no estuviese para bollos, la desvió hacia una quejosa lamentela de ser desvalido y desventurado:

—¡Tata, usted también ha sido joven!

—Joven, mozo, pero no zonzol!, le retrucó el viejo, ya en franco tren de reprimenda, que de inmediato se transformó en compasión y lástima, rindiéndole al muchacho, que se hacía el infeliz, el resultado a que aspiraba.

Se hizo un ancho silencio.

Alguien de la servidumbre entró mascullando un saludo.

Llegaron rumores de la calle.

Llamados de niños; pregones de vendedores ambulantes.

El padre invitó:

—Arrime una silla. Sientesé.

El, respetuoso, continuaba en pie.

Teatro, todo teatro.

La voz paterna insistió:

—Sientesé. Sientesé, pues.

El, moviendo la cabeza —no hay más remedio que obedecer— tomó asiento.

Don Napoleón hacía su viaje a Canosa:

—Sí señor. Es así. Usted v'a tener que disculpar a su tata que es medio arrebatáu. A úno de cuando en vez se le va la boca, no? Uno a veces tiene razón pa calentarse, otras no. Y así es la cosa, no?

A pesar que el contrincante no decía esta boca es mía o por eso mismo, él continuó haciendo todo el gasto de la conversación:

—Y usted le calcula, q'esto tiene arreglo? ¡El casamiento, no? (La pobre Rosalbita está q'es un velorio.) Y si usted pensaba casarse, pa qué no habló, pa qué no arregló las cosas como Dios manda y san se acabó. Por qué no casó antes? Eso fué bobera, ve? ¡Bobera! Muchacha buena, de familia, quien iba a decir que no? Ni ellos ni nosotros. Ahura, quién se arrima a ese camuati alborotáu! ¡Los Albornoses están hechos unos ajises picantes! ¡Y tienen razón! Rialmente, rialmente! ¿Y a usted no se li ocurre nada?

—Yo, tata... Yo, papá...

A don Napoleón, sucesivamente le volvían otros ímpetus y se ablandaba luego, como un niño o como una mujer, comparaba él, con bastante fastidio...

Relacionar su varonía con lo femenino lo encocoraba.

Estaba a punto de echarlo todo a perder, pegándole unos zamarreones al "sinvergüenzazo!"

Luego condescendía; sonreía:

—¡Pobreciitos! ¡Pobreciitos!

Y dió instrucciones al novicio:

—Güeno, amigo, tiene que desensillar hasta qui

aclare, como dice el gaucho... Vaya, hable por teléfono y pida un auto y vayansén con la Rosalbita a un hotel, en Sant'Agata... Vaya a lo de Cupé, esu es... que es amigo... Le dice que le guarde el secreto... Que va de parte mía, no?... Y no salen... Tienen pa entretenerse, solos, no? Creo... y perdió una sonrisa entre la maraña de su barba...

Ahora v'a a volver su madre... Tendré que darle ese dijusto... Otro, dirá. Y, las mujeres, usted sabe lo que son las mujeres... Ella va a tener que arremangarse... Tendrá que ir, cómo se dice a tratativiar...

—A parlamentar...

—Esu es, a prosear, largo y tendido sobre el asunto, hasta que se acomoden, hasta que se coincidan en un arreglo, que, me palpita que entre ellas no ha de ser muy difícil... Es lo mejor... Es lo que se puede hacer.

Vaya m'hijo...

Y que Dios los ayude.

Y si precisa algo, digalé al viejo Cupé no más y mandemelo que somos amigazos con el gringo viejo y vamos a arreglar todo.

\* \* \*

Don Florio resultó mucho más inteligente de lo que se podía suponer.

Es del caso hacer la comparación criolla de la malleta descuajeringada y de precaria apariencia, pero llena de chicharrones.

Es que a los hombres hay que probarlos en las dificultades, en los trances difíciles, en las apuradas.

Al perro hay que tirarlo al agua para verlo nadar.

Nuestro sacerdote "nación", atravesau como la franja colorada en la bandera de Artigas, trotaba y tranqueaba con sus explicaciones de la doctrina y de los Evangelios, como con la vida y milagros de los Santos.

Tenía sus caballos de batalla y hacía llorar al beaterio cascarudo, hablando de la Pasione, relatando los pasos del Calvario, tocándoles el sentimiento maternal con la Dolorosa y demás que sigue.

Ahora el caso era otro.

Ahora tenía que representar el papel de un can Cerbero del inapreciable tesoro de la moral pública.

Allí estaban las celosas parroquianas vigilantes, que se habían traído un cardumen de damas tan melindrosas, tan pudibundas y tan mojigatas como ellas, que aguardaban la inspirada e iluminada palabra del virtuoso pastor de sus almas.

Por eso, por ejercer aquel cargo de tan señalada importancia, de tal suma responsabilidad, él se ajustaba hasta a la terminología de las parábolas del Señor y así comenzó su perorata llamándolas:

—Mis amadas ovecas! y por ahí se descolgó, elocuentísimo y oportunísimo, contra los lobos, los zorros y demás alimañas que insidiaban el místico rebaño, que viniera a él reclamando protección, paz, concordia y caridad.

Y él resolvía —cumpliendo su sagrado deber— ofrecerles ese pasto y esa agua divinos, para que satisficieran su hambre y saciaran su sed, como el Salvador ofrendó a los hombres, a los pecadores, la carne de su cuerpo, la sangre de sus venas y el espíritu de su alma!

Y en ese tono y con esas metáforas y tales imágenes, continuó como si el Circo no estuviese allí a dos cuadras y las diez girls no yajesen durmiendo una reconfortadora y sabrosa siesta en el hotel, descansando de sus artísticas y variadas fatigas, hasta que llegase la hora en que incitadas por la música, estimuladas por la entusiasta aprobación de los espectadores y movidos sus resortes diabólicos por quizás qué arrebató de las oscuras fuerzas del mal, saltaran, giraran, levantarán las piernas, se inclinasen de espaldas al público y lanzaran sus frenéticos gritos tan excitantes como triunfales.

Se nos ocurre que, como oportunamente lo hiciera por la mañana, el previsor sacristán debe haberle pegado un enérgico tirón de la sotana, recordándole:

—¿Y el Circo?

Debe haber sido entonces cuando entró en el candente y apasionante tema.

Con hábil cautela y con precavidos circunloquios se refirió a los espectáculos públicos en general, a las reuniones sociales y a los bailes, que podían, o no, ser una honesta distracción... De pasada expresó que habían llegado a sus oídos ciertos rumores con respecto a diversiones populares.

Luego se refirió a lo que pueden encarnar ciertas exhibiciones que, sin perseguir fines condenables, son capaces de dar lugar a desviaciones y alicientes de criticables impulsos o instintos, que pueden estar más que en los cuadros o en las comedias, en quienes los contemplan.

Concretando, se le habían denunciado ciertas inconveniencias respecto a desnudos, a gestos y a posturas poco decorosas.

Lo primero que hizo, como correspondía, fué averiguar, quién dirigía eso, de quién dependía, qué fin perseguía.

Los propietarios del Circo que incurría en tales demasías pertenecían a nuestra sagrada religión?

Enterado que los tales señores eran fieles practicantes del culto que él representaba, sin más ni más, los hizo comparecer ante su presencia y antes de pedirles explicaciones, los amonestó, les pasó una severísima reprimenda, inútil por cierto, desde que lo convencieron que el desnudo en el Arte, está admitido y consagrado por la Religión.

Cuadros, estatuas, frescos, mosaicos que adornan y decoran los máximos templos de la cristiandad, ostentan bella, graciosa y podíamos decir divinamente, kilómetros de fresca, suave, aterciopelada piel y carne femeninas y está probado desde los primeros días de la creación, que lo que se ha impuesto es la belleza y ésta tiene que lucir triunfalmente en su plenitud y su desnudez, desde Adán y Eva hasta los angelitos y nadie podría imaginar ni la grandeza ni el dolor ni la angustia ni el martirio de Nuestro Señor Jesucristo de pantalones, de galera y de levita en la Cruz o ni siquiera

en calzoncillos largos o de franela amarilla, como los usan muchos señores viejos que sufren de reumatismo.

Hasta las renombradas famosas pinturas de Miguel Angel en la Capilla Sixtina y los célebres museos del Vaticano, donde reside Su Santidad el Papa, están llenos de gente, no en paños menores, sino desnudos.

Por eso no puede considerarse ilícita una exhibición discreta, que no lleva ningún propósito de mal ni alguna intención pecaminosa.

En realidad todos los feligreses sabían que no se peca si no se quiere pecar y que no existe nada impuro e indigno, cuando se mira con ojos limpios y con alma casta y con intención sana.

No en balde había dicho San Epitelión Cenobita: "No llevéis adonde no está el mal pensamiento y en esa tierra no medrará la semilla del pecado".

O: "quien no tiene no lleva y quien no hace no deshace".

Con todo —continuaba el predicador— yo no he dejado de aconsejar recato y prudencia y se me ha prometido, solemnemente, atenuar cualquier exceso y, además, —¡y esto es muy importante!— oír y obedecer a cualquier bien intencionada sugerencia.

No significa lo precedente recomendar el tal espectáculo, pero tampoco mis palabras pueden condenarlo, porque como en la parábola ¡"quién podría arrojar la primera piedra"!

Luego yo tendría que tener conocimiento de causa para expedirme. Se sabe que de veinte testigos de un hecho, no existen dos que coincidan en su pintura o apreciación.

A mi me está vedado, por mi ministerio, enterarme de la realidad de lo mencionado.

Esto era invitar a los demás a que se enteraran personalmente del suceso.

Era lisa y llanamente hacer una paladina propaganda.

Con ello, pilatunamente, don Florio se lavaba las manos, no dejando de poner a buen recaudo el regalito

del Henry joven, viendo ya venir por el aire, en alas de su ilusión, unos cuantos billetes hermanos mayores del que ya era de su propiedad, esto es, de sus pobres...

\* \* \*

"La Campana", el periódico de la parroquia, se engalanó con un aviso de media página del "Gran Circo Internacional Sud Americano", en el que—con hiperbólicos elogios— se hablaba de sus atracciones y del genial y nunca visto ballet de señoritas.

Lo único que faltaba fué que dijera que las tales damiselas eran de la mejor sociedad.

"Expresión", hoja publicitaria liberal, que llevaba su liberalidad, amplitud y tolerancia, hasta el punto de dar cabida en sus columnas a los aportes más contradictorios, publicó un brulote de un estudiante católico que reclamaba la expulsión inmediata de ese foco de corrupción constituido por el Circo, con sus pindongas disfrazadas de bailarinas, por otra parte pésimas.

El articulejo se codeaba con los ditirambos de un poeta local que se felicitaba por el civilizado y magnífico triunfo del desnudo en el arte, consagrado en aquella maravillosa fiesta de gracia, de luz y de color, con su ramillete de danzarinas, "mosaico de charol y de nieve, digno de decorar el fausto de una fiesta de emperador romano".

Las opiniones, pues, como en el chiste del estudiante que ignorando la materia, intentaba ganar tiempo para que transcurrieran los minutos del examen, estaban divididas.

Los hermanos Henry solicitaron refuerzo de guardiaciviles al señor Jefe de Policía y el Circo, de bote en bote, temblaba bajo los aullidos del respetable público, que reclamaba el ballet desde la inicial aparición del payaso y la de los monos, que desarrollaban y alisaban sobre el picadero enarenado y coloreado de aserrín, las gastadas alfombras rojas.

Con su profusión de luces, guirnaldas y gallardetes de colores, resplandecía la circunferencia de la gran



carpa de lona, que semejaba un globo que se inflaba y amenazaba irse por los aires.

Como los artistas, que privados del maquillaje resultan vulgares y como cualquier simple mortal y, decorados y pintados se transforman en figuras sugestivas e interesantes, capaces de conquistar y seducir al auditorio con su sola presencia, el ambiente cobraba vida y se llenaba de una mágica sugestión con la maravillosa promesa de una realidad que lindaba con el prodigio.

La visión daba, en efecto, idea de un magnífico cuadro en el que un barniz luminoso realzaba las formas y las tonalidades hasta un plano que se diría sobrenatural.

La poesía y lo sublime tocaban las almas, en general, bastas y primordiales, en su punto sensible.

Era una poesía inocente, con el candor de algo inédito y recién nacido, lleno de una pureza de alba, de rocío, de florecilla recién abierta. Una poesía adecuada también a seres inocentes, cual debieran serlo todos los humanos, libres de la ciega y absurda condenación del pecado original...

La noble fuerza, la elástica agilidad, la temeraria audacia del riesgo, el equilibrio inteligente, la armoniosa exactitud, la bizarría y la vivacidad del bello cuerpo humano, el vuelo preciso del salto y la música, que todo lo subrayaba como si naciese de los movimientos y de las pruebas y suertes de los artistas, prestaba a aquel mundo ansioso, nervioso, impaciente y feliz, una unidad simple y perfecta.

Después venían las muchachas desnudas y sus piruetas, sus contorsiones gimnásticas, sus gestos estatuarios, sus marchas, y contramarchas en un sucederse de cuerpos blancos y negros, que eran regalo de la vista y del gusto y —a nuestro entender no podían alterar la temperatura de la sangre colectiva y apenas si, con la uña de la tentación, haría cosquillas en la mollera de los seminaristas abstemios o encendería emulaciones fértiles en adolescentes inexpertas, de normal maduración, como podían serlo la niña de Caveira y la hija

de la costurera doña Macusha. Estas, acompañadas de don Napoleón, desde su palco, no perdían detalles, tanto de las evoluciones coreográficas, cuanto de las más o menos esculturales turgencias, prominencias y curvas de las Pavlowas y Shakaroffs en agraz.

.....

Con todo, como una natural reacción contra los melindres y aspavientos de las matronas de la Congregación de la Buena Muerte, la juventud soliviantada, cuando vió aparecer la troupe de girls con sus leves polleritas de una cuarta y jeme y las esclavinas de tul, que hacían una nubecilla rosa sobre los senos, comenzaron a berrear en coro, con acentuado sonsonete:

—¡Qué se sa-quen las po-lle-ras! ¡Las que-re-mos co-mo Evas! ¡Que se sa-quen las po-lle-ras! ¡Las que-re-mos como Evas!

Se sobreentiende que la exigencia perentoria de la exclusión de los faldellines y la referencia al vestido de la esposa de Adán, no significaba otro extremo que el legítimo reclamo de las primitivas hojas de parra.

En esta discreta petición a voz en cuello intervino la íntegra asistencia del público, consiguiendo levantar un clamor que en realidad parecía iba a hacer estallar al circo como una bomba.

Seramente impresionado, el menor de los Henry, se precipitó a consultar al señor Intendente Municipal, que con unos distinguidos amigos, desde su palco, lo contemplaban todo color de rosa y ámbar, quizás influídos por los zumos de una serie de whiskys —invitación gentil de los propietarios del Circo— que habían ingurgitado.

El importante funcionario tradujo a su gusto y paladar el "vox populi vox dei", manifestando que la voz del pueblo, en una auténtica democracia como la que disfrutamos, hace la ley y que si el clamor popular reclamaba las hojas, fuerza era darle las hojas.

Esto, por intermedio de los alto parlantes, comunicó a gritos la dirección de la Empresa.

Amainó el temporal.

Se aclaró que no se exigía tanto.

No había tal demanda de hacer desaparecer las hojas.

Sólo se pretendía verlas en su sitio y razón.

Allí podían continuar muy modositas, muy juicio-sitas, muy apretaditas, cubriendo con púdico recato lo que era menester cubrir, los últimos preciosos, honestos y decentes reductos que mandaba mantener incólumes la moral y las buenas costumbres.

Y allí hubo paz y después gloria.

Gloria en el colectivo espíritu popular, que gozó a sus anchas la posesión del juguete reclamado y especialmente en la taquilla que amontonaba apreciables, buenos cientos de pesos.

Pero los vientos de esa encalmada tempestad des-  
arbolaron otros velámenes.

Se contaban quienes no se daban por satisfechos y se resistían a que los ciudadanos ahondasen diferencias entre los de manga ancha y aquellos que no podían transigir con esas mojigangas licenciosas, que sembraban la mala semilla y ofrecían pésimo ejemplo a la juventud.

Corrieron rumores de toda especie y de lo más contradictorios.

Se hablaba que vecinos caracterizados, naturalmente que manejados por sus respectivas Xantipas y Sisebutas, se dirigirían telegráficamente al Ministro de Instrucción Pública, al del Interior y al Nuncio Apostólico, como si a este también lo hubieran designado policía de nuestro país, exigiendo garantías para su tranquilidad de conciencia.

En contraste con esa fiera defensa de la moral afectada, se propaló la noticia de que el padre Florio, vestido de particular y con barba postiza, asistió al espectáculo, escondido entre las bombalinas del escenario, chamuscándose casi sus angélicas alas con la cercanía de aquellos tizones del infierno.

Y ya surgieron manfloristas y antis, los unos condenando a nuestro conocido sacerdote y los otros sosteniendo que hacía bien y, al asistir al Circo, se alistaba entre los discípulos de Santo Tomás de Aquino, pues quería ver, no por el placer de una contemplación cri-

ticable, sino para juzgar —tampoco las formas y encantos de las damiselas desaprensivas,— sino la calidad y cualidad del ballet, así como su grado de inconveniencias o de inocuidad. Esto con la intención de que pesasen en sus meditaciones, para resolverse a pronunciar —en definitiva— su veto o a darle la anuencia de un salvoconducto libre de polvo y paja.

No faltaban quienes, no conformándose sólo con ver, adelantaban sus más concretas y materiales aspiraciones, enviando obsequios a las bailarinas, consistentes en ramos o en canastos de flores y en estuchecitos con alhajas, que desde los palcos, plateas y bancadas populares no se podían apreciar en sus detalles y estimar en sus valores, que la gente fantasiosa y propensa a desmesurarlo todo, calculaba por las nubes.

En retribución a tan señaladas y elocuentes gentilezas, Lulú, Mimí, Teté, Cucú o Yayá, seudónimos o alias con que se distinguían las artistas, deshacíanse en ceremoniosas reverencias, se estrechaban a sí mismas las manos y en gestos tan graciosos, como encantadores y promisorios, llevándose la punta de los dedos a los labios, enviaban besitos al público, que se revolvía encabritado, reiteraba sus solicitudes de bis y aplaudía enardecido.

**A**DOÑA Marciria le recrudeció el asma y estuvo a punto de no repechar de uno de sus ataques al regreso de su visita de sondeo diplomático a lo de Albornoz.

Con la señora Purilina, que era su amiga y consocia de Congregación, se entendieron desde el primer instante y compenetrada una de la desesperada angustia moral de la otra —¡suceder aquello en hogares tan ejemplares y religiosos!— confundieron sus negras tocas en uno de esos cautelosos abrazos criollos, en los cuales los protagonistas se toman de los brazos y se hacen una mutua presión tan leve que a quien lo observa se le ocurre que los interesados, convencidos recíprocamente que son de vidrio, experimentan el temor de romperse el uno al otro.

Ambas quisieron abogar por la difícil causa ante don Agesilao, el papá de la chica, pero éste, erizado como un puerco-espín, primero hirió sus oídos con un rosario de gruesos calificativos irrepetibles, en los cuales se confundieron la perra alzada de “la mosquita muerta esa” y el perdulario, —que no vale ni los doce reales que gastaron pa su bautismo”, terminando por cambiar de táctica y declararse ajeno al asunto, manifestando que él no tenía tal hija, que no conocía ni de nombre al “endevido” ese y que, si le guardaban alguna consideración, que, por otra parte, creía merecer, que no lo molestasen más con aquellas porquerías.

Hubo de movilizarse un verdadero escuadrón de

faldas, entre las cuales las del cura párroco, que se comprometió a conseguir la venia paternal, indispensable, porque la palomita era menor de edad. Esa gestión la realizaría sin ningún interés, contando con la preferencia —que por el cariño que le profesaba a los chiquilines lo merecía— de que él —en el nombre del Altísimo— pudiera acollarar a la pareja.

Tal honor traería aparejados suculentos honorarios, que a él, según lo repetía con insistencia convencidora, no le producían “ne caldo ne fredo”, esto es, no les prestaba “ningunísima” importancia.

Se consideró, más que útil, indispensable que el caballero Caveira maniobrara con un movimiento envolvente alrededor de su futuro consuegro.

Pero él adujo:

—Yo no sirvo pa esas cosas y en una d'esas la embarro más. Pa mí el muchacho cuanto mi apuren un poco ha hecho una gauchada. ¿Qué quieren?, uno es varón. Valga la comparación y no despreciando los presentes: Usted tiene un burro, no? y su vecino una plantacioncita. Usted ata el burro y lo ata corto, no?, pero el burro, no bien uno se descuida se le va al maizal del otro. Y uno, natural, respeta la propiedad ajena y pega un grito, no? Pero el burro ve el verde, sabe... En una d'esas le salgo haciendo este cuento al hombre.

Visitarlo, lo visito... Y hablarle algo así de refilón, puede... Somos camaradas de años...

Lo que podía hacer, si a ustedes les parece, es invitarlo a mi palco.

Las señoras, el fraile, comprendieron que la embajada en manos de don Napoleón iba a carecer de eficacia. Es más, en el trío, surgió unánime la idea de convencer al viejo estanciero que ni siquiera condecía con su representación y su categoría social, su asiduidad a los discutidos espectáculos.

Pero el temor de que Caveira, que parece estaba en vena, se les fuera a descolgar con alguna otra de sus ocurrencias y más cuando había que conservarlo como un aliado útil, los indujo a levantar la conferen-

cia, como les había aconsejado no hacer ningún comentario —por idénticas razones— el cuentito del burro.

.....

El título de propiedad de su sitio en el Circo, era hasta cierto punto efectivo, desde que el entusiasta espectador se había abonado al respecto.

Pese a que sus visitantes se retiraron muy cumplidos, no abriendo juicio sobre su proposición, a él le pareció tan correcta como oportuna y quizás hasta conveniente:

—Y qué diablos!, en una d'esas le endulzo la sangre y Agésilao se empieza a amansar como calandria hambrienta... Le van a gustar las yirles y por algo s'empieza pa ir comprendiendo el mundo, no?

Y tuvo razón.

Su entrevista, con visos de absoluta espontaneidad, con Albornoz, se definió como extraña a toda relación con el problema de los “bandidos” —frase cariñosa de él— y los “cachafaces”, —calificativo condenatorio de la otra parte— y terminó por estrechar más su relación, que disipó —en lo posible— la nube de habladorías que se cernía sobre sus hogares.

Se les vió alrededor de una mesa en el Club.

Se menudearon visitas.

Y cuando concurrieron juntos a una de las funciones circenses la gente empezó a pensar si habría habido tal raptó y si la cosa no se habría resuelto en un casamiento “apurau, como entierro 'e pobre”, en un banquete en que los concurrentes saltean los primeros platos y empiezan por los postres.

\* \* \*

La versión de que los hermanos Henry, con el propósito de reforzar su cuerpo de baile, se disponían a incorporar a su compañía a alguna aficionada coreográfica de la localidad, voló los pájaros a Clelia, quien contagió su entusiasmo a la hija de la costurera.

La gordita pelirroja la había acompañado unas cuantas noches al Circo y por su cuenta, tácitamente, se había forjado sus respectivas ilusiones, olvidándose

hasta de que su exigua estatura y su exceso de redondeces le dificultaría la carrera.

Daba pábulo a sus sueños, confiando:

—Aún estoy en edad de crecer y en cuanto a formas, con la gimnasia éstas se reducen, sin perjuicio que bien pueden, los maestros de danza, como los caballeros, preferirlas gorditas...

—Así que, en la oportunidad de que su íntima amiga y confidente, con media palabra, porque temía descubrirse demasiado pronto, indagó:

—Dalina, no es verdad que es bonito eso de las girls?

—¡Preciosos! ¡Espléndido!

—Tú te irías?

No tuvo necesidad de preguntarle para qué ni a dónde, cuando barajando en el aire la consulta, le contestó con una rotunda afirmación:

—Enseguida.

Y la refirmó, apasionada:

—¡Volando!

Cual si se hubiesen transmitido el pensamiento, como empezaban a quitarse la ropa para acostarse, pusieron los ojos en el espejo del ropero de tres cuerpos para estudiarse la silueta.

Clelia, variando posiciones y poses, como si dirigiera el ensayo del cuadro de Degás, le indicaba:

—Así... En puntas de pie... Alza una pierna... La otra... Con los brazos en arco sobre la cabeza...

Como todas aquellas mojíngangas no la satisfacían, explicó con toda autoridad:

—Mira, todo estos trapos estorban. Como en todo hay que resolverse.

—Resolverse a qué?

—¡A todo! Ahora a demostrar lo que podemos hacer.

—Yo reproduzco todas tus actitudes.

—No basta eso. Ni tú ni yo estamos dentro de las exigencias del asunto.

Con estas camisas y culotes parecemos maneadas. Quitémonoslos.

—¡Che! ¿Desnudarnos?

—Natural. ¿Y por qué no?

—¿Todas?

—Se comprende. Además, así nos podemos ver los defectos, si los tenemos...

Y mientras ella, para convencer a su amiga, se despojaba de sus indumentos, le informaba:

—Pero tú no sabes una novedad. Una cosa notable. Algo que aquí, que estamos en la cola del mundo...

—¿Cola?

—Si te gusta más, digo rabadilla. Bueno, aquí estamos gateando cuando por ahí corren que se las pelan...

—¿Qué es? ¿Qué es?

—Lo de la corrección de las imperfecciones del cuerpo.

—¿Y cómo? Con lo de la gimnasia científica?

—Y agrega a eso los masajes, mi vieja. Es que tú no sabes que la mujer del hércules, que es recibida no sé donde, se ocupa de eso?

—No digas.

—Bueno, abur con lo que te queda, mi bebida.

—Yo creo que no se necesita, se defendió, tímida, la hija de la costurera, apretándose contra el cuerpo la ropa que aún le restaba.

—Vaya con la terrible aventurera, que se va a ir volando, metida en una escafandra como los buzos! ¡Estás haciendo remilgos de colegiala del Sacre Coeur...

No se hable más:

—¡Acción!, le gritó, avanzando, mientras tiraba por el aire sus levisimas ropas y despojaba del último trapo a su amiga, que repetía, sin convicción:

—Me da vergüenza... Me da no sé qué...

—Ni que fuéramos dos esperpentos!

Y para provocar su emulación, con pasos menudos y graciosos, —en tanto tarareaba,— empezó a medir en largo y en ancho la habitación.

En su desnudez armoniosa, su cuerpo juvenil, que se dijera estilizado, daba idea de una estatua de marfil.

Apenas una morbidez femenina disimulaba su fla-

cura y permitía que el torneado de los hombros y de los muslos, condijeran con las curvas más llenas de las caderas y con la dura copa de los senos.

Como su cabello rubio, de un crespo un tanto áspero, se levantaba en ese peinado que las mujeres llaman alto, se podía observar el cuello fino y un poco largo de figura egipcia.

Dalina la observaba encantada, admirada y curiosa y no sabía qué hacer con sus manos, atareadas en cubrir intimidades de su cuerpo, que —afortunadamente para ella o algún interesado— no había nadie que mirase.

—Ahora te toca a tí, indicó su amiga que decidió, como al principio, dirigir sus movimientos y actitudes.

La brasilerita se arrebolaba en rubores que se dijera le ascendían por piernas, vientre, pecho y rostro, para terminar en la cabellera rojo bronce, que parecía iba a comenzar a arder como una tea.

Entonces daba idea de quedar más blanca.

Al punto que la compañera comentó:

—Eres de leche o mármol o de lirios! ¡Qué blanca! ¡Qué blanca, mi gordita preciosa!

Y se le aproximó a besarla y abrazarla con infantil inocencia.

Pero el contacto de las dos pieles las cohibió.

Un momento, se separaron, indecisas.

Clelia sintió como un mareo que la hacía perder el dominio de sí misma.

La brasilerita, más sana, se recuperó y tendió —curiosamente— hacia una picardía que en ella no era habitual.

Por eso cuando la amiga, con una voz que se desconocía y trataba de ser aplomada y serena, expresó:

—¿Sabes lo que ahora falta?

Dalina aventuró con malicioso retintín:

—¿Dos mozos?

La otra desmesuró boca y ojos, fingiendo sorpresa y escándalo:

—¡Para eso no eres chiquita, bandida! Pero te equivocaste de medio a medio. Ni remotamente se me ha-

bía ocurrido semejante derivación. Y no porque no me gusten, eh? Pensaba que si tú me regalases un poco de carne y yo te la devolviese en huesos, las dos saldríamos ganando.

La aludida, un tanto temerosa de haberse excedido en el descubrir algo que le escarabajaba dentro, derivó su ocurrencia de la oscura ansia de un par de galanes, explicando:

—Uno para cada una, se comprende... Porque yo no soy tan tragaldabas.

Y se le presentó con perentoria exigencia de solución el problema de sus atractivos físicos:

—Dime: ¿y eso se podría arreglar?

Como el resuello había sido largo y Clelia ya triscaba por otros prados, hubo de indagar:

—¿Qué eso? ¿De qué me estás hablando?

—De ser tú unos gramos más gordita y de ser yo unos centímetros más alta.

—Te conformas con poco, buena pobre, rió su amiga, una carcajada sonora.

—Tú misma ya lo has descubierto. Es cuestión de aplicar intensivamente esa medicina a al cual te referiste al comienzo del diálogo: casamiento o... sucesdáneo.

Se arreboló entonces la pelirroja —que era tan propensa a esas malas pasadas que le jugaban su sangre y su líbido— como si jamás le hubiera pasado por la mente semejante disparate.

Realmente molesta, cortó el tema.

Saltó a otro punto.

Como si le doliera en angustia una duda, inquirió:

—¿Nos tomarán?

Su elipsis fué perfectamente interpretada:

—Seguro que sí.

—¿Y cómo hacemos para irnos?

—Facilísimo. Todo es cuestión de decidirse.

—Yo ya me pongo a temblar. Me entra miedo al sólo pensarlo.

—Tonta. Cómo para otras cosas parece que tienes coraje.

—No creas... Una dice no más de "farfantona".

—Eso es demasiado hermoso para perderlo. ¿Acaso no te gusta el circo?

—El circo sí, pero las que hay que pasar a veces.

—A veces... Bah! En todo es lo mismo. Hay que estar a las verdes como a las maduras... Además, si te vas conmigo, mi bobota, te vas con mamita...

—Querida!, tú eres buena y eres fuerte. Te sigo.

—Pero tú te das cuenta lo que sería! ¡Estupendo! Se acabaron todas las pavadas sociales, el que dirán, las viejas chismosas y antipáticas de la Congregación; las habladurías del pueblo: la misa, cuando podía estar durmiendo tranquilamente y la confesión con el gringo sinvergüenza ese y la comunión y el rosario y el diablo a cuatro!

—Es que tú le tienes fastidio a todo esto.

—¿Fastidio? ¡Odio! ¡Odio y desprecio!

—Pero uno tiene que pensar...

—Esa es la estupidez. Hay que hacer. Si ir por el aire es bueno, hay que lanzarse, aunque sea de cabeza. Después se verá. ¿Has visto la del trapecio? Se tira, se arroja hasta con los ojos vendados. Y siempre sale bien.

—Tú eres una heroína.

—La hija de Tarzán, pero civilizada.

Y agregó con una resuelta decisión, que sonaba a orden o a mandato:

—¡Tenemos que irnos! ¡Luego el teatro! ¡El público! ¡Los aplausos! A mí me parece que me está tiroteando un imán. Pienso en todo eso y me siento como transportada, como embargada!, y repitió, terminante:

—¡Tenemos que irnos!

—No sé... No sé... No sé, qué decirte.

—Te callas y marchas, gallinita! ¡Que no se diga!

La brasilerita, que hasta ese momento había permanecido desnuda, como reaccionando, buscó sus prendas de ropa y trató de vestirse a prisa, embutiéndose en la funda de su camión.

Clelia, como afiebrada, insistió:

—¡Gallinita! Es que yo tenía que ser tu gallo, eh? Se le aproximó, la abrazó y la besó, mientras comentaba:

—¡Qué maciza que eres! ¡Qué dura! ¡Cómo va a tener que afilar sus dientes el que te almuerce! Mira si yo fuese tu novio.

Dalina, del rubor había pasado al incendio, roja de pies a cabeza, cual si estuviera entre los brazos de un mancebo, se esquivaba y forcejeaba impaciente.

Su amiga, sonriendo:

—No te asustes. No te voy a comer! Desató los brazos de su talle y se enfrentó al espejo, donde se contempló largamente, como si examinara un objeto de arte.

Se arregló el cabello, levantando graciosamente los brazos y resolvió con melancólica conformidad:

—Bueno, vamos a enfundarnos como unas momias. Es horrible esto. Tú sabes que le tengo horror a estos camisones. Cuando me case, lo primero que voy a hacer, será abrir la ventana y tirarlos a la calle.

Su compañera se quejó:

—Me duele la cabeza; estoy nerviosísima; esta noche no voy a poder dormir.

—Natural. Pensando en los mozos, en los dos, se te ha revuelto la sangre. Tómame un analgésico. Yo, si no duermo es porque me pasaré pensando en el circo o soñando con mis triunfos.

Se metieron en sus camas.

Cuando la Caveirita apagó la luz, interrumpió a la otra que le deseaba las buenas noches, diciéndole como al desgaire:

—No sabes una cosa...

—¿Qué?

—Una noticia que te va a divertir mucho.

—¿Cuál?

—Sabes que el viejo está chiflado por Lulú.

—¿Qué viejo?

—Papá.

—¿Don Napoleón?

—El mismo. Enamoradísimo.

—¡No me digas!

—Waterloo a la vista.

—¡Pero a su edad!

—No seas caída de la cuna... Y sabes que le mandó un anillo con un brillante.

—Si, che!

—Y otra novedad, tal vez muy conveniente para nosotras: la Lulú ha empezado a dar lecciones de bailes en el hotel.

—¡Ah, sí!

—¿Qué te parece si nos inscribimos en esa escuela?

—Sería lindo, eh.

—Déjalo por mi cuenta... Yo voy a averiguar bien la cosa... Y ahora duerma mi chiquita, que hay que descansar e irse preparando para las batallas que nos esperan.

Se volvieron a desear buen sueño.

Y callaron, volviendo monólogo intenso y apasionado, el diálogo entre serio y juguetón.

\* \* \*

Ese propalarse anónimo de las noticias y las novedades salientes es una típica característica de los pueblos.

Y esto sucede tanto con las informaciones verídicas, como con los inventos y los infundios.

Que Fulano acertó en la lotería uruguaya o en "o jogo do bicho" brasileiro; que a Carlitos Leiva le tomaron un contrabando en Masoller y empezó a tirar tiros como loco, para que se armara bochinche y pudiese pasar por otro lado el "toco grosso"; que la menorcita de las Fagúndez se había aliviado en lo de la negra Nicanora y que el viejo Caveira estaba "metido hasta la maza", con la rubia grandota esa, de los pruebistas, que decían que era francesa y tenía una historia más larga que la vida "é Martín Fierro". Que el padre Florio le había vendido el alma al diablo, en lo del sermón...

Y así rodaba la hablilla, el chisme, la calumnia o la más tonta e inofensiva de las noticias, sin perjuicio que en este comercio, en el cual se paga con la

reputación o con el ridículo, prepondera la malevolencia, la zurda intención o la venenosa insidia.

Además, en los pueblos todo se sabe, aunque el informe venga cojo, desfigurado o padeciendo hipertrofia o gigantismo, inconvenientes que se salvan o agravan con un condimento de fantasía, con un aditamento de imaginación o con una magnificación que transforma mágicamente la prosa de la realidad en la fascinadora sugestión de la leyenda.

.....

A Henry el mayor no se le veía nunca actuar como uno de los empresarios, en razón de dirigir desde adentro y llenar las funciones del payaso principal.

Las "girls", en una doble actividad, bastante productiva, estaban autorizadas a trabajar por su cuenta, esto es, podían permanecer de pie u horizontales, levantar las piernas, agitarse como un trompo y hacer de sus hojas de parra el uso y hasta el abuso que se les ocurriera y con destino a uno o varios interesados.

Lulú, vestida como una gran señora y a quien no le faltaba nada para tal categoría, había resuelto visitar a las familias ricas, con niñas de edad adecuada, para reiterar personalmente el ofrecimiento, ya formulado por medio de una circular impresa, para brindar un curso colectivo de danzas clásicas, "cuya utilidad —rezaba su reclame— estéticamente hablando es incuestionable, desde que proporciona gracia y elegancia a la figura y a sus movimientos".

De ahí que Clelia, enterada del hecho y convencida de antemano de sus excelentes resultados, en la plenitud de su entusiasmo se decidía a abordar a su mamá, rogándole que si la señorita esa viniese a su casa, que no le fueran a dar con la puerta en las narices.

La señora se cerró a la banda.

Realmente desconcertada, ante la solicitud de una evidente inconveniencia, no quería dar crédito a sus oídos.

Se hizo repetir el pedido una y otra vez.



—Me parecía mentira que fueras capaz de semejante inconciencia.

—Mamá, no quiero faltarte al respeto, pero tú te equivocas.

—No al calificarte.

—No es nada del otro mundo.

—Es sencillamente, de tu parte, un olvido de las enseñanzas morales.

—¿Aprender danzas?

—Sí, aprender esos bailes y luego en las circunstancias que conoces y bajo la dirección de tal maestra.

—¿Circunstancias? Pero que más podemos pedir que la absolución del padre Palombaro.

—Don Florio es demasiado bueno. Tiene un corazón de oro.

—Revestido, mamá.

—También lo vas a calumniar.

—Si tú dices que se ha dejado cegar por la bondad Si él ve con sus propios ojos, por qué no denuncia lo que no encuentra bien?

—El sabrá por qué lo hace.

—Natural...

Y la muchacha, con una ironía, cuyo alcance su madre no era capaz de apreciar, le propuso:

—Y si te traigo un visto bueno del padre Florio.

—No le vas a ir con estas conversaciones a él.

—¿Por qué no? Si es nuestro confesor y nuestro consejero espiritual.

—A él le daría vergüenza.

—¡Mamá! No exageremos. Si seguimos con las moigaterías no vamos a poder ir ni a los bailes del Club.

—Natural. Tal vez no se debieran concurrir.

—No sé. A pesar que estás tan seria, me parece que estás bromeando. ¿Tú me vas a dejar, mamita?... Al fin y al cabo es una especie de gimnasia, de ejercicio.

Y se acercó a la señora, le pasó un brazo por el cuello y la besó, la besó con toda la ternura de que era capaz, porque la quería y también le tenía un poco

de lástima por retrógrada, por conservadora, por sus rancias ideas trasnochadas y anacrónicas...

—Pensar que es tan buena, reflexionó, y que, sin embargo, como todas esas nobilísimas damas de la Congregación, sería muy capaz no sólo de un auto de fe, donde se quemaran los libros de los herejes, sino que permitiría se tostaran, en cuerpo y alma, los mismos herejes, de carne y hueso.

.....

La chica, obstinada, previendo hallar un aliado en la tolerancia y más que nada en las debilidades de su genitor, le habló a éste al respecto y el viejo señor, como no se podía esperar menos, sonrió almibarado:

—¡Encantado! ¡Encantado! ¡Encantadísimo!

—¡Pero si mamá se opondrá!, fingió un llorisqueo la postulante.

—¡Cómo! ¿Por qué?

—Como ella es de esa sociedad de señoras que se dispone a censurar los espectáculos públicos.

—Bah, bah... No, m'hijita. A eso don Manflorio le puso la tapa. El lo arregló todo con su discurso. Y dicen que estuvo muy bien, eh!

—Sin embargo mamá no está convencida. Usted tendría que hablarle...

El la empezó a mirar, abriendo mucho los ojos, moviendo la cabeza.

Ella insistió:

—Le saca el tema, como dice Usted, como quien no quiere la cosa, como quien no dice nada...

—Hum...

—Por lejos...

Don Napoleón se alisó dos o tres veces la barba y se produjo:

—Mire, m'hijita, vamu a dejar pasar un poco 'e tiempo... Nu hay que jurguñar las lastimaduras... Usté sabe que no me gusta contrariarla y menos disjustarla.

—Es que es un capricho.

—Y hay que respetar un poco.

—¿Yo he desobedecido alguna vez?, pregunta ella ensoberbecida.

—No, usted es muy reta y tiene conducta.

—¿Y entonces?

—Hay que agarrarla 'e güena güelta.

Clelia no la puede perder. Hay que poner en juego cualquier recurso.

Recorre entonces a su artillería de grueso calibre:

—Muy bien... muy bien... Siempre la injusticia triunfando sobre la tierra... Y no digamos nada de las calumnias contra la pobre gente indefensa... Yo sé bien de dónde viene eso... La pobre muchacha esa no tiene quien la defienda... Todas le tienen celos. Natural.

—¿Quién?, se interesa él, intrigado.

—Mejor ni hablar.

—No, m'hija, diga, diga...

—¿Para qué? Y gime:—A una nunca le hacen los gustos. El otro,—¡buena filcha!,—se lleva todo por delante y van a terminar por santificarlo.

—¿Quién?

—¡El Abel! Y uno, ¿qué quiere? En el fondo sólo ayudar a esa desdichada.

—Pero de quién estás hablando, mujer.

—De la Lulú esa, que le sacan al diablo para ponerle a ella. ¡La pobre!

El padre se hizo eco:

—¡Pobrecita! ¿No?

—¡Pobrecita, sí!

El resuelve, como si promulgase una ley:

—Usted también tiene que llevarse algo por delante. Yo v-i-a hablar con la patrona.

Previendo el efecto contrario que iba a obtener su proposición, se acercó al padre, como decidida a impedirle cualquier movimiento, y le expresó:

—No, papá. ¡No quiero! Por mí no. No te comprometas. No, papá!

El, resuelto, firme, con su plena autoridad masculina, con la cabeza erguida y cual si le hubiera crecido la voz, sentenció:

—No, m'hijita. La ley tiene que ser pareja pa no ser rigurosa. Usted también tiene que llevarse algo por delante. Yo m'encargo de hablar con la patrona. Ella tiene razón; usted tiene razón; todos tenemos razón. La cuestión es que nos la dean.

—Den, papá, lo corrigió la bachillera.

Para cumplir su promesa de abogar por la peliaguda causa de su hija, el gaucho se iba a incorporar.

No tuvo necesidad de levantarse.

En ese momento apareció doña Marciria y ya entraron en el candente y peligroso tema:

—Entonces a usted no le parece muy bien que venga la "yirle" esa a casa?

—¿Qué? ¿Quién va a venir a nuestra casa?

—La moza esa del circo; la maistra esa...

—¿Maestra de qué?

—Maistra o profesora de los bailes, que se anda ofreciendo pa dar sus lecciones.

—¿Qué necesidad hay de eso?

—Tanto como necesidá... Güeno... es... que le v-i-a decir, eso, en güena comparación, vendrá a ser algo como un adorno... Ustedes las mujeres saben más qui uno d'eso... Vamo a ver... La canela arriba 'e l-arroz con leche, no es verdá que da gusto?... Y las puntillas en las nagua?... Eso es...

—Eso es diferente.

—Usted no me va a negar que lindo, es lindo.

—No hay lindura en lo que no es honesto.

—Pero el baile es cosa decente, sino me engaño.

—¡Eso no es baile, Napoleón!

—Y después, el cura no arregló ese pastel?

—Para mí fué eso lo que hizo: un pastel.

—Después ella no viene a bailar a casa. Viene a ofrecer su trabajo.

—¡Ahora le vas a decir trabajo a eso!

—En fin... yo ya le dije a la nena que no me opongo.

La aludida andaba por allí, disimulándose entre las plantas, ansiosa por enterarse de la conclusión de la polémica.

La señora retrucó con serena firmeza:

—Yo reservo mi aprobación hasta consultarlo...

El, perdiendo los estribos, la interrumpe amoscado:

—¿Con quién va a consultar? ¡Usted no consulta con nadie! ¡Oh, qué demontre! ¡Su marido soy yo!

—No sé qué autoridad moral te puedes atribuir.

—¡He dau mi palabra y basta!

—No debes violentarte... Debías acordarte de los ejemplos que das.

—¿Q'ejemplos?

—De tus cosas.

—¿Cuálas cosas?

—¡Yo nunca he querido hablar!, gimió ella angustiada. Creo que es mejor no hablar... Ahora a esta altura de nuestra vida... Cuando yo creía que los años te iban a llamar a reflexión.

—¡A mí no me llama nadie!, exclamó él furioso, sin atinar a qué se refería, sin saber qué decir.

La señora intentó retirarse y él la mandó autoritario:

—¡Quedese ahí! ¡Hable! ¡Hable!, ¡largue...!

Se produjo un instante opresor.

Caveira se remesaba con furia los pelos de la barba.

Doña Marciria se ahogaba, conteniendo el llanto.

Clelia hubiese deseado hacerse invisible.

El silencio se alargó blandamente, voluptuosamente, como para recibir el impacto sonoro de la armoniosa voz de la negra Aurora, que gemía nostalgias indefinidas:

“Alfredo, mi adorado Alfredo,  
vamos a la tumba a morir los dos!”

Todavía cupo en la pausa angustiosa otro clamor romántico de la cocinera imaginativa y soñadora:

“Los dos suna solálma,  
los dos un solo pecho  
y en medio de nosotros  
mi madre común Dios!”

—Por favor, callate, Aurora!, se levantó el grito de la Caveirita, que conmovida, tocada en lo más íntimo, no sabemos si por la impresión áspera de la discusión de sus padres, por el canto de acento desesperado de la negra o quizás por qué oculto resorte íntimo entre sentimental y saudoso, se precipitó a besar a su padre en la frente y, emocionada, se abrazó a su madre y la condujo hacia las habitaciones interiores.

\* \* \*

Como el pueblo no contaba con una población tan copiosa que le permitiera una permanente renovación de público, la concurrencia a los espectáculos de los hermanos Henry empezó a ralea.

Es verdad que el cuerpo de danzarinas consiguió y conquistó una clientela segura y sus admiradores, uruguayos y brasileños, gente de echar una cana al aire, quizás porque éstas les sobraban, no desertaban la avanzada posición de sus palcos.

Y pese al referido aporte de espectadores de ultra frontera, constituido a veces hasta por familias, cuyas damas ostentaban la decoración fastuosa de sus vistosas sedas coloridas y la profusión del oro y la pedrería de sus joyas, el negocio comenzaba a languidecer.

Los empresarios reforzaron las suertes del prestidigitador, que ya no se reducía a cortar la cabeza a su mujer, sino que adivinaba el pensamiento e hipnotizaba a diestra y siniestra; hicieron vendar los ojos a la ecuyere; trajeron de Buenos Aires hombres serpientes y trapecistas volantes, que pasmaban con sus saltos espectaculares en el espacio, mientras se acentuaba el suspenso con un sordo redoble de tambor que de pronto cesaba, en tanto los acróbatas jugaban a las esquinitas con la muerte y el angustioso silencio era sustituido por el aplauso de las gradas, hábilmente secundado por la música, que estallaba en una explosión de notas agudas y triunfales.

Además, halagando el gusto general y la inclinación popular hacia el ritmo y el canto, las famosas “girls” enriquecieron su repertorio con nuevas danzas

y con canciones picarescas —las más— interpretadas con gracia ligeramente canallesca.

Las voces arias dejaban algo que desear. Las veteranas rubias, trotadas y galopadas, sino averiadas y con goteras, encontraban sostén y respaldo armonioso en las gargantas etiópicas, que les emparejaban los coros y hacían prodigios hasta en los mismos solos.

Las gargantas negras, especialmente las de las mujeres, poseen registros singulares, de un pastoso aterciopelado, de una delicadeza de modulación o de ciertos tonos agudos tan finos, delicados y dúctiles, que se vuelven un halago o una caricia del oído.

Se dijera que en la voz de esa raza —e insistimos, en la femenina— se citan las múltiples y variadas expresiones de los seres animados de la naturaleza, comprendidos quizás el respirar de la selva, la flauta del agua, el libre y matizado canto del viento, el arrullo del ave y el runruneo, entre gemidor y voluptuoso, del gruñir de las fieras en celo.

El zureo consigue traducirse en modulación humana; la saudade se transforma en ruego plañidero; el encendido reclamo en música, y no terminamos de saber si percibimos una súplica o una quejumbrosa protesta en la indecible tristeza de ciertos llamados dulces y nostálgicos.

Los brasileños, músicos natos, han sabido apresar magistralmente en sus composiciones el misterio de su sangre heterogénea, de nobles portugueses, de germanos de científica y armoniosa técnica, de filibusteros que aún viven la aventura, de negros —con toda su escala— de negros sobrios y herméticos y de mulatos, sensuales, indolentes y fáciles a la alegría, como unos niños que cuando cantan se metamorfosean en ángeles.

Quizás esté mejor expresado diciendo que cuando el negro se deja arrebatarse por la marea de la música, de dentro y de fuera —porque él es el terrestre caracol sonoro— experimenta una especie de trance que vuelve carne al alma y transforma el espíritu en viva substancia, para que aliados lo inefable con lo material, ese

ser oscuro se vuelva luminoso en la llama del canto del cual está transido su cuerpo y su alma!

Es que existe un más allá en la voz y en la música de los negros y de ahí su mágica fascinación inexplicable, que —aunque en parte mínima— nos lo ofrecían las negritas del circo, que vieron acrecido su número con la incorporación de nuevos elementos locales.

\* \* \*

La prolongada estación de la pareja en el no muy confortable hotel de Sant'Agata, en espera de las definitivas decisiones paternas, se estaba transformando en excesivamente aburrida.

No digamos con respecto a Abel, para quien el matrimonio —hasta la fecha por atrás de la Iglesia— hubiera sido soportable en pequeñas dosis, matizado con otros más amenos entretenimientos, sino para la misma Rosalbita, que no sabemos si porque lo conoció a fondo a su compañero o por alguna otra causa, comenzó a desilusionarse. Extremo concebible éste desde que aquellos amoríos no significaban nada más que unos escarceos juveniles de una chica curiosa, inquieta y ardiente, que quiere saltarle páginas al libro de la vida y apenas si revolotea por la periferia del sentimiento.

Es posible que en ella hubiera ejercido su influencia seductora esa atmósfera que les creaba sus lecturas mal orientadas; un romanticismo, que empezaba por desvirtuarse en las lecciones elegantemente libertinas del cinematógrafo y que se nutría de arrebatos extremos de muchachuelas semi-emancipadas. Era general en su círculo cierta fanfarronería petulante, consistente en una convicción de libertad, que, con el cimiento de los derechos femeninos, mal digeridos, les permitían cualquier extravagancia y cualquier trasgresión de las aún modositas costumbres burguesas, que las soliviantaba e irritaba como la montura de rigor que se ajusta al lomo de las potrancas jóvenes.

Aquellos secretes de los corros de adolescentes, en que lo menos que cuenta son los temas de estudio y con estos sólo tiene relación la crítica a los profesores, a los que se aplican alias grotescos y ridiculi-

zantes; incide en el mal gusto en el vestir de las amigas ausentes o con soltura de sabias en la materia diseca limpiamente al amor o se lo magnifica hasta lo sublime, creando el caldo de cultivo de los gestos irresponsables, de las descabelladas decisiones, de las "cabezadas", como pintoresca y gráficamente calificaba una de ellas que, en realidad, no tomaba como ejemplo de dinámica actitud al mencionado órgano.

En épocas no muy lejanas las damiselas, soñadoras, ojerosas y lánguidas, tocaban la guitarra, suspiraban versos románticos, se ponían tísicas o se suicidaban —con horrible y vulgar bicloruro— por amores contrariados. Hoy fuman, como unos vagos de boliche, imitan a estos en los copetines y se vuelven anémicas, con dietas disparatadas que, al procurar conservarles la línea, atentan contra el encanto fascinador de las deliciosas curvas. Y, contra la oposición o la simple resistencia de los genitores a que mantengan relaciones con algún gandulón mal entretenido, les facilitan a estos la llave de la puerta de calle o se evaden, hacia problemáticos más propicios cielos, con don Juanes de pacotilla.

Naturalmente que en nuestro ambiente de fuego cuentan otros factores, que desmesuran los sueños con exuberancia ecuatorial, queman sangre y carne a fuego lento y reparten, pródigos, tentadoras alas y maravillosos mirajes de aventura.

—Cuando encuentre el hombre que me guste, así sea un guardiacivil, me le declaro y san se acabó, programa una.

—Pues yo se lo demuestro. Le pongo las cartas sobre la mesa, la supera a la precedente una polluela más audaz.

—¡Ustedes hablan de uno!, ríe otra: ¡Qué mentalidad de pequeñas burguesas!

—Natural, che. La pareja es una invención antidiluviana, que Noé respetó, con muy mal gusto y más falta de imaginación, agrega otra, mientras la de más allá sentencia:

—Es que ya está definitivamente archivada la épo-

ca en que, los ojos en el suelo, mano sobre mano, nuestras abuelas, dechados de virtud y modelos de amas de casa:

“Que sabían coser,  
que sabían bordar,  
que sabían tejer medias  
para un general...”.

aguardaban con santa paciencia una autorización oficial para comenzar a ceder por entregas o por milímetros, su blanca mano, a cualquier idiota hijo de buena familia.

.....

Abel fumaba y maldecía la mala estrella, que en el garito carioca le provocó el sabido desastre; se paseaba como una fiera en su reducida habitación y echaba de menos las tenidas nocturnas con los amigotes. Los trucos o las carambolas; las cuchipandas y las recorridas nocturnas por las casas amables, donde entre un whisky y otro, se departía libremente y se narraban cuentos verdes, en compañía de damas galantes y de damiselas propicias.

Lo único que no le faltaba era mujer, pero a menudo la suya lo molestaba y se volvía cargosa al no poder contener alguna explicabilísima queja y no tener la discreción de disimular que estaba habituada a vivir de otra manera.

El terminaba por cansarse, por decirle que eso se lo sabía de memoria, que él también sabía lo que eran comodidades y consumida su paciencia de la cual poseía escasas reservas—ironizaba con pésimo gusto:

—Voy a ordenar faisanes, pavo trufado y fresas con crema chantillí, rociado con champán y llamaré a un cuarteto de cámara para que nos amenice la cena.

La chica lo trataba de groserote y ordinario, le contestaba con acritud o rompía en llanto.

Discutían.

Terminaban por acostarse dándose la espalda.

No se dirigían la palabra al siguiente día.

Aparecía en el escenario una capaz, transparente y dorada garrafa de "marumby" y el amigo Caveira se pillaba una "curda" con todas las reglas de la ley y comenzaba a llevar a efecto las inconscientes barbaridades y hasta salvajadas inherentes a su estado. Se sucedían las escenas más estúpidas y grotescas, que sólo cesaban cuando la robusta naturaleza del ebrio cedía ante el mazazo que, con una sueño de bestia agotada, lo sorprendía en la cama o en el suelo de la habitación.

Tales intolerables hechos tenían el corolario de arrepentimientos tardíos, de propósitos de enmienda, puntualizados con juramentos y auto condenaciones, que borraban a medias de la imaginación de Rosalba, la impresión repugnante de actos vergonzosos y de aquel nauseabundo babosearla, cuando, bajo la influencia alcohólica se le aproximaba a besarla o acariciarla.

Como en una justa premeditada, ambos propiciaban ahincadamente el ahondarse de un abismo sobre el cual sería ficticio y efímero el puente de un casamiento, que terminaría por no tener más razón de ser que el cumplir con una costumbre y tratar de silenciar el "qué dirán" chismoso.

**P**ESE a que Lulú en muchas de las casas que visitara, fué tratada con una glacial cortesía, capaz de desanimar a la más agalluda de las aventureras y que de otros sitios la habían despedido de la puerta de calle, con el pretexto de que se hallaban ausentes la señora o el señor, insistía, muy suelta de cuerpo, en sus peregrinaciones.

Su constancia y tenacidad había conseguido el éxito de seis discípulas, entre alguna metida en carnes que pretendía afinar su silueta y repetidas deslumbradas, presuntas vocacionales, a quienes sobraban entusiasmo y ambición y no carecían de donaire para girar en puntas de pie y hacer la paloma o el clásico cisne, al que hacen morir con una elegancia decorativa, que vuelve el seso a cualquier cristiana que se fenece por la halagadora música de las palmas.

Entre las catequizadas se contaban Clelia y Dalina.

La primera continuó incansablemente la batalla, con el refuerzo de la protección paterna y con la táctica anuencia del cura párroco, que, consultado al respecto, opinó que en tal entretenimiento no veía nada de malo, si consistía en un deporte de entre casa.

El robusto fraile itálico, con escurridizos y especiosos argumentos, siempre nadando entre dos aguas y, en definitiva, sin comprometer su opinión como sacerdote, resolvía:

—Inochente, inochentísima ese la danza. La mocha estano poco vestida? Cuestione de encacarle otra

roba arriba. Eso s-aregla. Per me, pecado non é. Per me come persona. Ma entro le cuatro parede, no? Andare a teatro ya é una altra cosa. Altro affare. Entonce io dico di no e di no!

Y terminaba con enérgica decisión y puntualización:

—Cuelo no !;Dico di no!

Y quedaba bien con Dios y con el diablo y con el menor de los Henry, que lo había trabajado de antemano, enterándolo que sabía agradecer de manera muy efectiva las atenciones que le dispensaban.

.....

La matrícula de Dalina quizás fué más difícil de conseguir, pues su madre se resistió tenazmente a que su hija, según ella, se dejase pervertir por tal novearía, que no era sino un extravagante futurismo.

La parlanchina costurera calificaba así —como es corriente en infinidad de personas— a lo que no era habitual y conocido y se salía por una u otra causa de las normas comunes y vulgares. Moda, cuadro, arquitectura o música que exigían una atención desusada o a la cual no se hubiese visto par con anterioridad, caía bajo tal despectiva apreciación.

Manifestaba al respecto y en su lengua dulzona y expresiva, de giros pintorescos:

—Yo no he necesitado corcovear, levantar las piernas ni correr en puntas de pie, con las alas abiertas, como una gallina alborotada, para ganarme honradamente el pan.

Nunca jamás he hecho futurismo.

Casé. Dios me dió esta hija.

Mi marido, en vida, como buen padre de familia, no nos dejó faltar nada.

Dios me lo llevó.

Y entonces en duro aprendizaje, cosí y llegué a ser una perfecta costurera, como lo será mi hija, si Dios quiere.

Dos mujeres solas como ellas, una viuda y la otra huérfana, sin más bienes que la ayuda de Dios, tenían

muy otra cosa que pensar que en aquellas fantasías y entretenimientos de ricos y de desocupados.

Que los otros lo hicieran, estaba bien.

—Ellos saben lo que hacen.

Ella estaba dispuesta a cualquier resolución antes que permitir que su chiquilina tomase semejante camino.

Era capaz hasta de dejar casa Caveira, a la que tanto respetaba y a la cual tanto debía y a la que había cobrado un afecto profundo.

Pero si ella no llevaba ni siquiera a las “danzas” de las otras a su pimpollo.

Pero si a ella no le entraba en la sesera la finalidad de aprender semejante novedad.

Luego —no sin dejar de presentar cumplidas excusas por lo que estaba diciendo— se declaró arrepentida de que su hija, sin “un mil reis”, sin tener donde caerse muerta, hubiese tenido la gran honra de intimar con la señorita Clelia —¡tan importante!— y se hubiese quedado allí más de una vez, como una igual, y por fin hubiese concurrido a aquellos espectáculos endemoniados, que les había volado los pájaros a tanta muchacha de antiguas y buenas familias.

—Yo soy, —repetía humildemente, — una pobre empleada. Mi hijita no es otra cosa.

Y por eso se sentía tentada de reclamar o de suplicar que las dejaran tranquilas, a ella y a su “guría”. Que las dejaran con sus trapos y sus agujas y sus hilos, sin novelorías, sin macacadas y sin futurismos...

—Como Dios manda, concluía y lo recalaba con tan firme convicción, como si lo tuviera a Dios contratado a su servicio y disposición.

.....

Pero Dalina, obedeciendo los consejos de su amiga, se decretó una tolerable huelga de hambre,—porque un alguito comía,— dieta que le resultó muy eficiente y quizás influyera en la indecisión en que cayera doña Macusha, que terminó por admitir que su dependencia y subordinación a los amos y señores, tanto como la

voluntad de Dios que parece que también quería aquello, la obligaban a someterse y a ceder.

.....

Los empresarios del Circo, por razones patrióticas, consiguieron el local de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos para que Mademoiselle Louise Duprat impartiese sus lecciones de danzas clásicas.

Para tal actividad didáctica deponía su alias artístico, que sonaba como acariciado cuando brotaba entre los labios glotones y la animalesca pelambre del ondeado bigote y la barba florida de don Napoleón Caveira.

Es oportuno hacer notar que el señor Presidente de la Sociedad Italiana, —contratista retirado y plutado,— empezó a esperar desde esa época una ambiciosa nómina de Cavaliere della Corona d'Italia y que nuestro estanciero, en una de las oportunidades en que, en el escritorio de su casa, se encontró a solas con la profesora de su hija, recibió un concreto y efusivo agradecimiento de la francesa, quien en una ofensiva repentina y un salto estratégico, se le había sentado en las rodillas, haciendo saborear a nuestro veterano y fogueado galán, el inédito sabor de un beso tan desconocido como sabio.

Ese instante dulce, incendiario y fugacísimo, significó la total y definitiva conquista de una plaza repleta de una quinta columna ansiosa por caer, con armas y bagajes, en manos de una encantadora enemiga.

La entrega se rubricó con un regalo de cien pesos, que ella se resistió enérgicamente a recibir...

“no quiero, no quiero,  
ponémelo en el sombrero”,

que era lo que en aquel momento tenía a mano el galante y maduro señor.

Caballeresco y dadivoso como era, él se sintió humillado por no disponer de algún otro regalito para cumplimentarla.

Ni corta ni perezosa, la maestra, cuanto encontró la ocasión le garabateó en un pedazo de papel:

“Te espero esta noche en el hotel después de la función”.

Podría llamar la atención que le escribiera, cuando de palabra podía darle la cita.

Tal procedimiento no tenía pizca de absurdo desde que ella tenía premeditada su táctica.

Aparte de que el interesado quizás supusiese un acto de timidez, de sentirse cohibido ante él, la actitud atenuaba el desparpajo.

Por otra parte aquello tomaba carácter de un pacto y daba al galán una como consistencia de engolosinante promesa.

Además significaba un lazo de unión de un mutuo secreto, que, más o menos directamente ataba a la pareja...

Seu Caveira, esa madrugada, con la cabeza artificialmente alegre por las libaciones y las piernas algo flojas, tal vez por la edad, peludeó bastante para dar con el agujero de la llave del zaguán de su casa.



**A**CCIDENTALMENTE, Clelia encuentra en la calle a la vasquita de Arrúa, chiquilina preciosa, toda fresca, vivacidad saludable y curvas discretamente pronunciadas y algo le llama la atención en su amiga.

Coincidiendo con su imprevista deserción del Liceo —al cual hace dos semanas que no concurre— le descubre un aire de cansancio y una sensación de ser ausente y como divorciado de la realidad.

No deja de continuar con su abundancia de formas, si es que no ha aumentado su volumen.

No pudiendo contener su impresión primera, como quien dispara a boca de jarro, le espeta con curiosidad indagadora:

—¡Che, qué tienes, qué te pasa? ¿En qué nube te hallas domiciliada?

Su condiscípula con evidente desconcierto, mueve los labios dando idea de que modula palabras que no termina por redondear o pronunciar y sonríe, triste.

La otra intuye algo complicado y comprende muy bien que ha metido la pata y que tiene que corregir su inconveniencia.

No halla nada mejor que referirse al físico de su amiga:

—¿Qué pasa? ¿En esa nube en que vives te sobrealimentas?

—¿Por qué?, responde, llena de zozobra la interpelada.

—Porque engordas, hija, a tambor batiente.

—¿Te parece?, interroga de nuevo, confusa.

—¡Cuidate! No sigas engrosando.

—Es contra mi voluntad.

—Sométete a un tratamiento.

—Todo es inútil.

—Recorre a la gimnasia.

—No tengo constancia y, además, me canso. Me aburro.

—¿Y no has pensado en la danza? ¿No sabes la novedad? Por qué no vienes a la Academia, que ha instalado en la Sociedad Italiana, esa francesa loca, que, entre paréntesis, es deliciosa. Y remata la información: —Si la tratas te enamoras de ella.

—¿Sí, che?

—Encantadora. Bueno, tiene mucho mundo.

Y riendo picarescamente, agrega:

—Se ha movido mucho y con éxito.

La oyente, arrebatada por la chispeante corriente del parloteo, distraída un momento de sus preocupaciones, comenta en fingido tono de reproche:

—¡Venenosa!

—Me quedo corta. Hay que oírla narrándonos, con picantes pormenores, sus aventuras, sus viajes, sus ajetreos. Tiene una manera de decirlo todo sin decir nada y con una naturalidad y una inocencia, como si estuviera contando un cuento de hadas.

—¡Qué notable!

—Tienes que venir. Te entretendrás y de camino conservarás la línea. Mírame...

Y en plena calle, sin preocuparse que alguien la pueda observar, gira en redondo como una muñeca a la que han dado cuerda.

Se le desordena la ondeada cabellera castaño, con reflejos dorados.

Le vuelan las faldas leves.

Luego, ya entusiasmada, poseída quizás por el demonio de la danza o sintiendo una briosa necesidad de distender los músculos, levanta una pierna a la altura de la cabeza, luego la otra y ríe, dichosa, de la vasquita que se espanta:

—¡Che, loca! ¡Qué te ven!

—¿Y a mí? ¿Qué me importa?

—¿Qué van a decir? Tú sabes como son en el pueblo.

—Me río del pueblo... Voy a ver si convengo a las compañeras para saludar así cuando entre en clase Cirio Apagado.

—¡Cirio Apagado! ¿Quién es?

—El profesor de filosofía.

Y la apremia:

—Bueno, vamos... ¿Te inscribo?

—Es en la Sociedad Italiana, dice la otra para darle largas al asunto.

—Si. ¿Vienes? ¿Te llamas Alicia, no? Con la cuestión que todas te decimos Vasca no más.

—No. Que voy a ir. En mi casa no me van a dejar.

—¿Y por qué? ¿Y qué importa? ¿No vas al Liceo?

—Si, en casa son tan conservadores... Lo que tuve que luchar para ir al Liceo, por eso de que teníamos que estar con los varones...

—Después te acostumbraste.

—No era por mí.

—Y te gustó, como te va a agradar esto.

—Mirá...

La chica se sonroja hasta las orejas... Un momento está en el filo de la confidencia. Luego piensa inventar una mentira. La improvisa desastrosamente. Se trabuca. Balbucea algo incomprensible. Le parece que se marea y que se va a caer. Y rompe a llorar en incontenibles sollozos.

La sorpresa de Clelia no tiene límites.—Tomada así tan de improviso por aquella crisis— termina en un atar de cabos:

—Ya decía yo... Llegamos por fin a las nubes, que están aquí abajo, en la tierra firme. No me engañaba en mi sospecha.

Realmente conmovida, sin dejar su interesada ansia de saber a qué obedecía su reacción, estrecha contra sí a la amiga, la sostiene:

—Cuéntame. ¿Qué te pasa, querida?

Mientras le enjuga los ojos, la siente como afiebrada, palpitante. Tiene la sensación de que se le va a desmayar en los brazos.

—Coraje, hermanita.

Suspira Alicia, como si no le alcanzara el aire, pero más la ahoga su interna pena, su angustia y la indecisión en que se encuentra.

—¿Pero qué hay? ¿Qué tienes? ¿Qué te sucede? Háblame como a una hermana.

—Sí. Te voy a contar. Pero vámonos. Vamos a tu casa.

—Serénate en lo posible.

Como en gesto de ternura, el brazo de una en la cintura de la otra; aunque uno flojo en quien se dejaba conducir y firme el otro, que conducía y sostenía, marcharon silenciosas, por la calle.

Cuando llegaron a lo de Caveira, Alicia estaba destrozada. Le dolía horriblemente la cabeza, había perdido su color encendido, tenía las piernas rotas.

Ya en la habitación de su amiga, se tiró en la cama, de nuevo a llorar y de pronto, reaccionando, sobreponiéndose a su decaimiento y su opresora pena, cual si se transformara en una acusadora, aún con el rostro bañado en lágrimas, silabeó:

—¿Tú sabes?

No le duró para más la aparente entereza.

Se le hizo un nudo en la garganta.

Apretó los labios como haciendo un esfuerzo para continuar, sin lograrlo.

Clelia no hubo menester de más.

Se le aclaró el panorama.

—¡Ah! Sí, sí, comprendo, querida.

Lo había adivinado todo o, mejor dicho, comprobaba que todo lo supuesto e imaginado con respecto a las misteriosas siestas de Rosalba y la Vasca y los amigos compinches —el Tito y su hermano,— empezaban a dar sus naturales frutos.

Como mordiendo con odio la frase, martilleó:

—¡Ese bandido!

La voz se le había endurecido, como si los celos

—¡unos celos quemantes e incontenibles!— fueran capaces de volvérsela áspera y ronca, hasta el punto que Alicia la miró sorprendida e intentó defender a su victimario:

—Te diré: no es él sólo que tiene la culpa.

Y ya se atribuyó toda la responsabilidad:

—Yo sabía lo que hacía... Pero, natural, no pensaba en las consecuencias.

Comprendió ella el terrible efecto producido por su adjetivo e intentó atenuarlo:

—Si, por esto que tienes que pasar ahora es que no me pude contener y dije lo primero que se me vino a la boca...

Calló, con explicable disimulo, —muy femenino,— que el epíteto le nacía de alma, porque el Tito Albornoz, también con ella, había hecho lo que había querido. Pues, desgraciadamente, estaba locamente enamorada de él. Y a decir verdad en sus relaciones había contribuido de su parte con la estopa y con el fuego de la vieja frase. Aunque quizás fuerzas más poderosas que ella misma y que el diablo que soplabá para provocar los incendios, chispas que andaban en el aire o la urgían desde la carne, la sangre y el alma, la arrastraron al cálido torbellino delicioso.

Por cierto que ella creía que no interesaba la prioridad en ese invitador camino amable y de buena gana hubiese rectificado a su amiga que en el hecho —impunible— reivindicaba toda la responsabilidad.

La salvaba su convicción de que lo quería.

No sabía por qué.

Ignoraba qué inexplicable atracción poseía aquel muchachón desgachado, pese a la buena ropa que vestía... Qué encanto existía en aquel pajarraco de bañado, de piernas secas y pescuezo largo, con su marcada nuez de Adán y el grueso labio inferior ligeramente caído, hasta permitir vérselo los dientes carniceros... A eso se sumaban unos ojos oscuros, hundidos y ardientes y lo único bello, una frente alta y blanca, hermosa fachada de un edificio al parecer desalquilado...

No terminaba de saber si le gustaba.  
Como condiciones de carácter era audaz, dominador, impositivo.

Quizás algo grosero.

Pero tierno, eso sí, tierno, de dulce, insistente, casi empalagoso a ternura.

¡El Tito!

.....

Se ensimismó en aquel análisis que la sacó —inconscientemente— de la realidad inmediata.

Se forzó en hacer pie en lo que tenía a su alrededor y entonces concretó una propuesta que podía salvar a su amiga y que era la única, tal vez, a la cual podían recurrir.

—Tú quieres que yo habla con doña Nicanora?

—¡Doña Nicanora! La...

—Sí, doña Nicanora, la negra vieja curandera.

—¿Y crees que es de confianza?

—Absoluta. Es buena, sabe el oficio y es callada como una tumba.

—¿Sí?

—Te lo garantizo.

—¿Cómo lo sabes?

—Boba. No te supongas nada equívoco. Yo no la he necesitado. Pero la frecuento. Soy su amiga. Debo confesarte que para mí tiene una antigua y extraña atracción.

—¿Y con qué le pago? Tú sabes como son en casa. No me dan un centésimo.

—¿Y él?

Clelia hizo esta pregunta con la mayor naturalidad. Los celos se le habían disipado en una gran lástima, que pudiéramos llamar maternal y que es posible también obedeciera a su oscura vocación o inclinación a dejarse atraer y arrastrar por el misterio de la vida, que allí estaba promisor, latente, como ofreciéndosele.

Su amor —si aquello era amor— se había replegado y como escondido, ante esa otra actitud o sentimiento que la dominaba.

La vasquita había eludido la respuesta.

Luego para que no se tuviese la menor sospecha sobre su generosidad y su responsabilidad, sostuvo:

—Yo no quisiera que él supiese nada.

—¡Hasta ese extremo lo quieres?, suspiró ella, como si le restara una pizca de debilidad, una llamita de rencor, un hilo de celos.

Luego indagó, como al desgaire:

—¿Y de casarse?

—Con claridad no hemos hablado... El dice que se tiene que hacer un porvenir...

—Ah, sí.

Y como en una necesidad de saberlo todo, insistió:

—¿Pero tú le has hablado claro? ¿Le planteaste la situación?

—Vaya, tanto como eso, no. Uno tiene vergüenza. Yo no sé si él ha entendido.

Era evidente que la chica trataba de presentar bajo los aspectos más favorables a su seductor y como se agitaba tanto y se había puesto de pie, de pronto acusó un desfallecimiento, que Clelia atendió con toda solicitud:

—Siéntate. Voy a hacerte preparar una taza de te.

¿Tomaste algo?

—No te preocupes.

—Entre tanto dime: ¿estás segura, no?

—Sí.

—¿De cuántos meses?

—De...

Al enterarse de ese lapso, pese a su adquirida serenidad, se le concretó el pensamiento sobre las alternativas de sus relaciones con el Tito y se le vino a los labios el calificativo:

—¡Canalla!

Murmuró:

—¡Cuatro meses!

Hizo su penoso viajecito al pasado, al cercano pasado:

—Así que cuando Abel iba a allá a entretenerle

la hermana —con la que se sigue entreteniéndose— y la vasquita le fallaba, él venía a buscarme. Cuando no había pan, buenas eran tortas. ¡Es un sirvergüenza de primera!

**R**OSALBA y Abel, como paso previo a la libertad, custodiados por media docena de parientes, fueron a legalizar su unión a Porto Alegre.

Consumada la ceremonia, que por su carencia de calor y cordialidad, se transformó en un simple y escueto contrato, las familias se enteraron de la realización del hecho y les llegó la noticia, que por cuerda separada, marido y mujer, regresaría cada uno a su respectivo domicilio paterno, para de inmediato iniciar juicio de divorcio.

Malísima impresión causó la novedad.

Ahora que la anuencia había sido general y que las familias fraternizaban en acuerdo armonioso y perfecto, tal resolución resultaba inadmisibile.

Pero aquellos muchachos eran realmente locos.

Luego del disparate inicial, este remate absurdo. No podía ser.

Eso no daría satisfacción ni a la parentela ni al pueblo.

Las conjeturas más arbitrarias, las suposiciones más inverosímiles, arrojarían sombras y descrédito sobre los protagonistas de lo que se consideraría o una comedia o algo sospechoso y equívoco.

Era menester evitar el ridículo, que en los reducidos ambientes de los pueblos es uno de los peores azotes que pueden caer sobre alguien.

Y en este caso en que las víctimas serían dos an-

tiguas, respetables y conocidas familias, se cebaría con sin igual saña.

Funcionó el telégrafo.

No vengan. Posterguen viaje. Aguarden carta aérea.

Trotaron doña Purilina y doña Marciría a secretarse sus honestas disposiciones. Ellas llevarían la voz cantante, a las que se uniría la de campana rota del Reverendo Padre Florio, en un grave consejo, al cual —sin voz ni voto— como corresponde cuando se hacen presentes las señoras, asistirían los respectivos padres de las criaturas implicadas en el “embroglio”.

Las damas y el fraile hablaban en bajísimo tono de voz, como si el tema que trataban pudiera ofender el casto oído de los ángeles.

Don Agesilao Alborno y don Napoleón Caveira, con el más óptimo estado de espíritu que pueda imaginarse, chupaban sus cigarrillos de chala y tabaco negro, mientras sorbían su mate amargo, que asentaban, previas mutuas y caballerescas invitaciones, con pequeños, pero repetidos vasos de una caña de Sergipe, ¡que era un licor!

Como para demostrar que alguna importancia le dedicaban a los maridos de vez en vez un:

—¿No hayas, Agesilao?, de su esposa,  
o un:

—¿No te parece, Napoleón?, de la dueña de casa interrumpían la plática de los graves señores, que como opinaban mutuamente que las resoluciones a tomarse eran “cuestiones” de mujeres, asentían, ceremoniosos:

—Pues no!

—Es así.

Alborno, muy en carácter, con su oscura cara de árabe-portugués, peludo en las cejas, que eran un malezal, en las orejas, hasta sobre la nariz, donde no podía intervenir la navaja, que le rasuraba minuciosamente el cutis azul verdoso.

Y Caveira, sonriente, bondadoso, desbordado en obsequiosidades, inundados de humo bigotes y barba

fluentes, que daban idea de que iban a empezar a arder.

El veredicto de las faldas, —comprendida la del párroco,— determinó que los noveles, cuanto atolondrados esposos, regresarían juntos y tratarían de exhibirse en público, a granel... Demostrando la más idílica y perfecta armonía, debía vérselos en la Vía Blanca —esto es el paseo de moda de los jueves, a las seis de la tarde— en el cine, en la confitería y en el Club Uruguay, donde se ofrecería una espléndida fiesta, en la cual se echaría la casa por la ventana y a la que concurrirá lo más granado de la sociedad santagatense-villarseña.

A pesar de que el recibo sería seguido de baile —indispensable complemento exitoso— la religión de nuestros mayores daría la nota solenne, haciéndose presente la palabra autorizada y sagrada del Rev. Presb., que conocemos, quien, con destino a las inagotables e imprescindibles necesidades del culto, cuando menos se juntaría con una suculenta cédula de quinientos patacones.

A esta presentación pública del fresco matrimonio, seguiría una confortable luna de miel de tres o cuatro meses en la estancia de los padres de la desposada.

Y luego que charlasen las lenguas largas, aunque el divorcio —que algún inesperado factor quizás evitase— estuviese apuntando en el horizonte.

Se redactó la carta, en que los viejos, inesperadamente severos —aunque no lo consiguieron— insistían que tomase el acento de una orden perentoria y que sería sometida a la pericia literario-moral del director de “La Campana”.

Las mamás se besaron y se abrazaron, con redoblado fervor, planeando unas misas propiciadoras de la armonía y la paz entre sus hijos.

Don Agesilao y Don Napoleón,—¡mire que era superior aquella caña!,— cabalgando en los briosos espíritus etílicos, habían llegado a las historias picarescas de subido color, como a las confidencias desembozadas y definitivas y discutían jubilosos e indiscretos si

cuadraría ir a visitar al cuerpo de "girls" o al cuerpo de las "yirles", cuando levantarán la sesión o cuando ya la noche hubiera tendido "su negro manto".

\* \* \*

Se alargaba excesivamente la temporada del Circo.

Agotadas todas las tentativas de novedades e innovaciones, había que levantar el vuelo:

"en busca de otras regiones"

como repetía Gabino Ezeiza, el simpático pardo, flaco, nervioso, de mirada brillante, de tuberculoso, mientras hacía vibrar las dóciles cuerdas de su guitarra criolla y no era preciso sino alcanzarle una frase para que improvisara sus canciones.

El Henry menor, que era notorio que vivía con Mademoiselle Duprat, le planteó la impostergable decisión y ésta que recién iniciaba su fresco idilio con el Moisés gaucho, como ella le decía a su última conquista, le contestó que comprendía que era imposible diferir la partida, pero que ella, por el momento, no participaría de la misma.

—¿Razones?, inquirió él, dando cierta autoridad a su solicitud.

—Déjate de pamplinas, le contestó la francesa, con la displicencia de quien sabe el terreno que pisa.

El, sin quitarle la mirada, procuró encargar a la misma de la exigencia de una respuesta más satisfactoria.

Ella fué más explícita:

—Tú y tu compañía se van con viento en popa y con mis mejores augurios.

—¡Lulú!, la llamó el empresario al orden.

Lo que consiguió fué una carcajada burlona:

—¡Mamarracho! Confórmate con que te prometa alcanzarlos, cuando sea el momento oportuno.

—Te doy plazo de una semana.

—¡Avaro!

—De quince días.

—El término me lo marco yo, hijito.

—Yo no puedo vivir sin ti.

—Y bueno, te morirás. Y que te entierren.

—Hablemos en serio.

—Estoy como en velorio, Henry.

—Es inadmisibile tu actitud. Tú quieres arruinarme.

—¿Y tú?

—Me vas a descomponer el cuerpo de baile. ¡Eres una ingrata y una...

Le tapó la boca:

—Lo que te voy a descomponer es la figura!, amenazó ella, que, como era de conocimiento de su amante, era de armas llevar.

—Pero tú no querrás que perdamos no sólo nuestro prestigio, sino nuestros medios de vida. ¡Tú eres todo! ¡Tú eres el alma del Circo!

—Bueno, tienes que resolverte a llevártelo desalado. ¡Y basta!

—No lo puedo admitir.

—Y a mí qué me importa. Yo tengo que hacer aquí. Estoy enamorada...

El la interrumpió, furioso:

—Del gaucho bruto ese? Del viejo barbudo...

Ahora fué ella, quien con todo desprecio, le cortó la palabra, reprendiéndolo severamente:

—No manosees a quien está a cien codos por arriba tuyo! No te metas en mis cosas!, y continuó conformándolo, como si aquello fuera una cuestión aparte y, condescendiente, volviera a la prosaica realidad de una información relacionada con el negocio:

—Digo,—y óyelo bien,— que estoy enamorada de mi Academia de Danzas... Pudiendo anunciarte —entre paréntesis— que, aparte de unas riquísimas negritas, que nos van a ser utilísimas y que sólo por acá las podemos conseguir, están por caer de maduras dos "danzeuses" blancas, que van a ser una revelación y pueden acompañarnos en nuestra retirada.

—¿Y quiénes son?

—Para qué me lo preguntas, si lo adivinas?

—Eso es una razón de más para que vengas. Aquí la vida se te va a hacer imposible.

—Al contrario. Así es como eludiré responsabilidades. Hasta puedo asegurar que he roto mis relaciones con ustedes. Me quedo.

—Dime la verdad. ¿Tienes otro negocio entre manos?

—Eso es cuenta mía.

—Pero tú me habías prometido.

—¡Mentira! ¡Yo nunca te he prometido nada!

—En cierto momento me juraste.

—No recuerdo haber tenido jamás semejante mal momento.

—Sin embargo, cuando uno da su palabra.

—Como si tú —y todos los hombres— respetaran la propia.

—Yo...

—Tú te habrás ilusionado... Habrás dialogado contigo mismo. Eso es muy corriente. Además yo no quiero cadenas. Nunca me han gustado. ¡Cómo me las iba a remachar! ¡Y se acabó! ¡Me quedo! ¡Y bien, eh! ¡Me quedo bien! ¡Macanudamente bien!

.....

Al siguiente día, a la hora del almuerzo en el hotel, ella le solicitó a uno de los mozos, que la ubicara con una de sus amigas, en una pequeña mesa donde no sobraba espacio para Henry chico.

Este, que llegó unos minutos más tarde, restó perplejo cuando le indicaron un sitio que no le era habitual.

Se encaró con Lulú y exclamó:

—¡Cómo!

Ella le hizo el fácil juego de palabras:

—¿Cómo como? Eso lo resolverás tú.

Y agregó en voz alta, con el propósito que todos la oyesen:

—He oído decir que se marcha. ¿Para cuándo es la partida?

El aludido, dominándose, porque aún le restaban esperanzas de convencerla, trató de sonreír:

—Tout de suite, mademoiselle. Súbito, súbito.

—¡Por suerte!, se burló ella.

El se le aproximó con intención de aplacarla.

Reiniciaron su interrumpida discusión.

Primero en voz baja.

Luego, perdida la forzada discreción, elevaron el tono.

De pronto, ella, alzando más la voz, ante el asombro del público que llenaba el local, le ordenó, perentoria, con evidente grosería:

—¡Cállese la boca, cretino!

El, pálido, avergonzado, ofendido, se puso de pie.

Y la francesa, no sabiendo si temiendo ser agredida o resolviendo tomar resueltamente la ofensiva, le arrojó un plato lleno de tallarines a la cara y comenzó a transformar en proyectiles cuanto objeto arrojable se encontraba sobre su mesa.

Fué un pandemonium.

Intervinieron los mozos, se acercaron algunos comensales.

Alejaron al caballero, que había quedado a la miseria.

Contuvieron a Lulú, quien fué presa de un ataque de nervios.

El escándalo fué sonado y lo supo inmediatamente todo el pueblo.

Ella, a medio recuperarse, consideró oportuno jactarse a voz en cuello que se sabría ganar la vida y que contaba con la simpatía de la mejor sociedad de Sant' Agata y de Villarsa.

.....  
Ostensiblemente, mientras el Circo Internacional Sudamericano daba sus últimos espectáculos, ella hizo saber su desvinculación de la Empresa e inició la propaganda con relación a un "Gran recital de danzas clásicas y modernas", con el cual haría su presentación pública ante las cultas sociedades de las hermanas ciudades fronterizas.

\*\*\*

Clelia, aconsejada por su excelente corazón y su



fraternal afecto hacia la vasquita y llena de una entrañable y conmovedora solicitud, se preocupó por dejarla desalquilada de su angélico huésped llovido del cielo, y en la mejor disposición de ánimo.

La aconsejó que pretextara estudios y repasos y menudeara la frecuentación de su casa, donde debía quedarse alguna noche, a los efectos de no llamar la atención si los manipuleos de doña Nicanora le imponían guardar cama aunque fuera por unas horas.

Ella era dueña de un gran sentido práctico, que no le fallaba sino cuando intervenían sus arrebatos pasionales incontrolables, como un imprevisto remolino de viento.

En su apariencia frágil, de exterior calmo, quizás hasta frío, poseía una férrea voluntad indomable, que sin embargo no alcanzaba a ponerle freno al ímpetu de su sangre ardiente.

Por eso se había visto arrastrada hacia el Tito Albornoz que, a pesar de ser un inescrupuloso asaltante de cuanta pájara, —aún aves de corral o de cocina,— se le presentara a tiro, —no se dió cuenta que ella gustaba de él, sino cuando, inesperadamente, se la encontró entre los brazos.

La Caveirita, viendo que su "simpatía" no se daba por aludido, pese a sus arrumacos y carantoñas y a los obsequios consistentes en postres y dulces, que le mandaba con sus negritas sirvientas, resolvió enterarlo que ella se había dado cuenta de su pasión, preguntándole:

—¿Por qué no te resuelves a declarármeme, cuando tienes la seguridad de que te voy a aceptar?

Esto, expresado por entregas, bajando los ojos, suspirando, aproximándosele y terminando por confundir su boca con la de él, terminó por dar su fruto.

El Tito, como era natural que sucediese, colocado cómodamente en el suave tobogán, se deslizó a ojos cerrados.

Como todo lo demasiado fácil encontró un tanto desabrido el juego.

Ella transgredía la bien combinada comedia que empezó a representar Eva, cuando se tapó la cara en

la primera entrevista que tuvo con nuestro bisabuelo Adán.

En nuestro idilio le correspondió a nuestro representante masculino la actitud del cortejado con rendido halago y muestras de dulce vasallaje, que se alternan con impulsos que llegan al arrebatado que conquista y domina.

Por no encarnar torpemente el falso papel de enamorado, que no se adecuaba a su desenvuelto y un tanto ordinario y hasta descaradamente cínico trato, habitual con las que tenía tráfico y comercio, él, ni siquiera fingió.

Al fin, para la muchacha, ciega y sin posibilidades de discriminación, todo era lo mismo.

Ella adoptaría la dual posición.

Como en los monólogos de los ilusos en que las soluciones que se aspiran, se ofrecen a pedir de boca, ella se preguntaría y se respondería, con la matemática seguridad del fanático, que los hay como en las ideas, en el amor.

Superaría seguramente, sin falla alguna, cualquier inconveniente.

Jamás se podría soñar un galán más obsecuente; un enamorado más fiel; un adorador más apasionado.

No hay Julieta más llena de Romeo, que aquella que se lo inventa.

Aquellas improvisadas —y no por ello menos firmes— relaciones, probaron una vez más la escéptica teoría de que el amor es la suma de los factores antípodas de uno que quiere y de otro que se deja querer.

Además la muchacha tomó tan en serio sus funciones de protectora de una de las víctimas de su adorado tormento, que, deteniéndose en esa misión misericordiosa, dió en pensar si no la moverían impulsos enraizados en su misma pasión. Sus sentimientos la hubieran conducido a los mismos extremos, tanto por sus características generosas, caritativas, cuanto por el oscuro instinto de su inclinación a lo que tenía relación con el obsesor anhelo relacionado con el misterio de los sexos y de la generación. Otro punto le suscita-

ba una angustiosa duda: su nerviosa impaciencia destructora del fruto que hubiera deseado, desde lo más hondo de su ser, que hubiera brotado de sus entrañas.

Divagaba:

—Esto de formarse de la vida y esta probabilidad de su voluntario aniquilamiento, es fenómeno tremendo. ¿No sentirá eso el médico que tiene una existencia entre las manos —y no un paciente enfermo— y de pronto un terror religioso lo domina y le musita: —¿Mides tu responsabilidad?... Has dejado de ser un hombre cualquiera. Vas a tirar como a cara o cruz, una moneda, que en el anverso luce el rostro de la vida y en el reverso la máscara de la muerte.

Yo también experimento o voy a pasar por eso, se jacta, enfática.

Y como paso previo a sus próximos momentos trascendentes, visita a la clandestina comadrona criolla y, sin ambages, le plantea el asunto, dándole todos los detalles del caso...

Y recuerda su comparación de la moneda y lo conjuga con los intereses y el caso práctico y trata de enterarse del importe de los delicados servicios que ha ido a solicitar y contratar.

La negra vieja está fumando y atizando el fuego de un improvisado braserito de lata, sobre el cual sancócha su condumio.

Sonríe, entre los labios flácidos y los escasos dientes amarillos, mientras el pucho le humea en un costado de la boca:

—Usté, m'hijita, desdi-hace tiempo, me andaba pastoriando por esto, no?

—No, abuela, yo venía por que sí, no más. No era por esto, sino porque la quiero que le he traído una u otra cosa de regalo.

—Y yo se lo agradezco tanto, mi amita.

—Este caso ha sido imprevisto. ¡Cómo iba a saber yo que se iba a presentar!

¡Ocurrencia la de doña Nicanora!

Imaginar la posibilidad de que a ella se le ocurriera unir a los interesados, a Alicia y a Agésilao, y

precisamente al segundo, con quien fuese, y para fabricarle una clienta a la curandera.

¡Qué disparate!

¡Ella, constituyéndose en su propia enemiga, fabricando aquel acero alevé con el cual herirse!

Porque, en realidad y en conclusión, que era si no una puñalada, aquel desgarrón, aquella quemadura que le ardía en el alma?!

La negra vieja, con sus ojos cegatones, pero quizás videntes, la contemplaba y como si adivinase su interno tormento, estaba dándole un respiro para responder a su pregunta relacionada con sus honorarios.

Por fin, recalcando su reconocimiento, subrayó:

—Yo no soy una desagradecida... Yo le debo tanto a usté... Qué le v-i-a cobrar... Dispués yo, güena pobre... recibo lo que me dean... Preciso tan poco pa vivir. No teng'hombre... ¿Y pa qué?... Dos bocas y pa mejor sin dientes... La mía y la de mi Sultán...

Su perro, reumático, medio pelado, creyendo que lo llamaba, no sin cierto esfuerzo, se levantó de su puesto al sol y se le acercó, mcnecando la cola.

—Tese por ahí no-más, chicho, le ordenó ella.

—Bueno,—salió de su ensimismamiento Clelia,—vengo luego, a la siesta, con ella, para que la vea.

—Ta, aceptó la curandera, agregando:

—Cuantito saque-esto del fuego, voy a preparar unos cocimientos y unos emplastos. Y si esta misma tarde se puede hacer una güena caminata, aunque sea hasta el Sequeira, p'al atardecer podremos librarla.

—Mejor cuanto más pronto.

—¿La gurisa es fuerte?

—De fierro, agüela.

—Güeno y malo. Mejor y pior.

—¡Cómo! Eso es contradictorio y dubitativo.

—No sé si será bitativo, m'hija. Yo digo porque si es de güen corporal, prende más, pero el aguante, siendo superior, es un garante. ¿M'entiende?

—Clarito, rió la visita, que besó a la negra vieja y le prometió:

—A la una nos tiene por aquí.

—Ta, aprobó ella.

**D**ON Agesilao Albornoz se había criado en el campo —en la antigua estancia de los Albornoces— habiendo sido su niñez severamente controlada por una madre recta, severa, católica fanática, que había hecho construir en el establecimiento una capilla dedicada a la Virgen Santísima de los Siete Puñales. Se afirmaba que el conato de templo, autorizado y bendecido por el Arzobispo, llegó a celebrar una especie de misa, que consistía en ofrenda de humo de incienso y algunas reverencias ante la sagrada imagen y a entonar en coro algo así como el “Venid y vamos todos” y a rezar, por parte de la asistencia familiar y doméstica de ambos sexos, algún Padre Nuestro y alguna Ave María.

El jerarca de la Iglesia había sostenido que aquella desinteresada y pura manifestación de fe, no le hacía mal a nadie, conservaba un discreto simulacro del culto, al cual a menudo concurría alguna vecina beata y algún enfermo o lisiado que —tras sus fervorosas promesas— aportaban siempre bienvenidas donaciones para la Religión...

El viejo estanciero —en ese entonces el párvulo Agesiladito— era el que surtía la pila con dos centímetros de agua bendita, que, en una damajuana lacrada, les enviaba desde el Salto, el iluminado y furibundo fraile vascuence don Crisanto Lopetegui, —a quien lo nombraban López para abreviar y quien cobraba mo-

deradamente sólo diez pesos por los cinco litros del milagroso líquido.

El niño, más crecido, fué a completar su piadosa educación en una escuela de Jesuitas, en Montevideo, donde le vió todos los colores a la vida, consiguió un recuerdo muy edificante de su pupilaje en la Capital y a pesar de ello, hasta la fecha, resultó un excelente padre de familia.

Pero el desliz de la hija, que lo descompaginó hasta casi producirle un ataque a la cabeza y le hizo agotar sus maldiciones, hasta despejarle la visión sobre algunas realidades del mundo, entre las que se levantaban pidiéndole la bendición algunos ahijaditos sospechosos, lo cambiaron bastante.

Empezó a comprender que una cosa eran las apariencias y otra los hechos.

Y aunque contaba con su patente y su vidriera, sabía muy bien que tales elementos eran papel pintado.

Sin duda existe un mal momento en el camino transitoriamente oscurecido del comienzo del invierno físico...

Las piernas y otras demoníacas porciones curvilíneas de las que las dinámicas bailarinas del Circo eran pródigas y la amistad, de pronto, acentuada y acendrada, con el belicoso de don Napoleón, lo habían sacado de sus casillas.

Una noche,—entre una morena retinta y una rubia artificial, que le daban “el opio”, como en “La Verbena de la Paloma”,— se autocriticó, entre risas:

—¡A la vejez virgüelas!

Y ahí andaba con su compinche, sin que uno ni otro desconfiara del mutuo engaño, al disfrutar las succulentas mercedes de Lulú, a quien le sobraban amabilidades, mimos y sonrisas, más que para dos maduros paisanos, para dos jóvenes y nutridos escuadrones de ellos.

\* \* \*

La vasquita de Arrúa era sana y fuerte, como para no desmentir su raza.

Parecería que fuese del caso dejar su belleza de lado.

Pero es necesario mencionarla, dado que en ciertos ejemplares humanos, como en éste al cual nos estamos refiriendo, se manifiesta la impresión de que hermosura y fortaleza son un hallazgo de equilibrio y de consecuencia y vice versa.

Alicia era una belleza de salud y desde el ojo azul, límpido y brillante, al grana del labio, a lo sonrosado de la mejilla, a la blancura de la frente o del cuello o a la luz que parece emanara de la dentadura pareja y regular, toda ella daba idea de una normalidad física, que necesariamente había de producir tal dichosa perfección.

Quizás no le sobrase inteligencia.

También es posible que una hembra así no la haya menester, para ser madre, para fabricar hijos, para criarlos saludables y robustos Tal vez para esa correcta y noble misión no sea precisa.

Ni siquiera eso mismo, su beldad y su natural atracción, influyeron en Agesilao para provocar su inclinación hacia ella.

No se explicaba ni se importaba averiguar la causa de su capricho.

Le gustaba y a esto se unía la incitación y el acicate de la conquista.

La cuestión era hacerla suya.

No dejaba de apreciarla como preciosa.

Y en el saborear la expresión, al apretar los labios como si la mordiese y la gustara, se definía su sensación.

La evocaba, la recordaba así:

—¡Pr-reciiiosa!, alargando la ere, duplicando las íes y las oes, como si al pronunciar el adjetivo elogioso la sintiera en los labios, en un beso.

Pero ni eso mismo alcanzó para que se decidiese a entenderla como otra cosa que como un dulce y encantador objeto de placer.

Puede afirmarse que completaban el idilio de la Bella y la Bestia, con un saldo favorable hacia quien amaba y sentía, que no era precisamente él.

No en balde —aunque disimulara la razón de su decisión— a su amiga que le preguntó:

—No te parece que le avisáramos...

Le respondió:

—No. A los hombres no hay que molestarlos por estas cosas...

.....  
Cuando llegaron al rancho de la comadrona y saludaron, informando Clelia:

—Somos nosotras, abuela.

Esta se levantó de su enana silla de cuero y les dió la mano, reteniendo la de la "enferma" y, con el propósito de observarla, pidiéndole:

—Arrímesé más, m'hijita.

La chica se aproximó, sumisa.

En tierno gesto maternal, —aunque su mano flaca y oscura semejaba una araña sobre una rosa, acarició la porcelana purísima de su rostro, le apreció el calor de la frente, mientras alababa:

—¡Es una flor!

Luego, con ternura compasiva, le palpó el vientre y se dolió:

—¡Pobrecita, mi niña! ¡No tenga miedo, no v'a ser nada!

Con su paradójal teoría de que la robustez era buena y mala al tiempo mismo, opinó:

—Vamos a esperar un poquito; a preparar la cosa... Nu-hay que apurarse, no? Ta bien lo de los vareos, pero por lo menos dos día tiene que tomar, en ayuna, un cocimiento que le v-i-a dar. No tenga miedo. No son brujerías, como dice la gente lengua larga. Son raíces de guaycurú y de turuby, con un poquito 'e cepa, todo arrancaú en vierre santo y enfríau en tasa sin pecar.

Dispués la oración que yo digo es sagrada:

"Si querés, María,  
como manda Dios,  
yo quiero también  
como querés vos."

No excluía esa terapéutica un terrible purgante de aguardiante alemán y unas cataplasmas, lo más calientes que la paciente pudiera soportar, en las que se mezclaban unos cuantos yuyos más o menos inofensivos.

.....  
Clelia, para conservar el mayor secreto, debía actuar de ayudante. Su función —que por sus inclinaciones, desempeñaba gustosísima— consistía en sostener a su amiga, mientras la comadrona le sobaba los flancos del vientre y le suministraba una pócima tibia, espesa y oscura, que hizo arrojar a la víctima hasta las tripas.

Aquello entraba en la cuenta de la negra curandera, que sostenía que había que echar afuera todo, hasta las "yeles" y como había indicio de que la vasquita —aunque sin proponérselo— se resistía al total desocuparse, doña Nicanora resolvió ayudarla y la parturienta lanzó un grito y se revolvió, mordiéndose los labios hasta lastimárselos.

La muchacha se quedó pálida, como si se vaciara de toda su sangre, le transpiró copiosamente el rostro y se desmayó:

—Esto es usal, cosa 'e siempre, informó la partera aficionada. Nu hay qui asustarse...

—No hay parto sin dolor, sentenció, como si conociera la Biblia y empezó a cachetear a la víctima, para terminar por darle a beber agua con una gotas de "esencia maravillosa" y hacerla aspirar la emanación de un frasco de "agua florida", que tenía la etiqueta amarilla de vieja.

La operación fué feliz, pero la comadrona aconsejó la conveniencia de que esa noche no la movieran a la muchacha.

Clelia se hizo una escapada a su casa para avisar a su madre que por una obra de caridad, iba a acompañar y a cuidar un rato a doña Nicanora, que estaba con lumbago.

Antes de regresar cerró con llave la puerta de su habitación y pasó la noche con su amiga.

El vigoroso físico de Alicia, su salud a toda prueba, le permitieron recuperarse de inmediato.

La negra Aurora —que era de absoluta confianza— había ido a lo de Arrúa a “sacarle permiso” para quedar en lo de Caveira y fué quien ayudó a conducirla, casi en brazos, a la casa de sus patronos.

Como la chica de Caveira había salido en auto, al atardecer dejó a su amiga en su domicilio.

.....  
Hubieron todavía otros cuidados y otros trabajos.

Clelia estuvo en continuos viajes a lo de la vasquita.

Apuró sus meditaciones, sufrió sus tormentos y llegó a la tranquilizadora conclusión de que su abnegada actuación en el drama, era también una forma de amor y una manera de dignificar y ennoblecer éste.

No por eso dejaba de sufrir, aunque le parecía que se desdoblaba en una sensibilidad tan humana y tan amplia, que comprendía a los protagonistas del idilio.

Había —en ella— como en esos médicos apóstoles, que sufren y padecen por sus enfermos, una predisposición a sentir el dolor ajeno?

Lo curioso fué, que en una de las visitas que hizo a doña Nicanora, habló del asunto y encontró en la pobre y humilde negra desgraciada, un extraño matiz de esa propensión.

En la comadrona su menester tomaba aspecto de una función religiosa.

Su ignorancia, sus supersticiones, su simplismo, la hacían considerar lidia sagrada, aquel traer al mundo o hacer desaparecer todo vestigio de sus manipuleos.

Con los años quizás aquella sensación se le acentuó y llegó a conmover a Clelia, —que se forzaba a considerar casi insensible,— su expresión dolida:

—Los pobres angelitos...

Unos, a los cuales les abría las puertas de la vida; otros que, en una indecisa nebulosa interrumpían su trayectoria; los de más allá, a los cuales se debía cortar la existencia.

Y lo notable era que, tanto en ella, como en la mente de la oscura mujer del pueblo, se emparejaba ese impar destino, formando un paraíso de inocentes, de luces frustradas y de claridades de vivas sonrisas

Angelitos rubios, mulatos, indiecitos, negros, todos nacidos del amor y dignos del amor, hasta de quienes nunca, como ella, sintieron la divina dicha de la maternidad.

\* \* \*

La fiesta realizada en el Club Uruguay, para oficializar, si así puede decirse, la boda Caveira-Albornoz, fué deslumbradora. Quizás correspondería calificársela de caudalosa por los ríos de whisky y de champán, que corrieron garguero adentro de los invitados.

Se dió cita en el prestigioso centro social todo lo más granado, que lucía, pisaba y roncaba fuerte, de este y del otro lado de la Línea.

Fué un brillante acontecimiento memorable, que no varió un ápice el concepto que unánimemente se habían formado los asistentes y los ausentes, sobre la Albornocita alborotada y el buena filcha del Caveira chico.

Este último no desmintió su bien adquirido prestigio, pues se le fué la mano o el doblársele del codo y hubieron de sacarlo del sarao porque la emoción de la ceremonia y especialmente las inspiradas palabras del padre Florio, lo impulsaron a abrazarlo y besarlo con efusión conmovedora, que culminó en una réplica de lo que se hace en el fútbol frente a los campeones, invitando al público a vociferar y dándole el ejemplo:

—¡Por el padre Manflorio !¡Rrrá-rrrá-rrrá! ¡Rrrá-rrrá-rrrá!

El novel esposo estaba de atar.

Exaltado, eufórico, descosido.

No siéndole suficiente esa forma de dar curso torrencial a su entusiasmo, en brazos de dos amigos se encaminó al palco de la orquesta y propuso a grito pelado que tocaran “La cumparsita”, —“el himno nacional de los orientales!”— que invitó a corear, como así se hizo.

En ese simpático disparadero resolvió rendir un cálido, no que aguardentoso homenaje al 900 e instó a que se bailase el tango con corte y quebradas.

Las autoridades del Club se vieron en la imperiosa

necesidad de intervenir, dando su radical e inflexible veto a tales proposiciones, que estaban dando un cariz demasiado orillero a la aristocrática fiesta.

No faltó quien resistiese tal determinación y antes que se produjera un conflicto entre milongueros y tradicionalistas, quienes conservaban una pizca de serenidad y sobre todo de equilibrio, optaron por alejar del local al fervoroso cultor y evocador del repertorio y las costumbres de cierta mozada otoñal, que ostenta, con orgullo compadre, el galardón de integrar lo que se ha dado en llamar "la guardia vieja".

Como en andas, lo llevaron entre cuatro compinches.

Primero fueron a la farmacia y despertaron al boticario para que lo hiciera aspirar amoníaco, luego, no sabemos si equivocando la dirección, lo condujeron a la casa que tenían alquilada las bailarinas del Circo, donde, tras muebles que rodaban por el suelo, cristales que se quebraban y femeninos alaridos de espanto, tuvo que intervenir la policía para pacificar el convulsionado campo de Agramante.

\* \* \*

Lulú, habilísima estratega, había obtenido la más amplia protección de parte de su apasionado y rendido galán sesentón.

Veterana de esos romances equívocos en que se necesita andar con pie de plomo para que el protagonista no se aperciba de que tras las frases melosas y las emocionadas promesas no se encuentra otra cosa que el papel pintado de las habilidosas decoraciones, no dejaba de subrayar una aparente despreocupación por el dinero ni cierto aire aññado, que pese a no condecir con el cúmulo de sus carnavales, a él no desagradaba:

—¡Es una criatura!

Sin duda, en táctica probada, generadora de convenientes emulaciones, ella se adelantó a hacerle algún regalito, que a él lo llenó tanto de confusión como de agradecimiento.

Aquello halagó sumamente al viejo señor, que em-

pezó a convencerse de sus afirmaciones, rotundas y enfáticas:

—¡Por fin encontré el hombre de mi vida!

El "hombre"!, repetía ella, mientras con las dos manos suaves le mesaba la barba y se retiraba un poco para contemplarlo y repetir:

—¡Parecés un Dios de museo!

Don Napoleón se derretía todo y en las rememoraciones de los gratos momentos vividos en su compañía, decía:

—¡Pobrecita! Es una güena muchacha. Es un corazón di oro.

De oro es que soñaba forrárselo ella y a fe que se excedía, tanto en su rendida entrega como en su cautela desde que el canoso Adonis se hubiera conformado con infinitamente menos, pues, en realidad, por inverterada costumbre, sólo aspiraba a encontrar algo sólido entre sus dientes ávidos.

Mire que le costó ruegos y maniobras para hacerle aceptar aquellos cientos de pesos, que terminó por cedérselos —según ella en carácter de préstamo— hasta que los recuperase y se los pudiese devolver en el "Artístico Recital de Danzas Clásicas y Modernas", "con que Mademoiselle Louise Duprat, presentará el disciplinado conjunto de su prestigiosa Academia", como ya adelantaba la información del importante acontecimiento, el semanario "Expresión".

El director del periódico era un decidido partidario de tales manifestaciones de arte y sugería que la Intendencia Municipal, complementándola con una maestra de recitación, que impartiera también nociones de teatro, debía subvencionarla sin retaceos.

.....

En los planes de la profesora figuraba como punto importante e inmediato el alejamiento de Clelia de su campo de operaciones.

Cuanto más conocía a la muchacha se cercioraba que podía ser una peligrosa enemiga, pues notó que le era fácil ejercer un total dominio sobre su padre.

Estos viejos sensualotes, de no muy firme carácter,

y más en el filo de navaja de sus postreros arrestos, son víctimas de una marcada debilidad por sus descendientes femeninos.

Aunque puedan delinearse pruebas en contrario, las consideran un dechado de perfecciones y de virtudes, como así mismo de encantos y sin concebir que en esa inclinación puede concretarse un curioso fenómeno de narcisismo, que sustituye por su propia imagen la de la hija, las adoran como a una divinidad.

Culto sobrehumano, fuera de toda posibilidad de transformarse en posesión, —pues el sujeto es sagrado, quizás pudiéramos denominarlo tabú,— se erige en sentimiento elevadísimo, pese a su fondo de contenido sensualismo.

Doña Marciría no era más que una componente pasiva de la sociedad conyugal.

Abel, confinado en la soledad de los campos y si no enamorado esposo feliz, avisado sujeto que por más mareado que lo tuviera el alcohol, terminaría por descubrir que no era de despreciar la heredera Albornoz, que ya, por el engorroso y complicado casamiento, constituía una sustanciosa propiedad que estaba en su mano y en su interés asegurar.

Lulú, sagaz en las concepciones y rápida en los movimientos, podía maniobrar a sus anchas.

Y lo hacía.

.....

**A**PARICIO Saravia se iba criando entre tumbos y resbalones, entre caricias y rezongos.

Como era simpático y además sufrido, —casi como un hijo de nadie, preparado a lo que venga,— y vivaracho al extremo, instintivamente a cada uno se le descolgaba por el lado flaco y daba indicio de que el hombre iba a saber vivir.

Contaba con demasiados maestros para aprender bien una cosa y la vida, —con el ejemplo de su casa y de la calle, de la cual había que reclamarlo continuamente,— le iba moldeando el “vivo”, que es el pícaro español en versión criolla y era el permanente y atrayente ejemplo que tenía ante los ojos.

—Fulano la sabe hacer.

—A Mengano no lo encuentran nunca sin perros.

—Perengano “lo madruga” al que se levanta temprano.

En la escuela, su instintiva curiosidad de saber, de comprender, le impidió ser molesto con la presencia de la inquietud que lo caracterizaba fuera de ella.

No promovió muchas quejas y como el tata viejo —que en este caso no era abuelo— le surtía de vintenes el bolsillo, su generosidad de chico sano y bueno, le hizo a los ocho años un caudillito en miniatura, no sólo porque mandara y se impusiera a sus amigos y condiscípulos, sino porque era capaz de la dádiva del caramelo, del maní o de la figurita de los chokolatines.



Como lo vestían bien, fué presumido y si esa igualitaria y democrática uniformidad de la túnica blanca y la corbata azul de los escolares, continuase fuera de las aulas no se acentuarían esas diferencias, que Aparicio, inconscientemente empezó a cultivar.

Para mejor al viejo Caveira le había dado por sacarlo a pasear en algunas de sus habituales giras por los alrededores.

A don Napoleón lo llenaba de orgullo enseñarlo a sus copiosas relaciones femeninas, en algunas de cuyas casas se apeaba a tomar un mate, a prosear un minuto, a cambiar una broma con referencia al gauchito, que lo aparentaba ser hasta en su aspecto e indumentaria.

En efecto, el pergenio lucía, muy apuesto, su traje oscuro, de saco y bombacha, sus botas de charol, su cinto con hebilla de plata, su chambergo y su golilla tendida.

Así había ido un anochecer a visitar a la franchuta, como en oportunidades designaba a Lulú.

Las exclamaciones que arrancó a ésta el gaúcho en miniatura, son dignas de reproducirse.

Ella quiso colocarse a la altura de las circunstancias.

Con esa inevitable comprensión al revés, enriquecida por la propensión novelesca de aventura exótica que los distingue, no pudo evitar los lugares comunes de los europeos que, de los rioplatenses, se forman una idea absurda, disparatada y grotesca y no la modifican aunque la más antípoda de las realidades les rompa los ojos:

—¡Holá, el vaquero salvaje— ¡El gaúcho de las pampas! ¡Corredor de potros! ¡Cazador de tigres! ¡Coleccionista de las trenzas de las chinas! ¡Canejo!

También profirió algún ¡ahijuna! y exhibió ese pintoresco y extravagante lenguaje que continuamos oyendo en los altoparlantes de las radios, pululantes de camperos de calcamonía.

A esto agregó un diluvio de besos, que él ya estaba aprendiendo a recibir y a dar, por vivir entre gente muy afectuosa, cariñosa y expresiva y terminó por llenarle los bolsillos de bombones, los que, por otra parte,

correspondían a los galantes regalos de su amante de turno.

Me lo mareó al muchachito.

Y en una de esas también a don Napoleón, que estuvo pensando si no sería del caso poner al chiquilín sobre el moro y mandarlo solo a su casa.

Después de todo el gurí era de a caballo.

El mismo resolvió en contrario.

—No. Las mujeres son muy aspaventeras. Si lo ven llegar sin mí son capaces de darse un susto bárbaro.

Además que era preciso aleccionar al chiquillo, con referencia a esta última visita. Tenía que aprenderse bien la cartilla y en esa pedagogía dilató el lapso del regreso, convenciendo a su último vástago de la conveniencia de que no valía la pena el andar dando pelos y señales:

—De donde juimos y de donde no juimos. Usté dice: anduvimos por áhi, no? Llegamos a un lau, llegamos a otro lau. Qui abajesé y que tal y que se yo. Y los dulces estos, si le preguntan, eh?, si le preguntan, usté dice, muy serio:

—Ah, estos me los compró mi tata viejo en la confitería...

Si empiezan a refistolear y se percatan del olor de estrato, que cuando lo abrazó y lo besó, le dejó la señora rubia esa, usté cuenta que jueron cosas del barbero que me sirvió a mí y a usté l'echó un miñanguito de ñapa.

—¡Entonce no digo nada?, recalcó el chicuelo.

—Esu-es. Esu-es. Es lo mejor. Q'en boca cerrada nu entran moscas. Pa qué uno v'andar hablando al cuete. Dispués uste sabe, no?, las mujere son las mujere.

—Si, tata, afirmó él, hombreándose con el padre, suficiente, envalentonado con la confianza que alcanzaba a descubrir se depositaba en su discreción.

\* \* \*

Preciado, sensible y característico ejemplar de la especie, Dalina era femeninamente débil.

Llegaría a ser una de esas mujeres ejemplares, todas sonrisas, rubores y azucarada ternura, que ignoran

que existe ese terrible imperativo tiempo del verbo ir, que a veces le paraliza a uno las extremidades y lo envuelve en el tremendo deseo de encontrarse veinticinco metros bajo la superficie de la tierra.

Jamás nadie la había apremiado con un: ¡Vamos! Pero debía presentir la invitación al viaje, porque ya en inconsciente e inmanente guardia, estaba siempre pronta para realizarlo.

Ya asistimos a aquel juego de niñas en los prolegómenos del proyecto de Clelia de transformarse en bailarinas.

Ahora está con el pie en el estribo en la inminencia de volar la pierna, de dar el salto sobre el potro de la aventura.

No dice:

—¡No!, resuelta, decidida y enérgica.

No se opone:

—¡No! Cómo voy a ser tan inhumana e insensible como para abandonar a mi adorada madre.

Ha sentido la bocina del auto en el cual su amiga la aguarda y ya está pronta para obedecer el llamado y no sabemos si su mente, su alma o su carne, traba los papeles y cuando debe salir en puntas de pie, sin que su madre la sienta, se desmaya, como si le tocara caer en brazos de un galán apasionado.

Fracasa como comediante.

Es lo peor que le puede acontecer a una chica.

Se le puede tolerar que confunda un no con un sí y un sí con un no.

Eso, si el segundo en discordia es un buen director de escena, se corrige en un santiamén.

Pero la irresolución y la sordera ante los gritos del apuntador:

—¡Mutis! ¡Mutis!, son inadmisibles.

Desde la calle, con una insistencia que en el silencio de la mañana, llega al escándalo, suena y suena repetidamente la bocina del automóvil.

—¿Qué diablo es eso?, averigua, irritada, doña Macusha, que tiene que abandonar una costura de urgencia, para indagar la razón del impertinente llamado.

Cuando la obesa señora llama a su hija y obtiene la llamada por respuesta y se asoma a su cuartito, con la nueva pregunta de:

—¿Por qué no me contestas?, se encuentra con su niña tirada en el suelo, de espaldas, con las ropas revueltas y con el sombrero puesto.

Lo primero que se le ocurre es que se ha cometido un crimen y se pone a temblar y a gritar.

Luego se aproxima a la chica y trémula, ahogada, con un miedo terrible, la observa, lleva su mano al pecho. No ve herida ni sangre. La sacude:

—¡Dalina!

Repuesta a medias, corre la viuda por una palan-gana, que llena de agua fría y vuelve y se acerca a la yacente y mojado en el líquido la punta de sus dedos le salpica el rostro con una lluviecita fina y helada que obliga a la desvanecida a entreabrir los ojos, a perder la mirada en el techo de la habitación y, continuando en su mal interpretado papel, a preguntar:

—¿Dónde estoy?

—En tua casa minha filha, le contesta compungida su madre, que, de improviso reacciona violenta y conteniéndose de darle una bofetada al descubrir de golpe una cantidad de elementos sospechosos; indagatoria, los enumera:

—¡Ora isto! ¿Y tú, vestida? ¿Y de sombrero? ¿Y con los zapataos nuevos? ¿Y ese auto llamando? ¿O qué quer decir isto? ¡Pero vas-me a volver louca? ¡Habla! ¡Fala! ¿Qué sucedeu? ¿Qué ha sucedido?

La dama se atropella, confunde y mezcla los idiomas.

La chica, en un desconcierto de alucinada, "caída de las nubes", se sienta, indecisa, con una sorpresa bobalicona y de pronto rompe a llorar, desesperada, no sabemos si porque le fracasó el proyecto, arrepentida, o porque ve derrumbarse su sueño, su deslumbrante intento de fuga.

Severa, con sus brazos cortos, que apenas si le dan para aquel menester, buscando cruzárselos sobre el pecho exuberante, doña Macusha ordena, impone:

—¡Habla!

—¡Mamai!, silabea la misera y gimiendo e hipando entre sus lagrimones, lo cuenta todo, con lujo de detalles.

La costurera ha estado inflando los carrillos y frunciendo la boca, entre resoplidos y tic nerviosos.

Cuando enmudece la informante, como ya no tiene por qué contenerse ni corresponde que lo haga, se adelanta y le aplica un par de sonoros moquetes a su descendiente, que con tales remesones está a punto de perder el equilibrio.

La señora, roja de indignación hasta el blanco del ojo, condena:

—¡El par de cabras! ¡Las señoritas! ¡Muy lindas señoritas! ¡Yo les quemaría la cola con un fierro caliente!

La muchacha cae de rodillas, abatida la cabeza, desgonzada.

Ella también, pero con las manos juntas, en acción de plegaria, porque siente la necesidad de agradecer a los personajes sagrados de su devoción, que, indudablemente, tiene la absoluta seguridad, han intervenido para que no se consumase aquel horrendo estropicio.

—¡Es un milagro de la Virgen de Fátima!, grita exaltada y rompe a rezar en desatado fervor, casi a gritos, quizás segura de que así la van a oír allá en el cielo y van a tener en cuenta su devoto agradecimiento.

Su hija, compungida, tocada de ardor místico, arrebatada por el contagioso celo fanático de su madre, entre el ahogo de sus sollozos, une su voz suplicante a la acción de gracias.

.....

Se le ocurre, con lógico sentido común a la señora, que es imprescindible comunicar a los familiares de Clelia, la desconcertante novedad.

Por otra parte, en relación con sus actividades profesionales, debe terminar un trabajo de urgencia.

—¡Primero los amigos!, resuelve firmemente y corre a colocarse un tapado sobre la ropa de entrecasa y se encasqueta una gorra, hasta con una pluma, para tomar un aspecto más serio y solemne, que instintivamen-

te entiende debe adoptarse cuando se ha de cumplir una tan grave misión.

Exponiéndose a rodar por ella, baja a prisa la escalera de su casa y cuando va a salir, recuerda que deja sola a su hija y tiene que volver por la llave, para ir tranquila al dejarla encerrada.

Es distante lo de Caveira.

Trota ratonil y se agita y sofoca doña Macusha, que sabemos que es pingüe y posee piernas cortas.

Sus emociones contribuyen a acentuar un inusual estado, que la vuelve un tanto sonámbula, hasta no reconocer a sus relaciones con las cuales se cruza en el trayecto y dialogar consigo misma, ensayando —hasta en voz alta— desechando o aprobando los discursos que le será preciso desarrollar ante sus visitados.

Mide y aprecia la importancia, tanto como las dificultades que tiene que salvar para transmitir a los parientes de la chica su incalificable acción, cuya inconsciencia o desparpajo estuvo en un tris de arrastrar a su propia hija.

Dubitativa, no termina de resolver cómo iniciará la conversación.

Quizás lo más prudente sea dirigirse al dueño de casa.

Llega por fin a la residencia de don Napoleón.

Sofocada, sin haber tomado una resolución, en un titubeo que le embrolla aún más las ideas, entra preguntando por el patrón.

Una negrita le informa:

—Ta nel escritorio y le abre el camino:

—Pase, doña.

Don Napoleón de pie en medio de la sala, aunque le han anunciado la visita y hasta quizás suponiendo que debe ser un error de la criada, pues qué iba a tratar con él la brasilera?, embebido en la contemplación de un retrato de "Mademoiselle", no se percata de su presencia, pues la visita, apocada, intimidada, entra sin ruido.

Está convencida de que aunque haga el mayor esfuerzo no podrá emitir una palabra, pesando sobre ella

el temor de que se le atribuya una culpabilidad que, por cierto, no la alcanza.

Emocionada, comienza a tartamudear y cuando él retira de sus ojos ligeramente cegatones, la fotografía de marras, la costurera, en un impulso solitario de jefa de familia, termina por abrazarlo, con relativo éxito. Esto porque su exigua estatura hace que apenas le alcance con la cabeza el pecho, contra el cual él la ve apretarse.

El barbado señor, al cabo del hecho —evidentemente inexplicable— la siente convulsa, caliente y sudorosa.

De todas maneras, caballeresco, retribuye la demostración afectiva y la estrecha parsimonioso, mientras se le escapa un asombrado:

—¡Güe!

Y para no perder la oportunidad y el entrenamiento, agrega algunos besos a la inesperada efusión.

\* \* \*

El Circo, moviéndose por sus propios medios, emprende el camino de Melo.

El elemento femenino, embarcado en ferrocarril, combinará en Peñarol con el convoy que va a la capital de Cerro Largo.

El Henry joven que, acompañando a Clelia, vuela en avión hacia Montevideo, habituado a toda clase de trapisondas internacionales, desde el contrabando de piedras preciosas hasta el de estupefacientes, viaja, según los documentos presentados a Pluna, con la Profesora de Danzas, Mademoiselle Louise Duprat.

Ella, tanto como para despistar desfigurándose algo, como por coquetería, se había teñido el pelo de un dorado fulgurante; válida del "rouge" se fabricó unos labios más carnosos —precisamente como los usaban las estrellas cinematográficas en boga,— y con un verde impresionante se había decorado llamativamente los ojos.

Pasarían dos días en la Capital, tras los cuales ella se instalaría en un hotel de confianza, mientras su aparente esposo tomaría el camino de Melo, reintegrándose a sus actividades.

Habían solicitado dos habitaciones con puerta de comunicación y ella, en primer término, fría y secamente, le previno a su socio:

—Mis funciones de Lulú, terminan en el pasaporte y en las obligaciones que me crea mi cargo de directora del cuerpo de baile, cuando éste se halle bajo mi responsabilidad.

El no dejó de sorprenderse y preocuparse del tono cortante y preciso, que se rubricó con un lacónico:

—¿Estamos?

El repitió, automático:

—Si... si... si... Estamos... Estamos.

Se reconcentró en un rapidísimo balance de sus actividades. Revisó su estrategia de conquistador, pues entraba en sus cálculos una corte por todo lo alto, dentro de la mayor discreción y lo suficientemente ambigua para, en el caso necesario de una retirada, realizarla con honra, ya que no con provecho.

Como en todos estos casos no existe bípedo de nuestra especie que no se considere apto para una conquista en regla y por consiguiente adornado con los atractivos físicos y las excelencias dialécticas de un don Juan, corregido y aumentado. Por lo consiguiente, él también se asignó el galardón de eso y mucho más.

Con todo, examinó la situación:

—¿Habré metido las de caminar? ¿Me habré excedido?

Dado que su epidérmico análisis retrospectivo no le permitía superar su indecisión, a pesar que transcurriera un lapso de segundos, la chica continuaba mirándolo, como si hubiese descubierto el personaje del ni fu ni fa.

El consideró oportuno ratificarse:

—Ni una palabra más.

El Henry segundo, en la acepción corriente de la expresión, era un correcto, gentilísimo caballero y bien mirado no dejaba de ser apuesto y elegante.

Como ella expresó que necesitaba estar sola para arreglarse, pues tenía el propósito de salir, él le preguntó a qué hora podría volver a buscarla para cenar,

ya en un restaurant del centro, en el Parque Hotel, donde aún se sucedían los bailes de disfraz del interminable carnaval turístico o en Carrasco, donde continuaba abierta la ruleta.

Del almuerzo no hablaron, como si esa necesidad fuera secundaria y vulgar y no entrase en sus relaciones sin intimidad.

Henry insistió rogándole le marcara hora para su regreso.

Ella indicó:

—Las cinco... Pero al instante, con femenina volubilidad, se rectificó: A eso de las seis, para poder dar una vuelta antes de la cena.

El, despidiéndose, saludó correcto, protocolar, excediéndose, como para corregir alguna mala impresión que pudo haberle provocado.

Clelia lo que procuraba era quedarse sola.

Tocó el timbre y a la camarera, que acudió de inmediato, le ordenó un refrigerio, que consumió, maquinalmente, tirándose luego en la cama.

Su cabeza se volvió un maelstrom de pensamientos.

Aquella fuga, aquella evasión, la obsedian desde sus candorosos quince años, cuando uno de los peones, un lindo y vigoroso mulato escultórico, a quien ella siempre sonreía con admiración y simpatía, se había introducido en su habitación, donde, descubierto de inmediato, fué muerto de un tiro por su padre.

Era una siesta cálida, vibrante, de sol que crepitaba como si estuviese poseyendo la tierra, las casas, los follajes, el mundo total. Zumbaban los insectos, cantaban las chicharras y todo aquello era como un arrorrió que propiciaba el sueño de los seres, que se dijeran abotagados.

Ella, en su cuartito en penumbra, enhebraba sueños inconexos, imaginaba amores románticos, con sacrificios ejemplares o pasiones arrebatadoras, que se llevaban todo por delante como un huracán, mientras, cubierta sólo por levisimas ropas, se abanicaba con una ligera pantalla de palma.

Había sentido y alcanzado a percibir como se en-

treabría más la puerta entornada y alguien descalzo, sigiloso, entraba, pidiendo silencio en un ansia sofocada:

—Schiii... schiii...

Luego, como en una caricia, oyó su nombre:

—Clelita...

No sin una curiosa sorpresa y cierto miedo, que en vez de aterrorizarla, la excitaba, contuvo la respiración.

El asaltante conocía el terreno; lo había estudiado bien.

Se orientó hacia su cama.

Un vaho caliente, vivo, animal, la envolvió.

Las manos de él, nerviosas, torpes, la acariciaron. La quemó su aliento.

Una boca ávida, húmeda, temblorosa, afiebrada como una ventosa de fuego, succionó su boca.

(De ahí, posiblemente, había sacado su afición a besar con tanta reiteración e insistencia, a su hermano, el Aparicio Saravia).

Ella se había desmayado y el mulato no había tenido tiempo de más.

Cuando se avanzaba sobre ella, don Napoleón, que lo había seguido, lo había sacado de una pata de sobre la cama, donde cayera como una bestia ebria de celo, y antes que reaccionara, a quema ropa, le perforó la cabeza de un balazo.

Ella despertó, a punto de enloquecer y huyó, horrorizada, dando gritos, como un fantasma maneado y desesperado, salvada y frustrada de una tremenda realidad, en la cual descubrió una extraña cara a la vida.

El dueño de casa, que erigiéndose en guardián de sus fueros, no hacía más que ejercer su autoridad natural, aquietó el revuelo de los habitantes de su propiedad, que estaban bajo su tutela, colocando su:

—¡Pobrecito! Que Dios me perdone, lo tuve que castigar. Era lo menos que se merecía...

...Como si la justiciera decisión hubiera sido tomada violentando su voluntad.

Luego dispuso, mejor, ordenó:

—¡Aquí no ha pasado nada! Al perdulario del Quinquinha lo arrastran en un cuero y lo ponen en el gal-

pón entre cuatro velas. Me lo miden pa saber el tamaño del cajón. Después yo arreglo esto.

Para ser más fieles, —como se dirigía a la servidumbre abrasilerada—, aseguró:

Despois eu arranyo isto, pero nos ha parecido mejor traducirlo.

Luego mandó ensillar su moro y salió a caballo, pasando por la Iglesia, donde habló con el padre Florio —siempre es bueno estar bien con Dios— para luego ir a la Jefatura, donde con el Jefe Político y de Policía, que era su amigo, se resolvió que Joaquín Souza, su peón, limpiando un revólver, sin darse cuenta que estaba cargado, inadvertidamente apretó el gatillo, con la consecuencia de que el goloso mulato, en el parte del Comisario de la Sección y en su partida mortuoria, figuró como suicida involuntario.

Y el señor feudal resolvió que no tenía por qué darle entrada al remordimiento en su conciencia.

.....

Después el borbollón de su sangre ardiente. La urgencia de develar el misterio tras desconocidas sensaciones, las lecturas excitantes, el divagar disparatado y novelero con las adolescentes de su edad, la complicaron en sucesivas escaramuzas, con la culminación de su combate, al mismo tiempo victorioso y con un regusto a derrota, con el pescuezudo del Tito Albornoz.

En una complicada inclinación, con no sé qué de impulso de burla de su figura, de su nuez de Adán, subiéndolo y bajándolo como esa burbuja de los aparatos que para nivelar usan los albañiles y, con una pueril ternura, que cerca suyo la emocionaba, continuaba perdiéndose enamorada de su iniciador.

Tales antecedentes, que oscilaban desde las filosas aristas de la tragedia, al juego cínico del Tito, que ni siquiera engañaba, porque parecía no sentir sino lo menos digno y elevado de aquel ir de los brazos blancos y mórbidos de la vasquita a los suyos, cálidos y flexibles como lianas, se le volvía un galopar de imágenes cinematográficas en la mente.

De pronto pareciale que veía a su amante como a un hijo.

Luego de su ducha caliente, en el sumario y mínimo atuendo de una bañista a la moda, está peinándose, maquillándose, perfumándose.

En tanto divaga vertiginosamente.

La lucha de su sentido práctico y su impulso vital; el contraste de su natural sensatez y su impelente ansia de dar libre curso a sus sensaciones o sus arrebatos, tienen necesariamente que hacer crisis frente a las alternativas del asedio,—rendidamente galante, sumisamente respetuoso, pero de una incesante persistencia, merecedora, por lo menos, de tenerse en cuenta,— que está soportando de parte del empresario del Circo.

Tentada está de hacérselo notar en tono de sorna, expidiéndole un certificado de constancia, marcándole un puntaje con vistas a una clasificación final.

Entretanto, con orgullosas pretensiones de rangos y categorías, le afloraban encocorados pujos, a los cuales “el gringuito atrevido” había de rendir culto y acatamiento.

Luego reía, autocriticándose:

—Se lucía la aristocrática señorita —avatares de los Pascoaes— que huye de su casa acompañada por un extranjero desconocido y luego, con aires de superioridad, exige reconocimiento y vasallaje a sus apolillados pergaminos.

Tonterías.

Como puedo resolverme a rechazarlo.

Y menos así, en este juego que, en el fondo, me divierte.

Y en una de esas me encanta... y... y me agrada.

En resumidas cuentas, haré lo que a mí se me antoje.

Lo que se me antoje.

Y ya se envalentonó:

—No me manda na-die... Ni siquiera Agesilao.

Si, porque quién lo mete a ser idiota! No se ha ganado el derecho de alternar en mi vida o en mis caprichos.

Bueno es hacer constar que ella está muy lejos de las iniciales reivindicadoras del sexo. Sin embargo, experimenta la misma actitud de combativa violencia de quienes temían que no les reconociesen o negasen sus fueros.

A momentos la quemaba dentro un insoportable ardor de celos.

A esto sucedía un como resquemor de odio y de desprecio al Tito, por su vituperable encanallamiento, en aquel frecuentar los remendados arrabales y no titubear en revolcarse con la más arrastrada y greñuda china de rancho.

Pero en ese torbellino de desencontrados sentimientos, que parecía iban a arrasarlo todo, se alzaba una fuerza de instinto, no sabemos si maternal o quizás visceral, que sin dejar de lado su amor, la inclinaba a su vocación, factor preponderante y sin duda responsable de su migración.

La calificamos así, quizás como corresponde denominar a un ciclo en que, tácitamente, se reproduce el ancestral llamado de los remotos viajes de las tribus, que marchan fatídicas y seguras, hacia las tierras ricas de agua y abundantes de hierbas para sus ganados y de pieles para sus dientes.

Grito telúrico, en que hablaba la vida, el cual aún ha de despertar el ansia irresistible de marchar al encuentro de la aventura o de la promesa.

Quien nos dice que un día toda Villarsa y toda Sant'Agata inicien hacia la selva uno de esos desfiles apretados y firmes, uno de esos éxodos heterogéneos, procesión de hocicos, pezuñas y testuces, que pintó magistral y maravillosamente la pluma de Rosny, en su "Conquista del Fuego"?

Ella —salvaje civilizada—, ahora, transitoriamente, estaba en la humeante, hirviente y feroz jungla de calles de cemento armado, de rebosantes bebederos y comedores distinguidos, de rascacielos vulgares, de polímeros, eléctricos avisos luminosos y de hediondo aire, donde se mezcla la atmósfera sucia, el deletéreo relente

de la muchedumbre y el agrio olor de la nafta y de los aceites minerales.

\* \* \*

Clelia con sus magníficos ojos verdes, iriscentes como con un chisperío de luces y su serpentino cuerpo de marfil, coronado por el dorado resplandor de sus cabellos —lirio con pistilos de oro— a pesar de la poderosa naturaleza que la constituía, daba la impresión de un frágil animalito de lujo, con algo de artificial.

En repetidos ejemplares de chicas modernas se manifiesta —subconscientemente— esa posición que las lleva a extremos excesivos, sin correspondencia o relación con la realidad.

No lo piensan; no lo expresan, pero se les vuelve un estado de conciencia el jactancioso, enfático y un tanto agresivo concepto de una libertad, que está a la defensiva, erizada de prevenciones.

Bajo su influencia actúan sin controles y nortes responsables, en abierta pugna con los cánones morales que la sociedad estima como su severa ley intransgredible.

Esta misma imposición propugna y estimula las rebeldías como un placer de espíritu travieso, burlón y hasta vengativo, en una actitud de desobediencia, de violar preceptos de los cuales íntimamente se hace mofa.

Estas desaprensivas viajeras de la vida se dijera que llegan a una comarca desconocida en la cual preguntan:

—¿Cuáles son las respetables costumbres que cultiváis?, sencillamente para no obedecerlas o atentar contra ellas.

Había un amor.

Agesilao... (Cómo le resultaba ridículo el nombre, que podía ser simbólico y tener de interesante su demoníaca amenaza).

—Bah!... Lo que a él se le importa.

¿Qué representaba para él?

Una distracción momentánea, saltuaria. Un plato más o menos sabroso, en una extensa y heterogénea lista.

¿No merecía el castigo de una traición, aunque fuese privada, ignorada, sólo para su satisfacción personal?

¡Si el Tito fuera como debía ser!

Ella hubiera querido, no solamente que él la prefiriese sino que la acaparara, que la guardase celosamente, como un perro a su presa, mostrando los dientes hasta a quienes pasaran indiferentes ante su trozo de carne, que tenía que suponer era codiciada.

Le falta a su amante el serlo realmente, el imponerse, el dominarla, ¡el dominarla! El ser, el ser el amo, dulce y tirano, tierno y duro a la vez. Capaz de una orden, de un grito y tal vez —¿por qué no?— de una zamarreada o de un bofetón...

¡Vienen tan bien, a veces, en su oportunidad!

¡Cosas de hombre!

El italiano era un merengue.

La divertía.

La halagaba.

Tan entregado, tan rendido, tan blanduzco.

Natural que fino y comedido, como el "cavalier-servente" de una graciosa comedia de Goldoni.

Y con una técnica estudiada, sutil, habilísima, que lo que poseía de malo era de que ella se la descubría por arriba de la ropa.

Imitando al hindú con la serpiente, la adormecía como una serenata de Tosselli.

Le susurraba bellas frases, aunque con demasiado caramelo.

Hortera del comerciante señor Cupido, enumerando las excelencias de su mercadería, hacía el amor entre suspiros, juramentos y tremendos arrebatos verbales, que por poco terminaban en gorgoritos, como una desesperada y gemebunda canzonetta napolitana.

Sin embargo, le gustaba aquello.

Con caídas pasatistas parecía asistir a una ópera lírica, espectacular y pintoresca, que sólo se le volvía real cuando su galán, rodilla en tierra, le besaba las manos con la heroica insistencia de quien aplica repetidos fomentos calientes.

En algún momento, por allá por las entretelas de su conciencia, en una rebelión anti cursi, le surgía un radical y resuelto:

—¡Basta!

Pero la resolución se le diluía en un alzarse de hombros:

—Bah!... Y al fin y al cabo... Son experiencias...

Sonreía y resolvía... o no resolvía nada, dejándose arrastrar por la apacible deliciosa marea del amable flirteo.

Su pensamiento, en un segundo de aventura onírica, viajaba por ignotas riberas, cuyos paisajes se sucedían deleitosos e innumerables, haciéndole rica y compleja la existencia... Y no los resistía.

Salta de ello a su huída, al mundo que ha dejado tras suyo, a la deserción inexplicable de Dalina, de cuya adhesión estaba tan segura... Y aquel su compromiso —del cual podía desligarse en el momento en que se le antojara— de incorporarse a la farándula.

Rió entre sorprendida y confusa de tal desenredarse afiebrado de proyectos e imaginaciones, inherente al iluso pensamiento humano, que podría atribuirse a una candorosa persistencia de una mentalidad infantil, que no quiere abandonarnos e insiste en ofrecernos la varita mágica que, milagrosamente, todo lo puede.

Su actitud, —de ayer no más...— en versión prosaica, era el haber vivido la fábula de la lechera...

De pronto veía los fragmentos del cacharro roto.

En conclusión: el Circo; las danzas "artísticas"; el pintoresco cargo que se había asignado, de probable directora del cuerpo de baile de las muchachas de los aventureros Henry; su entusiasmo por los laureles de los éxitos, los triunfos, el eco del aplauso de las multitudes, que ahora las descubría inconscientes y semi-analfabetas... Le mostraban la perspectiva de un miraje, de una de esas alucinaciones de los viajeros muertos de sed en la fragua ardiente del desierto...



No había tal gloria ni tal vocación ni tal entusiasmo...

No sentía realmente aquello.

Se había auto engañado, auto exaltado, auto ilusionado, como una chiquilla...

O como aquel poeta, compañero de liceo, que se excitaba mientras narraba uno de sus estupendos argumentos y deslumbraba a su amical auditorio con hallazgos maravillosos, con originalidades sorprendentes, que nunca se concretaban en sus realizaciones.

Ella, sencillamente, lo parodiaba y lo repetía, quizás probando que en el cerebro, como en el cielo nocturno se ha de dar ese resplandor del dedo luminoso de la estrella errante que dibuja una graciosa trayectoria que no deja rastros.

Toda esa sed del desierto, toda esa fuga de luz del meteoro, no eran otra cosa que el buscarse y el encontrarse, pero en lo que la constituía substancialmente y espiritualmente.

Cualquier factor podría hacer olvidar —momentáneamente— o postergar su realización.

Quizás si tuviese a Dalina al lado, pensase de otra manera.

La desertión de la amiga, dejándola sola, desamparada, sin un tierno apoyo femenino, contribuía a abrirle los ojos.

Afortunadamente aquel incontrolado y demente impulso que la arrancó de su medio, le permitió liberarse de él, pero para regresar más conscientemente al mismo.

¡Lo que hubiera tenido que pasar en la trashumanía de la carpa circense!

Tampoco eso le hubiera importado desde el punto directo y físico.

Tenía entereza y carácter para enfrentar cualquier prueba, peripecia o contratiempo.

Pero a qué arriesgarse y jugar una partida que no le iba ni le venía, si no era eso lo que buscaba y perseguía!

Ahora tenía la sensación de que comenzaba a pisar un terreno firme

No la colocaban las circunstancias contra el muro de una indecisión, una disyuntiva o un dilema.

No.

Sintió en su interior una renovada y firme decisión.

Que el Henry —y todos los Henry del mundo— prosiguieran su trayectoria.

Natural que aquellos despegados títeres de su escenario le eran indiferentes.

Por otra parte, había que enfrentar el momento presente, había que soportarlo, había que vivirlo, especialmente porque no era una amenaza, sino una esperanza.

Desde allí iba a partir el iniciarse de su auténtica vida.

El Henry era quien ahora se ilusionaba, improvisaba el tema del romance, desarrollaba el argumento de su novela y construía sus castillos en el aire.

Es posible que resolviera tomarse una sabrosa y completa venganza de su versátil Lulú.

Rió:

He de simular que no me doy cuenta de nada. De todos modos... Al fin y al cabo es un buen mozo. Un "churro", como tan idiotamente se usa decir ahora.

Juguemos con el ratón.

¿Y quién nos dice que de pronto se nos ocurre cambiar los papeles y los trabuquemos y en el enredo de una metamorfosis él se vuelva el gato?

Pero conmigo —¡si quiero!— no valen artimañas ni garras.

No lo creo, —como dirían nuestros criollos,— con uñas para guitarrero.

Insistió en la burla:

—Puede ser que sepa templar...

Allá veremos.

De alguna manera hay que llenar el tiempo.

Ella es ave —aunque no incauta avecilla— y digna de ser cobrada por quien, con su vulgar sabiduría, el refrán italiano repite que "é cacciatore".

Volviendo la oración por pasiva, no se excluye que

el cazador puede ser cazado, pese a que el Henry, que no es ningún zonzo, va a estrechar la corte en la natural insistencia de quien no sólo no se considera vencido, sino que se estima con dotes para el triunfo.

En la iniciación el caballero fué inhábil e infeliz. Cambiará de táctica.

Reiterará el ataque, al que la interesada por adelantado, le está encontrando soluciones que quizás no lo defrauden.

Para eso —en las Evas— un fondo, entre milagroso y supersticioso, les reduce o les transforma los problemas en acertijos y contradicciones de encantador juego de azar, a los pétalos de la margarita, de un sí o un no, de un cara o cruz.

¿Sol? ¿Número?

Ellas son así.

—Si él adivinase, concluyó.

En ese instante, unos nudillos, más tímidos que indecisos (esto en la imaginación de Clelia) llamaron a la puerta.

—Se dijera que me hubiese sentido, racionó.

En la absoluta convicción de su visita, interrogó:

—¿Quién? ¿Qué hay?, mientras corría a echarse sobre la espalda un salto de cama de seda finísima, de un desvanecido color verde azulado, que hacía apropiado juego con su piel de nardo y su dorado cabello.

Una femenina voz, solícita, comedida, demandó:

—¿Se puede, señorita?

—¡Qué chascos le da a una la imaginación!, concluyó ella y dió su anuencia:

—Adelante.

Era la camarera, cargada de envoltorios y paquetes, que contenían preciosidades y significaban la forma caballeresca con que su amigo, casi socio y adorador, se hacía presente.

El tipo se producía a la alta escuela.

Sabía hacer las cosas.

¡Qué finura!

\* \* \*

Desde las flores, pasando por las golosinas, hasta

las chucherías elegantes, elegidas con irreprochable buen gusto de antiguo dependiente de tienda.

Un ramo de preciosas y valiosas orquídeas, de un rojo que se desvanecía en lilas; una bella bombonera de porcelana de Sevres hasta firmada y, en una caja, cuidadosamente atada con cintas y con su respectivo sello dorado, un moderno y originalísimo conjunto —en un hermoso verde “mar”, el color de moda del momento— de echarpe, cartera, guantes, cinturón, collar y zapatos.

—No falta más que el “culotte”!, le chispeó la malicia... Prenda que quizás le agradara vérmela puesta.

—Sin broma, continuó: Un exquisito y costoso obsequio de Su Alteza el príncipe don Alí Khan Henry II?

La chica de servicio, con la doble explicable curiosidad de mujer y la inherente a su oficio, se había quedado a contemplar el lento descubrirse de aquellas preciosidades, lanzando exclamaciones de sorpresa y admiración:

—¡Qué divino! ¡Qué regio! ¡Qué rico que debe ser el señor!

Luego con esa especial campechanería femenina, que salvando distancias —aunque la camarera no dejaba de ser respetuosa— solidariza a las mujeres, singularmente cuando de sus prendas, adornos y minucias se trata, la muchacah se animó a indagar:

—¿Es millonario?

Un inevitable pujo de vanidad arrolló a Clelia como una aplanadora y muy suelta de cuerpo, afirmó:

—¡Pischt! ¡No sabe lo que tiene!

—Y tan joven, eh? Y buen mozo! Parece uno del cine. Hailbar Nank, por ejemplo.

Y se atrevió a más:

—¿Es su novio?

Inmediatamente quiso atenuar el exceso de entrometimiento y se disculpó:

—Perdone señorita; uno se mete en lo que no debe.

Clelia respondió con una naturalidad que hasta a ella misma la sorprendió:

—Sí. Es mi novio.

Fué por su cartera y al alargarle a la encandilada muchacha una succulenta propina, indagó:

—Está abajo, ¿no?

—Sí, señorita. En la sala de lectura, escribiendo cartas... Parece que cartas.

Bien. Dígale al señor que suba.

LA oveja volvía al redil.

Como la aplicación de la frase clásica no corresponde al sexo del sujeto al que lo aplicamos, tendríamos que modificarla, diciendo que el carnero regresó a sus carriles.

Nos referimos a Abel Caveira.

Luego de sus dilatados y aburridos meses campesinos, había llegado a esta conclusión de irrefutable lógica:

Lo mejor es lo mejor.

Su magín tardo y opaco no manejaba abstracciones, como no celaba telarañas metafísicas. Era un tipo de dos más dos son cuatro. No tenía vueltas, porque por todos lados era lo mismo. En materia de ideas y, con relación a ellas, de formas de gobierno, era apolítico. Eso no obstaba a que poseyera su corazoncito. Respecto al "fóbal", por ejemplo, era capaz de irse a Montevideo en avión, a gozar y sufrir las emociones y los sabores o la satisfacción de un clásico, de un partido entre Nacional y Peñarol.

Concluyó que no le convenía terminar de romper el equilibrio de su envidiable situación.

Estaba en la posición del ama de casa a quien se le cae de la mano el decorativo y valioso plato antiguo, de porcelana finísima y en vez de tomar, airada, los fragmentos y arrojarlos por la ventana, se aplica a recogerlos y los ajusta prolijamente y con pegalotodo los

une con habilidosa paciencia y continúa usando su preciosa pieza de adorno.

Tenía que arreglarse, y definitivamente, con su mujer.

Aprovechó la coyuntura del escandaloso revuelo que produjo la desaparición de Clelia.

—Tú me tienes que perdonar todos mis disparates y deschavetamientos. Tú tienes que hacerte cargo de mis locuras. Muchachadas al fin. Ignorancias. Uno con la juventud se lo lleva todo por delante y empieza por no respetar lo más sagrado: el amor de una mujercita dulce, noble y buena, como eres tú. Es que uno es inconsciente. ¡Las barbaridades que hace!

Mirá, no voy a tomar más!

Voy a pensar.

Te voy a colocar en el puesto que mereces.

Y luego, lo principal, cómo le vamos a proporcionar este inmenso disgusto a tus padres y a los míos... A los míos también, con lo que les ha sucedido con esa loca brava de mi hermana! ¡Pero mire que se necesita no tener cabeza, ¿no te parece?

Entre tanto había deslizado el brazo por la cintura de su mujercita.

Esta intentó eludir la caricia.

El insistió, definiendo su apresamiento.

Tenaz, la muchacha forcejeó y en un frío tratamiento de indiferencia, silabeó:

—Dejemé, le digo!

—¡Cosita d'él!, la mimoseó el pícaro y la atrajo contra sí.

La resistencia empezó a ceder como un muelle que se oprime, pero que está armado para un rechazo violento, pero Abel, comenzó a hablar persuasivo mientras la acariciaba como a un niño.

Menudeaba los diminutivos más absurdos, lindando intimidades entre amorosas y procaces, consiguiendo encerrarla en el doble círculo de su abrazo y de una retahíla de ternuras, promesas y juramentos, que terminaron por emocionarla y llenarla de confusión al sentirse vencida y entregada.

No sabemos si lloró por su debilidad o su descubrimiento o por que se le derrumbó de golpe sobre el alma la avalancha de los recuerdos, pero de pronto un llanto incontenible la volcó sobre el hombre.

El la arrastró hasta un sofá y la besó.  
Se unieron sus labios.

Un instante —sin tiempo— ambos olvidaron todo.

Ella, su resentimiento; lo que temía fuera un fracaso de su vida; lo que había sufrido.

El, su existencia crapulosa, su inutilidad y su superficialidad, su misma actitud actual, que se dignificaba al quitarse el atuendo con que se había trajeado para jugar un vulgar paso de comedia.

Como si fuera el corazón que se lo dictara, viniéndosele a la boca una de las frases de su padre, compasivo, le susurró:

—¡¡Pobrecita! Llore, m'hija; llore! ¡Desahuguesé!

Y ella sollozaba; dejaba correr sus lágrimas, en la esperanza de una segura dicha invariable o conformándose, fatalista y resignada, con un gris y opaco destino.

.....  
Rosalba redacta una ingenua epístola ilusa, donde da curso a su contenido sentimentalismo de chica que conserva a flor de alma su enamoramiento y no le cuesta esfuerzo alguno revivirlo.

Abel, no más complicado, pero si más calculador, cauto, mide, ya que es difícil que piense, lo que dice.

Se fuerza a expresarse como persona seria y sensata.

Cañonea la posición enemiga para ablandarla y encontrar camino andado para la hora del ataque final.

\* \* \*

A pesar de todas las precauciones y rodeos que tomó la comadre Macusha para evitarle una inconveniente emoción, la inesperada y tremenda noticia anonadó a la madre de la fugitiva.

La conmoción de su sensibilidad, agudizada por su precario estado físico, que le tenía el alma como en carne viva, fué dolorosamente terrible.

Pero había otro aspecto en su personalidad, que, por la importancia que ella misma le prestaba, se dijera

capaz de adquirir inevitable primacía. Derivaba de la arraigada convicción de su categoría, de su casta, de su familia, de su raza. Ella era una de Pascoaes, una descendiente de antepasados vulnerables en extremo en su orgullo, que ahora se sentía humillado y abochornado. Especialmente cuando aquella tamaña vengüenza le venía trasmitida por una persona para ella inferior, casi una empleada como era la costurera. Pese a ser comadre, como a pesar de ser Don Napoleón Caveira su marido y amarlo y considerarlo, siempre era uno del montón, aunque de él se hubiese enamorado.

Sufría, pero al mismo tiempo experimentaba un vengüen que le hería otras fibras que no eran las de la carne y las del espíritu, sino la de un concepto de superioridad, de excelencia de seres elegidos, hechos para mandar y estar por sobre los demás.

Descendiente de una antigua estirpe portuguesa, monárquicos de los de allá, cuando la colonia se transformó en Imperio, su bisabuelo se retiró de sus altos cargos y huyó lo más lejos posible, a sus posesiones en nuestra frontera.

Por aquí murió, dejando esa altiva tradición, que ella conservó aunque disminuía con su unión con aquel bello y viril ejemplar del tropero, que, la hizo madre de dos hijos, quizás descastados, porque no sentían y no querían saber de aquellas antiguallas.

Ella se había refugiado en la religión y había bendecido su enfermedad, que la aislaba de todo y la substruía al ordinario comercio con la gente.

Ahora, para contrarrestar la disgustosa sensación, intentó orar y no salía de dos frases, que menudeaba como una obsesa:

—¡Ave María Purísima! ¡Dios mío querido!

Como si la bruma que aquel duro golpe hubiera provocado en su mente un vórtice de olvido, hubiese devorado toda otra idea, todo otro pensamiento.

Terminó su calvario en un agudo ataque de asma que exigió la presencia del médico, a quien se llamó de urgencia.

.....

Don Napoleón, que luego de haberse enterado filosóficamente de la caprichosa resolución que había tomado la hija, de acuerdo con doña Macusha dispuso que ésta —“con tiento, no?, medio como quien no quiere la cosa”...— enterara a su mujer de la novedad, fué rápidamente informado de sus consecuencias.

—La pobre! El golp'es medio fuerte.

Pero como opinaba que él, en el cuarto de la enferma no servía para nada y lo que iba a hacer era estorbar, aguardó, con su cigarro y su mate, que se sucedieran los acontecimientos.

Llegó el doctor con su caja de instrumentos y medicinas.

Se fué el doctor, alargándole la mano e informándole y recomendándole:

—Un acceso. Felizmente pasó. El corazón inquieta un poco. Hay que evitarle las emociones.

A lo que él, mientras se llevaba la mano al pecho, contestó y prometió.

—Usté tiene una mano santa. Ta güeno si la cosa jué así. Por lo de más, de mi parte, pierda cuidau.

Y tras un lapso prudencial se acercó al lecho de la enferma, que estaba pálida y aún agitada por su crisis y entró de lleno en el problema:

—¿Qué me decís?

Ella tenía tanto que decirle; tanto que echarle en cara por su condescendencia, por su despreocupación, por su “manga ancha” que, en el fondo no era un defecto, sino una característica, una manera de ser, un sentido de la vida, que podía admitirse equivocado, pero era lo único que poseía, que había vivido y quizás heredado.

Con lo que se había “remediau”, como explicaría si lo llamasen a un arreglo de cuentas.

Tragándose con las lágrimas ese cúmulo de justos reproches, temblorosa de emoción, la enferma gimió:

—¡La hemos perdido!

—No, refutó él con firme convicción. Estas son cosas de la vida. La muchacha es un poco bastantazo no-

velera. Y muy ella, no? En cuantito se espine los talones, se v' acordar de los zapatos.

—No interpreto; no sé lo que quieres decir.

—Que no bien la apriete el hambre, en cuanto extraña, cai mansita... Como bicho en tiempo 'e seca, valga la mala comparación.

—¡Pero su buen nombre! ¡Su reputación! ¡El apellido! ¡La mancha que echa sobre él! ¡El apellido!

—¡Güeno, mancha! Tuavía hay que ver. Hay que aclarar.

—Me extraña que tú también no te desesperes.

—Yo soy de resuello más largo, puedo quedar más tiempo abajo 'el agua.

—Entretanto, ¿qué esperas? ¿Qué averiguaste?

—Según la Dalina se debió ir en el avión. Se preguntó allá. Ellos desmienten. Y de la estación —vos sabés, todos lo conocen a-úno- aseguran que no viajó nel direto a Montevideo ni en el de Treinta y Tres.

—¿Informaste a la policía?

—No, no. Nu es menor; nu hay que meter a l'autoridá.

—Como tú eres amigo del Jefe Político, no sería bueno hablarlo?

—No. No vaya a ser q' esa gente agarre pa chanchas moras y la ponga presa!

—¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza! ¡Qué bochorno! Y en un pueblo tan chico, donde todo se sabe!...

—Habría que impedir que fuera corruto... Pero cómo si hace? Ya está hecho el barro... Es güeno que ahura ella sienta el rigor... Hay que dejarla...

—Pero tú encaras el caso como si se tratara de un varón.

—Mirá, hablando en plata, yo no sé la diferencia qui hay entre macho y hembra. Las mujeres andan y se gobiernan solas. Tienen plata, fuman, toman en los cafeses, usan el pelo como nosotros, se ponen pantalones; qué sé yo.

Y después, ella su carácter lo tiene.

—¿Entonces?

—Hacer el menor ruido posible. Dejar que pase el tiempo, que rellena zanjas y hace olvidar eventos.

—Pero hay que buscar al culpable. A los culpables.

—¿Culpables? Juera d'esos enriedos con Agesiladito.

—No. Es otra cosa. ¿Quién le puso, a ella, eso en la cabeza?

—Vaya a saber.

—¿Y esos bailes? ¿Y esa mujer?

—¿Qué mujer?

—La francesa loca esa... Esa extranjera, que a mí nunca me ha gustado nada.

—Extranjera, está bien... Pero loca, no se puede decir.

—No es otra cosa. Esa del Circo. Ella lo debe saber. Y como ella no se fué.

—¡Ah! ¿Te anoticiaron?

—Todo se sabe.

—Se fueron todos.

—Menos quien puede ser la responsable.

—No tenemos que olvidarnos que Clelia ya es grandecita, como pa saber lo que hace, no? Pero eso queda por mi cuenta. Yo v-i-a indagar. Y v-i-a-hablar con el Jefe, que como decís, es mi amigo. ¿No te parece? No pa denunciar, se entiende.

—Si. Para no sacar nada en limpio, porque para esas cosas no hay penas ni castigos.

—Y tal.

—Y entre tanto nosotros pagamos las consecuencias. Sufrimos en nuestro sentimiento y en nuestro decoro. ¡Nunca hubiera esperado eso de una hija mía!

Y la señora, con harta razón, vuelve a sus lágrimas y lamentablemente también a sus angustiosos ahogos.

Don Napoleón llama por teléfono.

Lulú, medio dormida aún —recién son las once de la mañana— lo tranquiliza con respecto a ella.

El comienza a imaginársela mientras escucha su conversación, que entremezcla con arrumacos y gracias en las que se hace la nena y le sientan como a un Cristo un par de pistolas, pero que a él lo seducen

hasta el punto de que le promete pasar a verla cuando vaya a la Jefatura.

En realidad, del vuelo de la paloma, Mlle. Duprat no sabe nada.

La desconcierta la novedad y como por su cuenta trata de investigar al respecto, se pone furiosa y, no es para menos, cuando un Comisario, con la mayor de las gentilezas y a título confidencial —porque las autoridades se han enterado del hecho— le ruegan explique el curioso fenómeno de que Pluna la haga figurar entre su pasaje, mientras ella permanece en Villarsa.

—Yo no lo puedo entender, se asombra ella.

Y disimula la rabia que la acomete contra el sinvergüenza del Henry que le ha hecho aquella broma pesada.

\* \* \*

Fué inevitable la divulgación del inesperado viaje de Clelia.

Para darle visos de un vulgar suceso familiar, era preciso propalarlo con la mayor naturalidad y no negarlo.

Se le previno a doña Macusha, que en lo que atañía a su caso personal, en relación con su hija, se refiriera a una coincidencia del día de partida y que ni siquiera iban a utilizar el mismo medio para alejarse de la ciudad.

La niña de Caveira se fué en avión.

A Dalina se le frustró la partida en ferrocarril.

Además debía limitar sus informaciones —muy reservadas— a una acusación a los empresarios del Circo, que intentaron, sin éxito por cierto, engatuzar a su hija con las mentiras de un porvenir deslumbrador, que era notorio se reducía a un vivaqueo nómada por pueblos y ciudades y a una inverecunda exhibición incalificable, con tendencias a un vergonzoso libertinaje.

Estas instrucciones y aleccionamientos derivaron de una conspiración de las matronas de la Congregación de la Buena Muerte, a las cuales, con su autoridad indiscutible, manejaba e inspiraba don Florio.

Con las manos libres, luego de la retirada de los

hermanos Henry, en defensa de la moral y las buenas costumbres, si no descalabradas, un tanto maltrechas, sobre cuyo destino había cerrado un ojo demasiado tiempo, tenía que reaccionar y atacar.

El argumento fuerte y eficaz hubiese sido la inermemente pobre niña de Caveira, carente de religiosidad, sacrificada a sus extravagancias y a sus pujos de modernidad, arrastrando en su fatal caída a la hija de la costurera.

Pero él era realista; tenía que estar bien con doña Marciria, no porque la dignísima señora pasara por tal crisis moral y se hallase en tal lamentable estado de salud, sino porque poseía predicamento en la mejor sociedad bien pensante del medio y quizás era el más sólido puntal económico de la Iglesia.

No había, pues, que dar alas a las sospechas y a las habladurías.

Por lo contrario, rechazarlas y enérgicamente.

Ya prepararía él algún sermoncito adecuado.

Quizás ni así se acallaran los díceres y las suposiciones, que tejerían novelas a cuya trama se agregarían nuevos capítulos a medida que fuesen deslizándose de lengua en lengua.

El disponía de la versión oficial.

La haría valer.

La impondría.

Clelia, con la anuencia de sus mayores, aunque de incógnito para evitarse despedidas y demostraciones —era tan discreta y modesta— se hallaba en las capitales del Plata continuando su carrera de medicina.

Tal y cual como lo repitieron los periódicos.

En efecto, "Expresión", en la rúbrica "Ecos Sociales", bajo el título "Viajeros", informaba: "Para Montevideo y Buenos Aires, en una de cuyas universidades ingresará, para continuar sus estudios, partió la distinguida señorita Clelia Caveira de Pascoaes, que permanecerá largo tiempo alejada de nuestro medio. Auguramos el más franco de los éxitos a una de nuestras más calificadas conterráneas, que nos manifestó que no regresará al seno de nuestra sociedad hasta conseguir su láurea. Conociendo su inteligencia y su amor al estu-

dio, la despedimos con toda confianza, seguros de su éxito".

\* \* \*

Doña Purilina con su esposo, a quienes no se les puede ocultar ningún secreto de familia, desde que ahora la integran, vienen a lo de Caveira como a una visita de duelo.

Doña Marciria, extenuada, un ataque se le iba y otro le venía, los recibe en su habitación, en cuya atmósfera pesada flotan los olores de los yuyos medicinales con que se hace sus vahos.

Sentada en la cama entre una montaña de almohadones, renueva su angustia y acentúa su pena, en contacto con la conmovida solidaridad de su amiga.

Mientras don Agesilao, —que busca a su compinche,— saluda y pide permiso para retirarse de la habitación, porque allí no se puede pitar, las señoras continúan con sus ceremoniosos cumplidos interminables y con sus reposados comentarios sobre el suceso que a una tan directa y a la otra —sin duda también hondamente— las ha tocado.

Ellas no pueden explicarse por qué Dios, que vela permanentemente por todas sus criaturas, se ha encarnizado con sus miserables existencias y las castiga con una despiadada crueldad.

Ellas son dos buenas damas chapadas a la antigua, que cumplen todos los preceptos de su sagrada religión, a la cual le dedican, como a sus pobres, sus respectivas limosnas. Perdonan o disimulan y toleran los errores y los defectos de sus semejantes, hasta los de sus propios maridos y sin embargo...

Los hijos no empiezan nunca a dar las satisfacciones, que no como compensación, sino como satisfacción y reflejo de la dicha de ellos, se aguarda humanamente.

—Uno no termina nunca de padecer por ellos, se duele la enferma.

—Es, le hace eco su amiga.

—De pequeños exigen cuidados y atenciones; preocupan por sus enfermedades, por su educación...

—Y no digamos de grandes, mueve la cabeza la visita.

Callan.

Seguramente están evocando esa difícil y peligrosa etapa de la adolescencia, en que empieza a chisporrotear el demoníaco fuego de la libido y arden las almas en celestes sueños o en incendiados arrebatos y ya se les vislumbra el porvenir en una fatídica trayectoria que los halaga, los mimas o los hiere y los favorece o castiga en ciego e inconsciente reparto de triunfos y derrotas o de incoloros, anónimos destinos, sin explicación ni sentido.

Las madres madres, las de corazones bien puestos, siempre en vela, siempre alertas, siempre vigilantes; paragolpes de todos los contratiempos; paño de lágrimas de cuanta pena los lastima; consolación desconsolada de cada uno de los sueños frustrados, de las tristes ambiciones que se esfuman, resultan sus víctimas.

Se condolían y se compadecían entrambas en un monótono gimoteo inacabable, porque también traían a colación los padecimientos y contrastes de conocidos y amigos.

Por suerte se interrumpió la melancólica cantilena, porque surgió el tema siempre actual y oportuno de las enfermedades y sus curas y sus complicaciones.

Natural que en esos flagelos injustos, en general, predominaba una inexplicable fatalidad.

El mal sólo debía castigar a los malos.

Y no era así.

Cuanto perdulario, cuanto cachafaz, cuanto pícaro, gozaba de excelente salud, en contraste con honestas, nobles y ejemplares personas a quienes dolencias persistentes y horribles sufrimientos postraban y aniquilaban, como si una misteriosa condena las señalasen para aquella miseria, aquel suplicio y aquel calvario.

El caso de la misma señora Marciria.

—¡Esas enfermedades!, que son como la lotería, comparó eficazmente la visitante.

—Exacto...

El susodicho tema, que no le va en zaga al del tiempo, recurso indispensable para colmar los espacios



baldíos del inocuo prosear de nuestros prójimos y en el que se flocean los más retardados ingenios y las más áridas imaginaciones, animó a nuestras pacatas hermanas.

—Pero no hay que desesperar. Todo se remedia con el favor de Dios...

Y surgían las informaciones sobre los asombrosos casos de curas o de mejorías, no producidas por la ciencia oficial, por los doctores, sino por ese milagroso don sobrenatural manejado por sublimes poderes ignotos, que con su invisible presencia nos están dando pruebas tangibles que hay otra vida, otro mundo, otro alentar, de linaje, por imponderable, imperceptible e inasible a nuestros rudimentarios sentidos; superior a ellos.

Nos lo enseñan —pensaban nuestras matronas— las manifestaciones, esas si evidentes, innegables, de nuestra sagrada religión.

Las visiones, los estigmas, las apariciones; esas extrañas voces que vienen de lo alto y oyen sólo los iluminados, encontrando y dándonos consolación y paz, esperanza y consuelo.

—¡Ay, doña Purilina!, suspiraba la una, traspasada de misticismo y emoción. ¿Verdad que a eso podríamos llamar avisos celestes?

—Así parece que se llama eso..., aprueba la oyente y agrega, humilde:

—No somos nada...

Y luego como para situarse en una compasiva equivalencia, susurra su voz:

—¡Ay, doña Marciria!, todo está en manos de la Providencia.

—Si. Es vana toda esta pretensión de los hombres de querer resolverlo todo con su ciencia, con sus descubrimientos, con sus novedades.

—Es. Lo que no lo mejora una oración, una misa o una santificación, no lo mejora nada.

—Natural.

—Son los designios del Altísimo.

—Lo dice, ¡y cómo lo dice de bien!, el padre Florio.

—El pobre, tan bueno, tan sensible, tan comprensivo.

—Es una monada.

—Por eso no hay que desesperar: todo se remediará con el favor de Dios.

(Trasladado el problema a un diálogo entre don Agesilao y don Napoleón, apenas si difería un milímetro el nítido concepto que sobre la divinidad tenían nuestros conocidos:

—Dios l'óig'amigo.

—Mientras no tenga el oído tapau el hombre.

—Y si lo tiene, jurgúñeselo con un palito...

—Entonces m'escuchará... si el palito no se quiebra).

Insistían las damas:

—Ellos sabrán mucho. No se lo voy a negar. Para eso se han quemado las pestañas, estudiando. Pero ya ve... prueban esto; experimentan aquello; usan lo de más allá y frasquitos y gotas y pildoritas y unguentos y polvitos y una siempre en un ser, no es?

—Mientras la misma doña Nicanora, sin ir más lejos, con tuyos, tecitos y oraciones, ¡las curas que ha hecho!

—Pero de la negra vieja esa se cuentan algunas cosas...

—Lo que puedo asegurarle es que no hace nada por maldad.

—Si es así.

—¡Es una santa! Y es muy religiosa.

—Entonces está bien.

—Siguiendo con el tema, no sé si habrá llegado a sus oídos lo del coronel Coimbra da Fontoura, que vive en Itaquí... Es estanciero, es rico, no precisa, atiende gratis... Y esto es lo que más les duele a los que lo niegan y lo persiguen... Natural, la gente le hace regalos. Bueno. Cura todo y sólo pasando la mano... Tiene una Virgen maravillosa, milagrosísima... Y usted ni habla, que él ya sabe lo que tiene, lo que le duele. ¿Y qué le recomienda? Yuyitos no más, que todos conocen. Les hace unas cruces. Le ordena unos rezos a la Virgen y pronto!

—Vea.

—¡Milagros! Verdaderos milagros. Hay gente que ha ido con muletas y ha vuelto caminando.

Naturalmente hay que tener fe.

A los que no tienen fe ni los recibe.

—Fe de las dos, no?

—Cómo de las dos? ¿Qué dos?

—Fe en Dios y fe en el Coronel

—Justo

—¿No halla?

—Sí. Es así.

Y doña Marciría vuelve a toser y ahogarse.

Y doña Purilina, como cree que corresponde y lo encuentra adecuado al momento, se santigua.

\* \* \*

Sublime equilibrio de las providenciales compensaciones.

Las rodillas en tierra, las manos juntas, los ojos en alto, el alma ascendiendo por la escalera de las plegarias.

Es justo, tanto como necesario y oportuno que por aquí se ore, se hagan sacrificios —hasta económicos, entregándole la plata al cura, patentado representante de Dios en la tierra— se disciplinen, ayunen, cumplan retiros espirituales y, por cierto, no los pecadores, sino los bienaventurados.

Los otros, conmovedores equivocados, para quienes es necesario reservar toda la piedad, toda la tolerancia y toda la caridad cristiana, continúan mordiendo la manzana, atiborrándose de sustanciosos manjares, embambuzándose la boca con la miel de los besos sensuales, temblando en las llamas, por ahora voluptuosas y acariciadoras del divino fuego del deseo.

Y mientras, el ejército de diablillos, diligentes y picarescos, corren subrepticios con las esquelitas amorosas; transmiten por los hilos del teléfono la madeja del "embroglio" galante o susurran secretos en el sonrosado caracol del oído femenino y llevan los ojos del "marido" a pasearse por las marmóreas turgencias de los escotes, por las curvas seductoras, por las pantorrillas ilícitas o transportan carradas de suspiros para que

las adolescentes, las esposas solitarias y las viudas, desterradas del Paraíso, puedan hincar sus dientecillos ávidos en la succulenta y exquisita respostería de los sueños.

Entre tanto todos los don Florio aleccionan a los millones de ángeles de la guarda y a los innumerables querubenes, castos y bien pensantes y a la espesa caterva de vírgenes y a los nutridos batallones de los santos, para que maniobren, persigan y den batalla y se mezclen en horrendos combates, en riñas cruentas con los demonios enemigos, que no ceden, que no cejan, que no se declaran vencidos y con la virtud que Satanás les ha dado —como dicen los cuentos para niños— cabalgan los glóbulos rojos e insuflan ímpetu dionisiaco a los genes de mis negros, de mis indios, de mis mulatos, de mis chinitas, de mis pardas, de mis blancos, de mis rubias, de mis morochas, de mis viejos y de mis jóvenes y furiosos y alegres, persisten e insisten, en la bella, terrible, furibunda, placentera y triste guerra de los sexos.

Esa deleitosa refriega de mi mundo en ascuas.

Esa universal conflagración que está ahí, aunque pretendamos ignorarla, aunque no queramos verla, sentirla, reconocerla, darle beligerancia, comprenderla y amarla.

¡La Vida!

\* \* \*

Galopa el tiempo.

Enciende resplandores juveniles en unos ojos; atenua fulgores en otros.

El arado de los años insiste en cavar surcos —que la vulgaridad clasifica como arrugas— en los rostros, en los cuales, disimuladamente, siembra sus seguras, fértiles semillas, la muerte.

Pero los días son iguales.

Y las noches y los cielos y los astros.

Y los hombres.

Fiel a sí mismo, el paisaje apenas si se transforma.

Se cambian algunos trastos del escenario.

A veces, sus figurantes.

Naturalmente que sin explicación, orden ni concierto.

El director de escena tanto acierta como se equivoca y en lugar de un viejo se lleva un joven o viceversa.

En el escenario de nuestro patio donde reina una calma apacible y una agradable temperatura otoñal, don Napoleón y don Agesilao toman mate, lo asientan con alguna cañita y llenan su tiempo con una partida de truco hasta el dos.

Prosean de vez en vez.

Y no se olvidan de mentar a la francesa del Circo, a quien su amante oficial le dice familiarmente la Lulú y a la cual Albornoz, a quien le está gustando bastante, cada vez más, llama "la carcamana esa".

Los consuegros hablan de los hijos matrimoniadós y como ignoran que en el fondo les "cuadra el coincidio", esto es, piensan lo mismo, se tantean cautelosos, con el temor de dar pasos en falso que descompongan una combinación que satisfaga a ambos.

—Qué amolar con los muchachos...

—¿Cuálos?

—Lo novios, pues.

—Y, bien estarán.

—Hjé. ¿No le parece que cuando la penitencia es larga se vuelve carga?

—Y habrá que alivianarlos.

—Al fin y al cabo, no?

Hacen suposiciones, proyectos, discuten amicalmente sobre su porvenir, que les preocupa desde que son muy novatos y es preciso encaminarlos... Descubren que ese problema urge.

Y:

—Me lo sacó de la boca, confiesa uno u el otro cuando surge la proposición:

—Sería tiempo de hacerlos venir...

.....

Las trenzadas de truco se repiten.

Los estancieros —bien podíamos también poner los gauchos— están al partir de un confite.

Es que el día anterior terminaron por llamar a la pareja desterrada.

Un propio ha partido la noche antes, a revienta caballo, como es habitual en esos casos.

La carta que lleva, invita a los esposos a que regresen de inmediato.

La presencia de los muchachos va a hacer mucho bien en la casa, especialmente a doña Marciria y más ahora, que, según las informaciones recibidas de los interesados, se han disipado las nubes que enturbiaban su cielo, dejando brillar en toda su plenitud la clásica luna de miel, que apenas si había lucido con dilatadas intermitencias.

—Es así, dice don Agesilao, cantando flor.

—Suerte, no?, comenta don Napoleón, quien, meticoloso, aparta los tantos correspondientes del grupo de los porotos blancos que se aglomeran al lado de su contrincante.

Como en un rápido recuento confirman el fin de la partida, que termina por beneficiar con la victoria al visitante, éste cree de su deber, atribuyéndolo a su buena fortuna, más que a su habilidad, retomar el tema que la pregunta de su amigo dejó en el aire.

—Raridá lo de la suerte en verdá.

—Cosas que uno no entiende.

—Si; tal.

—Eso se da en el juego y en todo.

—Y también en todo hay trampa.

—Es así. Y por eso es q'és de advertidos el no meterse en juegos que no sean de inteligencia.

—¿Qué son?

—En los que no dentra la matufia... La taba cargada o el naipe marcau.

—Y en amor, amigo?

Le brillaron los ojos al barbado, que entendió que debía responder con una franca risa, que encontró eco jovial en el preguntón malicioso.

La negrita, descalza, silenciosa, que es una luz oscura que parece flotar en el patio, va y viene con el mate.

Las recias voces varoniles se redondean nítidas y claras en la mediada mañana límpida.

Desde su jaula, gime, lírico y saudoso, un sabiá.

Se siente algún grito de vendedor ambulante.

El diálogo de los hombres:

—Deben venir por la Cuchilla.

—¿Quién?

—Los gurises.

—Ajah! Eso es. Camino fiero.

—Es.

—Y más con las lluvias.

—Van a estar aquí pa el mediodía.

—Puede.

**S**IEMPRE es un bellissimo poema el iniciarse y florecer de un amor, aunque éste se desarrolle al margen de las prescripciones legales y las correctas y respetables costumbres que impone la sociedad.

Un impecable y perfecto idilio se estaba desarrollando, quizás con una no habitual premura, porque por una parte existía demasiado combustible e imaginación y por la contraria o favorable, cierto apremio característico de persona ocupada.

El factor femenino era siempre una llama y un vuelo.

La contraparte, que empezó en cálculo y en convicción de fácil aventura, había naufragado en un quemarse los libros —como se repite vulgarmente— y estaba haciendo papeles de bisoño, porque la parte que tenía que jugar lo había superado.

Entre tanto aquello se ponía serio y adquiría la gravedad de un asunto que trascendía la voluble parodia del amorío esporádico y volandero.

Así, al menos, lo parecía.

El cortejo adquiría gravedad.

Tomaba todos los contornos de un amor verdadero. Legítimo. De veinticuatro kilates.

No vamos a sostener que esa relación imprevista, transformada en improvisada unión, poseyera superiores cualidades eróticas o más significadas excelencias morales, que las que respetan las exigencias protocola-

res y poseen el visto bueno del señor Cura y del funcionario laico autorizado por la Constitución a tal efecto.

Pero como a fin de cuentas concluyen en lo mismo, no tememos ruborizarnos al afirmar que Clelita Caveira y el Henry pequeño lo vivieron en su deleitosa plenitud.

El continuó con la fina galantería de sus presentes.

Que un frasco de perfume francés de "Lilyón"; que magníficos ramos de flores; que aquellas cenas exquisitas y fastuosas en "Chivichini" o en "El halcón de oro"; que el adivinarle y satisfacerle todos los gustos y caprichos.

Y la culminación del "solitario", del estupendo, magnífico brillante, que una noche, con irreprochable delicadeza y caballerosidad y no sin cierta conmovida ternura, tan de primera agua como la piedra preciosa artísticamente engarzada en el bellissimo anillo, que al colocárselo en uno de sus dedos, lo movió a expresar:

—Me debe permitir coloque en el sitio para el cual ha nacido.

Dicho destino era la hermosa y fina mano de Clelia, en la cual él, también, depositó un ósculo.

No nos jactamos de conocer tanto el alma femenina como para aventurar la gratuita afirmación de que los obsequios habían hecho más que las dotes de buen mozo del italiano, pero es innegable que la señalada cortesía propició el desatarse de las últimas cintas y el abrir de los últimos broches, —si así puede decirse,— de la no invulnerable resistencia de la misma o de ese delicioso y reiteradamente cantado Viaje a Citeres.

En fin.

El caballero no tuvo razón alguna de descontento y si de íntimas satisfacciones, entre las que se contaron un total olvido de la agresiva Mademoiselle Duprat.

Y la graciosa complementaria del dúo, para no ser menos, aparte de una leve insistencia de su obsesión de ser partera, aunque fuese de sí misma, transitó ese país de inefable ausencia en el que se pierde hasta el sentido de gravedad y, naturalmente, se vuela.

En cierto delicioso momento del romance, él, en su

"dolce lingua" materna, consideró hacerle el más cumplido de los elogios, comentando:

—Sembri proprio una vera italiana.

Ella se reservó la réplica que se le ocurría y se reducía a un nombre adorado:

—¡Agesiladito!

Ambos protagonistas de la comedia se equivalían. Y eran, igualmente, perfectamente leales.

El evocaba a su esposa napolitana, que había quedado allá, a la sombra del Vesubio humeante y no era obstáculo para que el amante le propusiera a su "tesoretto", un matrimonio en toda regla.

Clelia ni siquiera en juego podía admitir semejante proposición.

Terminaba de cerrar un accidental capítulo de su vivida novela.

No tenía el más remoto interés de seguir la peregrinación de zingaros vagabundos de la gente del Circo.

Y aunque su cortejante, a quien no habían de faltarle expedientes y recursos para vivir, —más que nada en la hirviente frontera contrabandista,— resolviera echar raíces en sus lares, ella no hallaba en él su tipo, o expuesto más concretamente, su *hombre*.

Además su patria era Villarsa.

Ella era del Norte.

Una llama de aquel fuego.

Una brasa de aquella hoguera.

Y sólo ardería y se consumiría a gusto con otra ascua semejante a sí misma.

Lo sentía bien, lo sentía bien, lo comprendía bien, profundamente y más ahora que envuelta en el dinámico torbellino de la gran ciudad, experimentó más que una nostalgia de su medio, calmo y ardiente, dulce y palpitante, una especie de resistencia, casi de repulsión a un ambiente que, quizás por estar envuelto en una húmeda atmósfera entre fluvial y marina —donde se mezclaban raíces, barro y sal— parecía estar aprensada en unos tentáculos viscosos y malolientes a moho, a limo, a substancias corrompidas o descompuestas.

Allí se respiraba aire de vicio, como en su Villarsa

natal, atmósfera de salud animal, con olor a campo, a cielo, a tierra y a estrellas —y quizás a axilas de negros— que lo bendecían, vigorizaban y purificaban todo, aún a aquel incendio genésico, que consumía y daba vida a seres y cosas.

Que el Henry, cumplido o llenado su ciclo fatídico —un poco semejante a las nupcias dementes de las hormigas voladoras— siguiera a sus bártulos y a su feria ambulante y trashumante, colorida, filarmónica, alegre e inocente.

Telegramas de Melo, insistían en reclamarlo con urgencia.

¡El tiempo que estaba perdiendo!

¿Qué hacía?

El estaba decididamente dispuesto a romper con su pasado y consagrarse a ella.

La Caveirita reeditó la actitud belicosa de Lulú.

—Es necesario ponerle punto final a esto.

Unos ojos desmesurados, una boca abierta, contestaron con un ilimitado asombro:

—¡Mah!

—Como ha oído, lo trató de usted, ella.

El italiano gimió, suplicante:

—¡Eres mi vida! Haz de mí lo que quieras. Soy tu esclavo.

—Nada.

—Yo te llenaré de riquezas. Mira que mis negocios son prósperos...

A esto contestó con un silencio.

El cuitado se arrodilló, juntó las manos como ante una sagrada imagen:

Le besó los pies.

Ella seria, fría, indiferente, como si entre ambos no hubiera sucedido nada, le señaló la puerta.

—¡Por favor! ¡No haga biógrafo! ¡Déjeme sola!

El hombre hecho una piltrafa, salió llorando —posiblemente todavía con alguna esperanza— y ella cerró la puerta con dos vueltas de llave.

No modificó el ceño, cual si le costara un esfuerzo pasar de un papel a otro.

Pasó al cuarto de baño, como a limpiarse, a purificarse de un pecado.

Debe haber empezado a sonreír cuando se volcó sobre su cuerpo joven la lluvia alegre y transparente que la cosquilleaba.

Fresca, serena, entera, volvió a la habitación y sacando de una carpeta de su valija, papel y sobre, se sentó en un pequeño escritorio que adornaba su habitación y comenzó a redactar una epístola familiar:

—Mi querido y respetado padre:

\* \* \*

Una mañana de invierno, doña Marciria fué hallada muerta entre sus almohadones.

En uno de sus continuos ataques no le respondió el corazón, tan trabajado por la enfermedad, cuanto por las emociones.

Su hija nueva, Rosalba, que con Abel restituido al hogar, se había establecido en él, mandó a buscar urgentemente a don Napoleón, que esa noche había pernoctado fuera del hogar.

Resolvieron no llamar a Clelia, a quien se telegrafiaría informándola solamente del luctuoso acontecimiento.

La casa se llenó de gente, haciéndose varios corros de acuerdo con la categoría de la concurrencia, pero en el salón, la cocina o el galpón del fondo, se sirvió copiosamente café, mate, licores y caña y algunos alimentos, tomando la ceremonia mortuoria cierto aspecto pagano y festivo.

Naturalmente que quienes estaban más borrachos, por aquí y por allá, en la realidad de las circunstancias, guiñaban un ojo y recordando a los demás que estaban en un velorio, recomendaban:

—¡Pischt! ¡Pischt!

El viudo cumplió correctamente con todas las obligaciones y formalidades que el caso requería.

Aceptó condolencias. Estrechó manos. Luego de recibirlos, retribuyó abrazos.

Se privó algunos días de jugar al truco con su compadre y de visitar a Lulú, que se conformaba, como podía,

con algún compasivo compañero de ocasión y se vistió de negro de pies a cabeza, en todo lo posible, hasta la camisa, como en un mimetismo propicio a jugar a la mancha con una noche sin luna.

El luto alcanzó a Aparicio Saravia, a algún otro hermanito gaucho y a la servidumbre.

En lo que diferenció su existencia de lo que hasta entonces le era habitual es en que quizás dobló la dosis de caña con que entonaba el cuerpo.

Y luego:

—¡Qué se v'hacer, "tudos nacemos pra morner"! volvió al natural trote de la prosa corriente.

\* \* \*

Como dijo don Miguel de Unamuno de un ejemplar del sexo contrario, podríamos afirmar que la vasquita de Arrúa era un mujer, nada menos que toda una mujer.

Recta, consciente, respetuosa, de las costumbres virtuosas y morigeradas de su casa y sus tradiciones, su único desvío —como su gran equivocación quizás— era el haberse enamorado del desgolletado del Tito Albornoz. Y de haberse enamorado definitivamente, como sólo puede hacerlo una hembra cabal.

Ella era sana, pura y fuerte —aparte de bonita— y con todas las cualidades y capacitaciones para constituir una buena, noble y leal compañera y una madre amante y abnegada, tanto como una ejemplar dueña de casa.

Pero la favoreció semejante lotería.

Soportaba y sufría tal azote con inigualadas conformidad y resignación.

No podía hacer a menos, desde que, en su forma de amor, quizás la más integral, pura y abnegada, de entrega absoluta, perdiendo su personalidad y todo contralor sobre si misma, era una cosa de él.

En reciprocidad de esa tierna, humilde, heroica sujeción, no obtenía compensación alguna.

No le pagaban con desvío o indiferencia, sino con una desgana y una despreocupación de sujeto a quien

sigue un perro y ni siquiera lo mira, dando idea de ignorar que va tras sus pasos.

Menos mal que como Clelia estaba lejos, él, a ratos perdidos, se la encontraba entre los pies y, volviéndose aquello, para ella, una bendición del cielo, al amante infiel, posiblemente en el funcionar de sus más bajunos resortes, le nacían ojos para descubrir su gracia, su dócil y apasionada dulzura, su belleza de madura fruta generosa.

O devoraba el manjar como esos sujetos cuyas papilas gustativas están en vacaciones e indistintamente tragan faisán o mondongo.

Aquellas migajas, aunque fuera por un momento, la hacían feliz.

Por otra parte conspiraban contra esos segundos de saltuaría dicha, los eclipses que le decretaban sus traspiés y sus viajes absurdos, inútiles y sin sentido en esa invitación de fuga migradora que nos parece soplaba a veces sobre Villarsa.

El fallecimiento de doña Marciría le impuso a Alicia dirigirle una carta de condolencia a su amiga y en ella subrayó el inolvidable reconocimiento que le guardaba por su invalorable ayuda en los terribles momentos de la difícil situación en que se halló.

Hubo de informarle que también había desaparecido la buena negra vieja, doña Nicanora y terminó por llenar la epístola de quejas por el proceder de su in calificable victimario.

Ninguna gracia por cierto producía aquellas confidencias y lamentelas a la estudiante, que disimuló en su respuesta de compromiso, pero que pese a su actitud de muchacha libre, amplia y emancipada, —como creía serlo,— a momentos lo sentía, quizás en su entraña, como las punzadas de una herida que no curaba nunca.

Doña Macusha, en la oportunidad del duelo de "su patrona", no sólo dirigió los rezongos religiosos de los afiatados coros, en los cuales intervino con toda autoridad y derecho el hábil y untuoso don Florio, sino que se hizo cargo de los quehaceres, manejo del personal y dirección de la casa.

Menudeó luego sus visitas, siempre —por supuesto— acompañada de su retoño, que daba la impresión de que jamás, ni aún en toda su existencia, iba a terminar de cancelar la imborrable mancha de aquel desgraciado momento en que soñó una aventura, que murió nonata, como el brotar de unas fabulosas alas, vislumbradas como un reflejo de las alucinadas incitaciones de su amiga.

Dalina, con el transcurso del tiempo, fué pareciéndose cada vez más a su madre.

O esta le había robado su juventud o ella se había cargado de años, volviéndose como una borrosa y desvahida copia de la obesa costurera.

Se dijera una sombra suya.

Y bien estaría que la designásemos como una Macushita, como una Macusha segunda, como un fiel conato macushiano.

Don Napoleón, especialmente los primeros meses en que por las respetadas tradiciones relativas a estas desgracias de familia permaneció, —por lo menos a la luz del día,— en su domicilio, se encontraba necesariamente con la viuda; le era preciso platicar con ella y hasta tomar acuerdos sobre menesteres domésticos.

Ese comercio cotidiano le fué dando más confianza y le trajo a las mientes aquel lejano abrazo, cuando la desaparición de su hija,, que ahora, con idéntica característica y acentuada emotividad, se había repetido con motivo del deceso de su esposa.

El viejo estanciero, retribuyendo caballerescamente el apretujón, había reiterado el palparla —en realidad sin deliberada intención— y había pensado, también como en una incontrolada actividad mecánica:

—Yyyy... mal no está la brasilera... No quiere decir que la Dalina debe estar mejor, la pobrecita!...

...Para sofrenarse, con muy buen sentido:

—Güeno, el caso es que ahura la tenemos a la Lulú.

Y eso que nadie le había insinuado ninguna proposición.

Quedó meditando sobre la ocurrencia.

Solo, sin tener nada que hacer, más que voltear con la larga uña del meñique la ceniza del cigarro, cuya chala se quemaba mal, el pensamiento se le quedó roncoando, insistente:

—Raridá esta. Cómo se acuerda uno de sinfinidá de menudencias... Pucha, parece q'én algún momento la mujercita me hubiese gustau... Vay'a saber por qué.

Y concluyó:

—Y, los hombres somos los hombres.

\* \* \*

Cismó Tito Albornoz si sólo consistía en una costumbre social inocua o si realmente configuraba una obligación el hacerle llegar sus condolencias a la ausente.

—¿Tendré que mandarle unas líneas por la muerte de la vieja? Con una tarjetita con el S. P. (sentido pésame) estoy cumplido... ¡Pero hay lo otro... No sólo existe la amistad, el ser parientes políticos, sino que nuestro lío quizás me obligue a algo más.

¡Pero escribirle !;Hacer literatura! ¡Pucha!

Lo violentaba tal decisión. Meterse a decirle cosas. Consolarla. Pavear.

Tenía que hacer algo. Y no una cuestión de fórmula. Se imponía escribir; enviarle una carta.

Pensó hasta en consultar el "Manual Espistolar", con el que se había divertido un día en lo de Chiquinha Meirelles.

¡Qué estupidez!

Pero hubo de someterse.

Peludeó en dos o tres borradores, hasta que, con la manita que le prestó cuarto litro de caña, recordando los malos ratos que le proporcionara a doña Purilina, mezclando reminiscencias de "Pobre mi madre querida", el tango de Betinotti, su pluma estuvo a punto de producir una página magistral.

Por lo pronto consiguió conmover hasta las lágrimas a su corresponsal, cuya emoción bien pudo verse inspirada por el cúmulo de expresiones de cariño que prodigó la efusión alcohólica del Tito, que entre sus arranques sentimentales, la halagó con arrebatos de ter-



nura que se tradujeron en "mi ricura querida", "bichito amoroso" y hasta "mi noviecita de mi alma", lo que era una cosa muy importante.

Estas sorpresas dan las casualidades y bien pudo, asimismo Clelia, a su recibo, volcarse en un torrente de exaltada y lírica pasión volcánica —como una nueva Mariana Alcaforado— que empuje y temperamento no le faltaban.

Más práctica, se redujo a enterar a su Agesiladito de su enorme saudade, traducida en una frase elocuente, sencilla y comprensiva:

—¡Te quiero como una loca! ¡Tengo unas ganas bárbaras de estar contigo! Si no vienes, me vas a obligarme a mí, a ir ahí.

—¡Mire aquella!, sonreía halagado el Albornoz, teniendo su epístola en la mano.

¡Cómo a mí no se me había ocurrido! Cualquiera día me largo a Montevideo... De camino me doy un paseo.

\* \* \*

Clelia se había dado el gusto de hacer su santísima voluntad.

Verdad es que atravesó diversos complejos y antagónicos avatares, terminando o, quizás esté mejor expresado, culminando su tirocinio con el modelarse definitivo en ese dechado de perfección y cualidades que constituye una chica moderna.

Usufructuaba la libertad de su apartamentito independiente; a ratos disponía de automóvil, que alquilaba para manejarlo personalmente y poseía —en propiedad— unos cuantos vicios inofensivos y elegantes. Fumaba, bebía, contaba con alguna saltuaria amigueta del alma y porque allí se podía codear con el mundo distinguido, frecuentaba las ruletas del Parque Hotel o de Carrasco.

A ratos perdidos incursionaba quince o veinte días por Colonia Suiza o Piriápolis, se enfrascaba en el árido y frío secano de los textos y lo más singular era que al rendir sus exámenes salía airosa de las pruebas.

Las copiosas mensualidades...

(Entre paréntesis don Napoleón comentaba:

—Pa salir doctora, la-hija m'está costando un ojo e' la cara!)...

...Los regulares envíos de dinero le llegaban del norte, trayéndole un resplandor reconfortante y una bocanada de fuego de Villarsa y, en consecuencia, carta libre para sus larguezas.

Versátil, inquieta, curiosa, daba la sensación —extremo que hasta a ella misma convencía— de que todo lo tomaba en serio.

En tal posición se inscribió en elencos de teatros independientes; fué discípula de una academia de danzas clásicas; se aburrió hasta dormirse, como oyente libre, en algunos interesantísimos seminarios o cursos de la Facultad de Humanidades; integró clubes de cineastas y cuerpos de redacción de revistas de número único e igual cantidad de lectores.

Tuvo su mesa y su "barra" en el avispero a la última moda del café "Copacabana".

Fué asidua al "Concilio del Mezzogiorno", cuyas "tenidas" eran sólo nocturnas, regidas por un bastonero efusivo, efervescente y verboso, que propiciaba interminables recitaciones líricas y menudeaba abrazos y concedía consagraciones tan funambulescas como efímeras.

Anduvo por los resbaladeros de las "boites" y las whiskerías chic, respirando la atmósfera equívoca de una noctámbula fauna heterogénea, pintoresca clientela de tales locales de nombres carcamanes, ostentosos de decorados condiscientes con sus motivos y colores de forzada originalidad, en los cuales se fuma y se bebe como en un concurso; se oyen afónicos "chansoniers", jipíos de cante jondo, "canzonettas" napolitanas y se baila al ritmo dormilón de unas orquestas integradas por preciosos maricones de barnizadas cabezas impecablemente peinadas y vestidos con blusas de floreadas sedas vistosas, llenas de plegados y moñitos del más exquisito gusto andrógino.

Giró en ese policromo maelstrom de mariposas nocturnas de vuelo efímero, de "hijos de papá", que que-

man los pesos sudados por otros; de petimetres burócratas, fruto del nepotismo de las alturas, bailarines eméritos, tanguistas eximios, no que escandalosos y de congéneres tuyas, que quizás como ella sufrían la atracción de quienes no saben lo que buscan o... lo saben demasiado bien.

Intentó componer versos, técnica y mecánica actividad que, con la cuestión del simbolismo, lo nebuloso y lo esotérico, no le fué difícil y le creó cierto prestigio y a cambio de un opúsculo que publicó bajo seudónimo, recibió copiosos aruses de recibo de personajes ilustres y significados intelectuales que, ¡para qué te voy a contar!, como decía el otro, —la parangonaron a Juana, a Gabriela, a Sara y a la señora Safo...

Como era de rigor, regüeldo de un sub-fondo de nueva rica intelectual, dragoneó de comunista y de existencialista. Un lapso prudencial vistió pantalones y una chaqueta de marineró; se cortó el cabello como con una tijera de esquilar, pudiendo lucir una hermosa cabeza, revuelta como un nido de espinero; no se pintó la cara ni los labios y dejó de bañarse, con excelente resultado.

Con decir —a esta altura se propaló la tal versión, quizás errónea— de que le cursaron invitación al "Congreso Mundial de Mujeres por la Paz", con sede en Berlín, con el suplemento de una visita a la U.R.S.S., damos una aproximada idea de la importancia que adquirió.

Infinidad de veces con "filos", compañeros de ruta o novios, de los cuales con sincera convicción creía enamorarse, hasta suponer el advenimiento de un definitivo olvido para su pasado, se detenía, morosamente, en el saboreo de esa camaradería, tan simpática y cordial, que entre muchachos y muchachas, genera el tuteo a los cinco minutos de conocerse y, amigos de toda la vida, autoriza al de los pantalones a ciertas desaprensivas y entrañables muestras de confianza:

—Vieja, préstame cinco pesos...

—Dan una cinta macanuda en el "Arkansas"; ¿ténés plata?

—Che, pagame la cena...

Esa loable fraternidad, ese encantador compañerismo, esa nivelación igualitaria, que olvidando diferencias sociales, elevándose por arriba de los sexos, es proclive a autorizar a que una noche en que Adán ha perdido el último ómnibus, se quede a dormir en el sofá del hall de Eva.

.....

Es que ella, tal vez en la contagiada angustia de la época; en esa inquietud y en esa ansiedad de quien no encuentra norte definido o aposentamiento sólido, sobrándole además tiempo y medios económicos y siendo dueña de cierto farfanton menenfutismo, muy en boga, vagaba de una a otra idea, de una a otra contradicción con irresponsable —y un tanto inconsciente— volubilidad.

Quizás se manifestase en Clelia un confuso deslumbramiento similar al del lugareño que hace la excursión en rebaño a Europa y no habituado a ver sino las ilustraciones de los almanaques comerciales se marrea en el océano de arte del Louvre o del Brithis Museum.

Un día cenaba en un restaurant de lujo y el siguiente la encontraba en una churrasquería del suburbio, bajo un cielo de ternos y de choques de bochas o bebiendo vino blanco, en vasos nublados, en "Las Tilitas", en compañía de pitucos de uñas lustradas, pulseritas de oro en las muñecas y pesados anillos decorativos en los afilados dedos de araña, quienes, como ella, buscaban el color local y un pintoresquismo más literario que real.

Era asidua lectora de "Marcha", "Guarismo" y "Sur". Hojeaba revistas inglesas, francesas, made in USA y hasta nacionales, que imitaban con plausible intención a las anteriores. Colaboraba en las "Cartas de los lectores", y en las "Tribunas juveniles", donde podía; y con un buen gusto de catálogos selectos adornó su saloncito —de paredes de diverso color funcional— con máscaras negras, vasos incaicos, cuadros abs-

tractos, reproducciones de Picasso y retratos de Green Kafka, Neruda, Borges, Sartre y Elkivir.

De manera que —auténtico fruto de nuestra cultura refinada— no olvidaba lo nacional, como afirma de nuestra élite cierta crítica xenófoba y envenenada.

.....

La muerte de su madre y la garrapateada, conmovedora misiva del Tito, la encontraron en pleno bra- cear en el proceloso mar del más puro snobismo, donde, por suerte, consiguió hacer pie en la playa de una des- carnada realidad llena de resaca y de desperdicios, pero también de vida.

Tal vez otro de los genuinos y convincentes cheques mensuales la alcanzó en su asfixia diletantesca con un soplo de aire salubre, prístino, quizás salvaje, más que silvestre.

Volvió a escribirle a su "hombre".

Acendró su carta como en una declaración de amor.

Reiteró sus palabra.

Y terminó por reclamarlo en un lacónico y conmi- natorio telegrama:

—¡Vení!

Una amiga, que llega por la mañana, descubriendo copas y una botella de cognac mediada y los ceniceros colmados de puchos y ceniza, indiscretamente pregunta:

—Che! ¿Visitas? ¿A quién tuviste?

—Se acaba de ir Alberto Rozzoni.

—¿Tú tienes relaciones con él?

—No.

—Y cómo, así, tan temprano?

Se corrige entonces la preguntona:

—Disculpa. Bien me puedes calificar de entrome- tida. ¿Qué me importa, verdad?

—La curiosidad es sagrada, querida... Durmió aquí.

—¡Che!

—Ay. ¡No te escandalices! ¿Qué tiene de malo?

—Sí. Natural...

—Entre amigos...

—Pero hay que evitar que las apariencias compro- metan.

—Se me importa un comino. Además, che, yo me sé hacer respetar... cuando corresponde.

—Bueno, de todas maneras se necesita coraje.

—Coraje o lo contrario. ¿Quién te asegura que lo hice quedar a Albertito porque anoche, precisamente anoche tenía miedo de los ladrones.

—Pero si te critican lo vas a tomar así, con esa desaprensión?

—En ideas, en costumbres, hasta en moral, hay que ser ecléctica, ir del cinturón de castidad hasta la hos- pitalaria cortesía de los esquimales que ofrecen su le- cho con mujer y todo.

Su S.O.S., que impresionó al Tito, produjo el re- sultado apetecido.

Ella se encontró al encontrarlo, aunque el socio ponía poco de sí, dejándose arrastrar por la marejada.

.....

Después, como a los otros, dejó de lado sus escar- seos con la medicina y voluntariosa y contraída, quizás pueda decirse brillantemente, se tituló de partera.

\*\*\*

Don Napoleón estaba castigando su organismo y exigiéndole demasiado.

Un gaucho como él, tan alarife y tan "alvertido", se tiró a nadar contra la corriente en aquel paso de arroyo crecido y encajonado de ese momento peliagudo de la declinación de sus viriles energías.

Es que nadie se resigna a envejecer y a declararse vencido en un combate en el cual ha sido fácil y ha- lagüeño, no sólo conquistar, sino cantar victoria.

Oscuro, íntimamente, no queriendo confesárselo y ajustarse a la oportuna exigencia de descenso de un telón al cual le ha llegado la hora de caer, el hombre vive el trágico drama del campeón olímpico, que ve escapar de su cabeza la corona de laurel y ha de con- formarse con la helada rememoración de los sueños.

Y más cuando no se posee el viático de una ca- pacidad mental y de un sentido filosófico que acomode

y adapte el pensamiento a lo natural, irremediable y fatal.

Con una absoluta carencia de cultura, sin conciencia de una realidad que no admite posibilidades de rejuvenecimiento o cambio y con una experiencia que a bona en su favor un pasado de felices y deleitosas remembranzas, el ser humano si no vive el hecho, la consistencia de su placer, se esfuerza en imaginarlo.

Y lo más singular es que ahora, a cambio de la realidad, que antes quizás fuera limitada, primordial, casi grosera, preponderando en ella toda la obtusa sombra del instinto, surge una especie de refinamiento, de sublimación, de sutileza de los sentidos, en la que, aún para un ser basto y simple, juega su delicia una sensibilidad desconocida, entre mórbida y delicada.

La atracción de la hembra, de su gracia, de su dulzura, de su suavidad; la seducción del misterioso encanto femenino; el ineludible imán de cuyo contacto surge la presencia de lo eterno, se manifiesta en esas pasiones seniles de manera tremenda e incoercible, a las cuales, desaprensivamente, entre severos, despectivos y burlones, juzgamos como un indecoroso producirse de unos grotescos y ridículos amantes arquetípicos de "Commedia del'Arte".

Don Napoleón ni siquiera podía entrever la posibilidad de tal proceso.

Como de costumbre, como siempre, como toda su vida, vivía.

Y sin saberlo, se sobreentiende, conspiraba, en cuerpo y alma, contra sí mismo.

Entre la caña, que le abría el apetito y le asentaba la comida y venía muy en su oportunidad luego de una tanda de cimarrones y las galantes amabilidades que le prodigaba Mademoiselle, una buena siesta, en casa de ella, sin pensarlo ni quererlo, casi da con él en el otro mundo el mazazo de una hemiplegia.

Esas digestiones laboriosas, —interrumpidas por factores extraños,— de la gente de buen diente y mejor garguero, de pronto sorprenden con sus inconveniencias.

Con la sorpresa entre infantil y aterrorizada, que se le fijó en el ojo que le restó sano, el hombre, cual si se achicara, se derrumbó, sin dominio del medio cuerpo paralizado; de su boca torcida, que emitía sonidos inarticulados, comenzó a fluirle un hilo de saliva, que se perdía en la plateada barba frondosa.

Lulú, sinceramente impresionada, condolida, sin contralor, se puso a chillar, como si la habitación se hubiera llenado de ratones.

Tuvo una primera tentación de huir como loca.

Luego se dobló de rodillas junto a su dios caído.

Le sostuvo la cabeza.

Lo llamó en un grito:

—¡Napoleón!

Luego con femenina ternura insospechable, agregó:

—¡Viejito querido!

Un instante la mirada de sus ojos espantados vagó perdida.

Tras un breve lapso se rehizo.

Comprendió que los minutos que huían eran preciosos.

Se cubrió con lo primero que halló a mano —una salida de baño— y salió corriendo, clamando auxilio.

Por suerte dió con un amigo de Caveira, que la volvió a la casa y llamó telefónicamente a un médico, con el cual resolvieron la inmediata conducción del accidentado a su domicilio.

El hombre había perdido el conocimiento, pero su naturaleza vigorosa lo defendió y cuanto la ciencia le dió una ayudita, ya lo tuvimos, con la boca torcida y todo, dando órdenes, entre cuyo tartajeo, entendieron que reclamaba con urgencia a su amiga.

Semi inconsciente, insistía, enérgico.

Lo oían su hijo, su nuera, doña Macusha, que iba y venía con porrones calientes y tés de yuyos, que el doctor, inteligente, no se opuso que le suministraran.

La exigencia del enfermo era indecorosa, inaceptable; cómo iban a llamar a aquella mujer!

Abel consultó con su esposa y ésta opinó que era

conveniente que reclamara a sus padres para aconsejarse con ellos.

Doña Purilina no pudo venir de inmediato.

El que se apareció fué don Agesilao, que con la urgencia del caso se vino en chancletas, en bombachas y emponchado y con el sombrero en los ojos, cual si viniese a una conspiración.

Pidió que lo dejaran solo con su compadre.

El médico se apartó para hablar con los deudos y escribir sus recetas y comenzar con una retahila de recomendaciones.

Le dejaron el campo libre al visitante.

Este, más que pedirle confidencias, dado que estaba al cabo de todos los secretos del asunto, lo habló como si aquello fuera un juego, una broma que entre los dos le iban a hacer a los familiares...

—¿Con que se me enculecó el amigo?... Sí, señor... Pero a este tala no lo volteas cualquier centella... Lo que tenemos que hacer es jugar algún truco...

Y pese a las prescripciones del facultativo...

—Y tomarse alguna cañita, q'eso no hace mal a nadie.

El aparcerero lo miraba con su ojo fijo.

Inmóvil; no hablaba.

Albornoz no pudo contener cierta opresión y como avergonzado, cambió de táctica, franqueándose:

—Aquí estoy, compadre; aquí me tiene pa lo que se le ocurra. Mande no-más.

Don Napoleón, como pudo, le hizo señas de que se acercase y como un niño caprichoso, tartamudeó insistente su reclamo:

—Que me la traigan a la Lu-lú. Hagamelá venir usté.

Acentuó, reiteró su demanda.

A momentos la súplica se diluía en un gemebundo que, degenerando en murmullo enronquecido, daba la impresión de que el cerebro de Caveira estuviese a punto de entenebrecerse.

Oíase sólo un quejido entrecortando su respiración

difícil, pero como si se le hubiesen ido acumulando fuerzas en algún rincón de su poderoso organismo no afectado por la hemiplegia, de pronto, pronunciando con más claridad los vocablos, adquiría también toda la reciedumbre de su voz, que se imponía, violenta, con un rotundo tono de mando:

—¡Y qué hacen, carajo! ¡Ayudemé, compadre! ¿No me oye nadie? ¿O estoy entre bandidos y asesinos!

¡Sólo hay cuervos alrededor de la carniza!

¡No la train, ya!

¿Quién manda aquí?

Y hacía inauditos esfuerzos para incorporarse sobre "la media res" sana; se dijera que la boca, entre la gris pelambre revuelta de barba y bigote, iba a perder su rictus trágico, mientras refulgía con odio el solo ojo de que disponía, en el cual se refugiaban su férrea voluntad y su varonil energía.

Esos pujos de dominio físico de su cuerpo semi vencido, parecían quebrarlo y aniquilarlo.

Las mujeres que diligentes y serviciales, atendían las necesidades del caso, estaban en un permanente persignarse ante sus palabrotas.

Trataban de darle a beber pócimas que él rechazaba, rabioso, sistemático.

La asamblea estaba suspensa, irresoluta.

El hijo se apartó a un rincón en compañía de la visita y se secreteó vehementemente:

—En una de esas le hace más daño. Habrá que consultar al doctor.

—No está mal el parecer.

Abel giró en redondo y se fué a prisa.

Halló al hombre en la consulta y tras la promesa de ir de inmediato a atender al enfermo, más que opinar, resolvió como quien da una orden, que llamasen a la francesa.

—¡Qué vergüenza!, masculló el mensajero. Pero qué se ha de hacer. Era un deber la obediencia, aunque fuese de un disparate. Atendía tal vez con ella no sólo una obligación de hijo, sino los últimos deseos de un moribundo.

En su casa, consultaron de nuevo: ¿quién la iba a buscar?

Resolvieron encargar la delicada misión a Agésiladito, que fué por lo de un amigo que disponía de auto y no habría pasado una media hora, cuando se apareció con la pájara toda emperifollada, ensombreada, con su saco de piel y un contenido aire digno y grave.

Don Napoleón, que tenía los ojos cerrados y respiraba angustiosamente, adivinó su presencia y con voz sorda, casi ininteligible, pidió, rogó, mandó:

—¡Dejennós solos!

Como a la llegada de Mlle. Duprat se habían alejado las mujeres, restando sólo don Agésilao y Abel, éstos, tras unos gestos vagos, no pudiendo contener los inevitables comentarios:

—¡Mire, no?

—Uno está atado de pies y manos.

—Qué se v'hacer... el pobre...

—Al fin y al cabo, no hay otro remedio.

Los dos salieron silenciosos.

Como en ese momento llegaba el médico, aprovecharon para informarle sobre lo que estaba sucediendo.

.....

Lulú, conmovida, indecisa, señalando su presencia con un vaho de perfumes, que el yacente percibió con fruición por el delicioso torbellino de recuerdos que le traía, estaba explicablemente embarazada; se sofocaba con el tapado y no sabía dónde colocar su cartera.

Miró al estanciero, pálido, aviejado entre el gris plateado de sus pelos, que parecían más abundantes. Percibió el ojo muerto; la boca que intentaba recomponerse en una sonrisa de ternura y no pudo contener las lágrimas.

Buscó con las suyas, que desnudó de los guantes, su mano y se la estrechó.

Luego se inclinó a besar su húmeda frente.

Se acercó a su oído y le susurró:

—¡Querrió!

El sonrió más dilatadamente, como un viejo árbol

que se dobla sobre sí mismo, vencido, pero que tiene la dicha inmensa de recibir un tibio resplandor de sol.

El hombre inició un movimiento insistente.

—Quieto. No te agites, lo acarició ella, maternal.

El, con la mano que aún podía manejar, le alargó a la mujer un rollo de billetes.

Ella contuvo un instintivo movimiento de rechazo y al tomarlos, le besó repetidamente la mano y con toda rapidez los introdujo en su cartera.

Caveira suspiró, cual si hubiese cumplido un ineludible, un sagrado deber.

Luego, inconsciente, torció la cabeza sobre la almohada.

Lulú no pudo contenerse.

Lanzó un grito.

No sabemos si la oyeron, si sus deudos se asustaron.

Hubo un revuelo en la habitación vecina.

El doctor, entrando, se anunciaba:

—Con permiso.

Ella, agitada, temblorosa, le preguntó:

—¿Es grave?

El médico, sin contestarle, mientras la visitante se apartaba, inclinándose sobre el yacente, le tomó, parsimonioso, el pulso y luego le levantó el párpado del ojo que aún conservaba su eficiencia.

Lulú volvió a acercarse, ansiosa, llena de preguntas.

El hombre de ciencia dictaminó:

—Aún no le ha llegado la hora, pero no tiene para mucho tiempo.

Ella se llevó un diminuto pañuelo a los ojos.

Con estrangulada voz, inquirió:

—¿Cree, doctor, que me debo ir.

—Perdone, señora... Es lo más oportuno.

Abel que entraba, se contenía a duras penas:

—¡Pucha! Es verdad que tal vez sea su última voluntad. Es mi padre. ¡Pero tengo unas ganas bárbaras de sacarla a patadas!

—No hagas macanas, lo contenía el Tito, que llegaba y lo había oído.

La francesa ya salía, haciendo reverencias.

\* \* \*

La instalación de una gran curtiembre, con máquinas modernas y la posibilidad de acaparar mercados en Argentina, Uruguay y Brasil, con la seguridad, a corto plazo de un enriquecimiento fabuloso, comprometió —por cuenta de su hijo— el capital del señor Albornoz.

Todo fueron viajes y girar contra una cuenta corriente en el Banco, que terminó en una complicación inextricable y desapariciones del empresario Agesiladito, que tan pronto andaba por los cabarets de San Pablo, como por los de Buenos Aires o hacía estancias en el acogedor departamento de Clelia, que alargaba su regreso a Villarsa, donde pensaba instalarse definitivamente.

Por suerte el viejo estanciero había resuelto dar su parte a la hija casada, que si no el Abel, a quien su padre dejó los campos hipotecados, no sabemos cómo se las hubiera arreglado.

Con todo, no haciendo nada, como no hacía, o haciendo lo peor, que era jugar, su situación empeoraba decididamente.

Cojeaba de la pata de su padre: le gustaban las faldaş y con pretextos de negocios y mentiras de operaciones comerciales, empezó a cargosear a Clelia, que siempre estaba por terminar sus estudios, insistiendo en pedirle un poder general, para desenvolverse con comodidad en sus negocios.

La hermana, generosa y despreocupada, le hizo algunas concesiones, de cuyo resultado no tuvo nunca noticias.

Por suerte consiguió su diploma de partera y no sin algún titubeo, porque a último momento se ilusionó con traerse a su lado a Agesiladito, quien se declaró villarsense rabioso —como correspondía— decidiéndola a deshacerse de los tentáculos con que la apesaba la vida amable y superficial de la metrópoli.

Siempre lógica, descubrió a tiempo sus raíces insoportables, además de la atracción de su amor, que era

tolerante y un tanto acomodaticio por la fuerza de las circunstancias, pues que ella, con su carácter, a dejaría empuñar las riendas de su aventura, sometería, aunque fuese con dulzura a un más consecuente orden a su amante.

No olvidaba, por cierto, que también podía ser útil a los suyos y a tantas, con su profesión.

Tan irregular en su sicología y en su moral, como muchas mujeres de su tipo y su temperamento, con una inmensa, latente y acuciante ansia maternal, en la convicción de que jamás podría tener descendencia, en muchos de los momentos de su vida, le surgían arranques de madre para unos absurdos hijos que la explotaban o con los cuales se acostaba.

Además doña Nicanora, la querida negra vieja, había muerto y se necesitaba una sustituta que, en un plano unos centímetros más alto, ostentó en la puerta de su vieja casa una chapa, que lucía su nombre y su título universitario:

CLELIA CAVEIRA DE PASCOAES  
OBSTETRICA

**E**L señor Caveira, el robusto árbol herido, aún por tierra, continuaba alentando.

Su disminución física y mental, que no le impedían renegar contra el trabajo y las múltiples atenciones a que obligaba a sus familiares, con todas las miserias aparejadas a su imposibilidad de moverse y bastarse a sí mismo, le hicieron quizás entre llevadera y soportable, la novedad del retorno de su hija.

Pareció no prestar mayor importancia al suceso, como nunca le diera un carácter de gravedad excepcional, como los demás lo entendían.

Su moral —o quizás pudiéramos decir, con más propiedad y acierto, su amoralidad, no por enemigo de aquella, sino por ignorarla y no comprenderla, pues para él, intrínsecamente, no existía ni lo moral ni lo inmoral— su moral —repetimos— le dió la tolerancia o la comprensión necesaria para no violentarse con la vuelta al redil de la muchacha, que no había cometido otro crimen que el de ser consecuente consigo misma, dejándose arrastrar por sus propios impulsos e inclinaciones.

Don Napoleón, a poder clasificar la evasión cleliana, la hubiese emparejado con la de un muchacho “mala cabeza”, definiéndola:

—¡Una calaverada!

Siguiendo la evolución de los seres y de sus costumbres, por qué no ha de admitirse tal extremo?

.....



Eso lo sabían los timberos del Club; los fulleros elegantes del Hotel Casino y sus compinches de beberajes, en las salitas cursis de las "locas" de categoría de Sant'Agata o de Villarsa.

LUEGO de algunas caricias apuradas, él se iba... Ella apagaba su última sonrisa con una mueca dolorosa y se tiraba sobre la cama, llorando, prometiéndose darle con la puerta en las narices cuando volviera, planeando venganzas, que morían nonatas y terminando por arquitectar perdones, para los cuales preparaba frases, que no tenía necesidad de utilizar y pronunciar, porque a él jamás se le ocurría excusarse de sus naturales desvergüenzas ni a ella —por temor de producirle el más mínimo disgusto— plantearle el problema o echarle en cara sus desvíos o... su inconciencia.

Don Napoleón debía poseer en propiedad las siete vidas que el pueblo le atribuye al gato.

Estaba al parecer en las últimas boqueadas cuando una inyección, que quizás el médico le aplicó por casualidad, lo restituyó a una apariencia de normalidad auspiciosa.

Se sintió recuperado.

Hasta suspiró por Lulú y luego llamó al hijo —de una recáida uno nunca está libre— para dictarle algunas disposiciones y recomendarle algunos legados —de palabra no más— y para confirmarle parentescos y fraternidades copiosas, tanto como insospechadas:

—La comadre Celedonia, la conocés?

—Si, tata, la de Quiebra-Yuyos.

—Esu es. Güeno Celedofñita, sabés...

—El hijo del puestero Canteras, no es d'él.

—Una vez tuve que quedarme en el paso'e Las Palmeras. Estaba muy crecido. Ese negrito que me decía padrino, no?

Cuento de nunca acabar.

El prócer cimarrón, el señor feudal, sin serlo de horca y cuchillo, no habiendo usado este último si no en funciones domésticas o de labor, había equivalido su incansable actividad victorhuguiana, a la de quienes ejercieron el noble derecho de pernada.

En su complicada enumeración, de pronto recordó al último hijo gaucho, a Sandico, al famoso Aparicio Saravia.

—¿Y Aparicio? ¿Por qué no est'aquí Aparicio?

.....

En la habitación en penumbra se colaba el sol aún caliente y reconfortante del otoño.

Era 1º de mayo.

Se sentía una lejana música heroica.

Un himno.

—¿Y eso? ¿Eso q'es?

—Debe ser la manifestación de los obreros.

El Tito, que había caído de visita, opinó, suficiente:

—Debían haberla prohibido. Les están dando alas a esos foragidos, que lo que quieren es no trabajar.

El enfermo volvió a insistir:

—¿Y Aparicio Saravia?

—Ya fueron a buscarlo, tata.

—Ta bien.

.....

No encontraban al muchachito por ninguna parte. Ni en la plaza ni en el café ni en lo de Albornoz.

El desfile proletario, con un sordo rumor de brioso río de montaña, se acercaba.

Alguien llegó con la noticia de que el perdido venía en el desfile.

—¡No diga! ¡Lo viste!

—Lo ví con estos ojos. Trae una bandera colorada.

—¡Hiju'el país!

Traducida a nuestra jerga, la expresiva y rotunda

frase, que nos es tan familiar, se emparenta con el hideputa del manco insigne.

Don Napoleón que daba idea de irse acabando, con la energía que pudo, ordenó:

—¡Hay que tráirlo!

Salieron Agesiladito y Abel al encuentro de la columna subversiva, que avanzaba lentamente, entre entusiastas gritos coreados rítmicamente, bajo un palio de largas franjas de lienzo, en los cuales en español y portugués se leían letreros alusivos a la lucha social.

Un flamear de banderas ponía su nota de color en el conjunto gris y movedizo.

Los mensajeros eran conocidos de los cabecillas y los abordaron y los impusieron de su misión.

—Pero, natural, cómo no se lo iban a llevar para saludar a su padre enfermo. No había ni qué pedir autorización. El botija estaba allí por su gusto. Y así podía retirarse.

Es que tampoco se iba.

No desertaba.

Iba a cumplir un deber.

Volvería.

El muchachito loco, que frisaría los quince años, para no verse privado del significativo honor de ser uno de los portaestandartes del movimiento revolucionario se había venido con su bandera a saludar por última vez a su padre.

Como los líderes tampoco querían perder su fervoroso adepto, harían que la manifestación atenuara el paso, aguardando al compañerito Caveirita.

Por el brusco contraste de la luz de la calle y la sombra de la habitación maloliente a remedios, el chico se llevó una silla por delante y el enfermo se estremeció, indagando:

—¡Güe! ¿Quién anda hay?

—Es el Sandico que llega.

Levantando cuanto podía la cabeza, el gaucho viejo, con voz entera, como si hubiera recobrado algo de su fuerte vitalidad, le preguntó entre dulce y autoritario, entre quejoso y severo:

—¡Comu-es eso, amigo! ¿Qué andaba haciendo que no venía, amigo? ¡No para en su casa! ¡Callejiando! ¡Calaveriando! ¿En qui anda usté? Vamu a ver. ¿Qué procura?

—¡Cosas!, papá, contestó el lindo adolescente, alto, delgado, más claro que lo que podía suponerse su rostro mulato bajo el coronamiento lustroso de su negro cabello ondeado.

El chico le besó la mano:

—La bendición, papá.

El anciano insistía:

—¡Cosas! ¿Cosas qué?

Haciendo de tripas corazón para mostrar una entereza hombruna, el interrogado, indeciso, con un temblor en la voz, salió del paso, repitiendo algo que había oído en las arengas y las proclamas encendidas:

—Cosas de la Revolución.

—¡Ah, muy bien!, aprobó él. No desmiente la cría. Vos sos el que nos v'a salir güeno... Hay que sofrenar al Gobierno...

Y ante los ojos del viejo gaucho, en el cual revivía un tradicional espíritu levantisco, se desarrolló una épica visión de entrevero triunfante, en el cual tremolaba gloriosa una bandera que, quizás lo engañaba su vista entenebrecida, le pareció roja.

Claudicaban sus sentidos; todo se le confundía, pero llegaron a sus oídos los acordes marciales y vibrantes de "La Internacional", que en ese momento, estrepitosamente, atacaba la precaria y raleada banda que amenizaba la marcha de los manifestantes.

Aparicio Saravia se había reincorporado a filas.

Como para cancelar la emoción que lo embargaba, dió un viva. que halló sonoro eco en la columna.

Con los ojos cerrados, el moribundo murmuró:

—¡Música!

Luego pidió:

—Quiero sentirla. Hagamén el favor de abrir la ventana.

Obedecieron.

Quizás percibió en los acordes musicales, en las vo-

ces que coreaban el fraternal himno obrero algo como un promisor mensaje del futuro.

Tal vez aquello no fué sino una armonía arrulladora para su último momento.

Aún alcanzó a decir:

—¡Linda la música!

Y a preguntar:

—¿Es el Circo?